

# Atrappada

*¿sientes eso? es mi amor por ti*

BIANCA DE SANTIS

# **ATRAPADA**

¿SIENTES ESO? ES MI AMOR POR TI

BIANCA DE SANTIS

BD  
BIANCA DE SANTIS

*Copyright: Publicado en Amazon*

*Todos los derechos reservados.*

*Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.*

## **ACERCA DEL AUTOR**

Bianca De Santis es una escritora emergente de romance contemporáneo. Puedes encontrar todos sus trabajos en la plataforma de Amazon, sección Kindle.

## ÍNDICE

Agradecimientos

Novela de regalo

1. Dulces de coco

2. Él es mío

3. Niña ingrata

4. ¿En cuánto los dulces, señorita?

5. Esos labios

6. Confía en mí, hermano

7. Me encantas

8. Conozco un restaurante que es muy bueno

9. Haré que me quiera de nuevo

10. ¿Cuánto cuesta una noche aquí?

11. Quiero vender dulces contigo, por siempre.

12. Cúlpenme de amarlo

13. Un perfecto y hermoso día

14. A la deriva

15. Tal vez, no funcione jamás

16. Solamente quiero verlo feliz

17. ¿Qué es lo que quieres?

18. Desgraciado

19. Todavía no es tarde

20. No lo quieres cómo él a ti

Epílogo

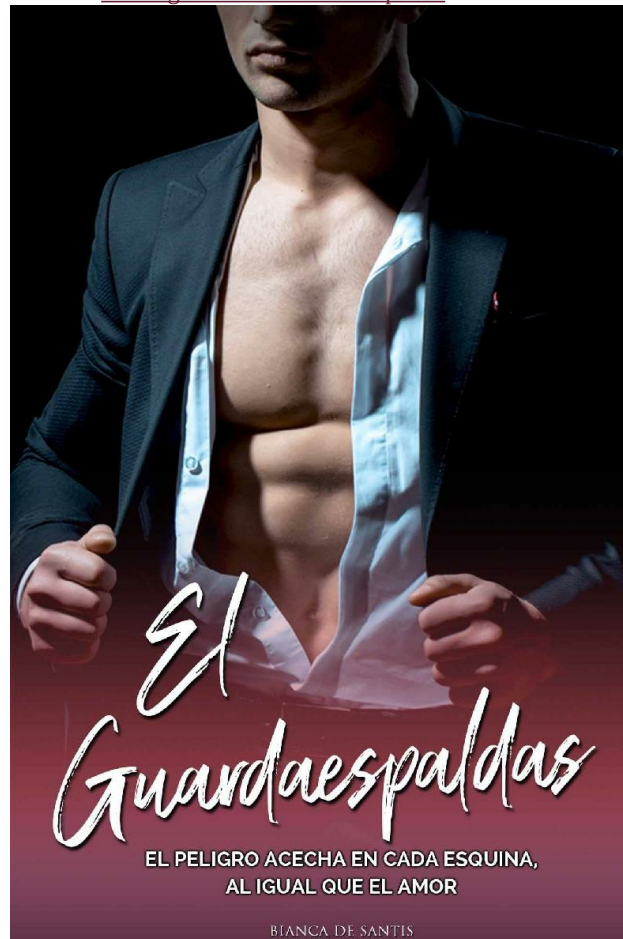
Agradecimientos

## **AGRADECIMIENTOS**

*Sin vosotras nada de mi trabajo e imaginación sería posible.  
Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas y compartirlo con más  
gente.  
Gracias a cada una de ustedes, mis fieles amigas.*

**NOVELA DE REGALO**

[Descarga Gratis: El Guardaespaldas](#)



La química entre los dos personajes principales es candente, electrizante y explosiva. Ambos son vecinos y solo quieren una aventura sin compromisos. Una noche no aguantan más y se desata la pasión, pero las cosas no salen como las planearon.

Mi trabajo era simple, nada complicado... debía protegerla, no acostarme con ella.

Lo primero que vi en ella fueron sus mejillas y sus enormes caderas mientras se inclinaba sobre una caja para cubrirla con cinta de embalar. Desde ese momento supe que quería verla montada sobre algo y no estaba pensando precisamente en una caja.

Su belleza me tenía descolocado. Era una mujer como ninguna otra.

¿Cómo puede existir tanto atrevimiento y sensualidad en un par de labios?

Me hipnotizo sin si quiera decir una palabra.



*Un torbellino de emociones que te pondrá de pie en un segundo y de rodillas al siguiente.*



Ella es nueva en el barrio y se está mudando a la casa de al lado. Lo lamentable es que todo esto ocurre justo cuando me estoy preparando para dejar la ciudad en busca de nuevos proyectos de vida.

Pero parece que alguien no quiere que mi trabajo aquí termine aún. Recibí una llamada, mi último trabajo antes de irme para siempre de esta ciudad.

¿Cómo iba a saber que ella era quien me estaba contratando?

¿Acaso ella lo tenía todo planeado o es una simple coincidencia del destino?

Está metida en un problema. Muy grave. Tal vez demasiado profundo y oscuro como para que un completo desconocido como yo pueda ayudarla.

Acción, drama y amor, todo dentro de estas páginas.

[Clic acá para descargar: El Guardaespaldas](#)

Espero que disfrutes la historia, con cariño,



## DULCES DE COCO

JULIA

**P**uedo jurar que vi como los casi doscientos mini dulces fueron cayendo al suelo lentamente mientras perdía el equilibrio.

Sentía la arena que había levantado con mis pies, aterrizar en mi espalda, al mismo tiempo que, por alguna estúpida razón, intenté agarrarme de la bandeja como si fuera la única cosa estable que tenía a la mano.

De mis labios se escapó un «¡maldita sea!», que tal vez resonó en toda la playa, aunque creo que solamente me escuchó el sujeto que se me atravesó en el camino, los que estaban al lado, y a quienes les cayeron encima tantos dulces de coco sin previo aviso.

La bandeja terminó golpeándome en la cabeza, mis pies se enredaron con la toalla del hombre con el que tropecé y mi cuerpo se depositó como un saco de cemento sobre él, que dejó salir todo el aire en sus pulmones, completamente sorprendido. Era obvio que no se lo esperaba, porque parecía asustado. Seguro estaba dormido.

Vaya forma de despertarse.

Con una voz rasposa que me hizo suponer que se trataba de un sujeto mayor; un adulto con canas, demasiado viejo para que una chica como yo, le cayera encima. Exclamó, o mejor dicho, «chilló» mientras trataba de liberarse del saco de cincuenta y cinco kilos que era yo.

“¿Qué demonios?”

De inmediato intenté levantarme, pero mis pies seguían enredados en el paño, y la bandeja se resbaló sobre él después de que me golpeó en la cabeza, unos cuantos dulces se atoraron entre mi cabello y otros más terminaron en mis manos, estos últimos los traté de tomar en un afán de querer protegerlos, aunque no sirvió de mucho, pues los enterré en la arena cuando intenté levantarme.

Fue un completo desastre.

“Disculpé señor, yo...” traté de responsabilizarme por mis actos, pero no era fácil, porque seguía peleando con la arena, con el paño y con mi cabello. “Lo siento, lo siento, no lo vi.”

Nunca me había disculpado tanto en mi vida por algo, como lo hice ese día. Pero nada superaba la sensación de culpa que tenía al haber botado tantos dulces de coco. Sí, sé que eso era una fantasía mía, pero ¡no esperaba que sucediera en realidad!

De repente, sentí cómo el hombre me levantó sin ningún problema, dejando caer al mismo tiempo, los dulces que había encima de nosotros, la bandeja y el montón de arena que había levantado yo al caer.

Antes de darme cuenta, ya estaba como a un metro del suelo, más humillada que nunca.

“¿Qué pasó?” Parecía preocupado. Mientras me daba la vuelta para depositarme en el suelo, siguió haciéndome preguntas. “¿Estás bien? ¿Te hiciste daño?”

Yo no tenía el valor suficiente para levantar la mirada y verlo a los ojos, no era tan valiente cómo para decirle por qué estaba ahí o qué había pasado, porque, siendo honesta, yo tampoco lo

sabía,

Así que, en mi mente, hice un breve recuento de lo que había sucedido un par de horas antes.

Mi día empezó normal. Es curioso, porque en el camino, se me ocurrió que podría botar todos los dulces esta vez, no lo sé, a veces fantaseo con eso, a pesar de que no sería capaz de hacerlo, ese día, por ejemplo, no esperaba que esto se hiciera realidad.

Luego de caminar las suficientes calles hasta la playa, como para decir que era realmente lejos, y sabiendo que era la mejor forma de llevarlas, me coloqué la bandeja en la cabeza, aunque esto limitara un poco mi campo de visión.

Me acomodé el delantal y me quité las sandalias que llevaba puestas para andar mejor por la arena.

Luego de ello, comencé a caminar como siempre, evitando las zonas de la playa en donde todos se acostaban, a la vez que anunciaba mi presencia gritando: «¡dulces de coco! ¡Lleve sus dulces de coco!»

A todas las personas que vi, las evadí.

“¡Dulces de coco! ¡Dulces de coco!” Continué gritando, haciendo muy bien mi papel de chica vendedora.

Y hasta ahí todo marchaba bien.

Poco a poco comencé a mirar a mi alrededor, a estudiar con cuidado la zona para evaluar posibles clientes y evitar problemas. Ya quería irme y comencé a pensar que al día siguiente debería dejar de lado mi orgullo y montarme en un bus para llegar más temprano y menos cansada. Incluso me había comenzado a doler el cuello.

Caminé unos treinta metros promocionando el producto, evitando toldos y mujeres bronceándose.

En ese momento comencé a sentirme bien, una sensación que a veces llegaba en los días que todo marchaba relativamente normal —no había vendido nada todavía, pero el día parecía prometedor—.

Miré a mi alrededor para detallar aquella hermosa playa que, pese a ser un lugar de trabajo que me deprimía, como paisaje era muy hermoso.

Me tomé un momento para cerrar los ojos y poder respirar profundamente el olor a mar y la sensación de libertad que te permite un lugar como este. No podía negar que ya me había enamorado de esas aguas, a pesar de que me daba miedo sumergirme en ellas. Esa contradicción era algo loca ¿no?

Acto seguido, tropecé con alguien y me caí.

“¿Segura que estás bien?” La voz del hombre sobre el que caí, me trajo de nuevo al presente.

Todo se hizo claro de nuevo, lo que me recordó que estaba apenada por lo sucedido. Por su parte, él se escuchaba preocupado. Miré mis manos llenas de arena y pensé, «¿qué si estoy bien? Pues no, no lo estoy».

“Este, sí... eso creo.” Mentí, porque yo no estaba ahí para dar explicaciones, sino para disculparme. “De verdad lo siento señor, no era mi intención, no sé qué pasó... yo...”

Continuaba quitándome la arena del cuerpo pensando cómo iba a salir de esa.

“Yo me disculpo, creo que no debí acostarme en el suelo y...”

“No tienes por qué disculparte, estamos en una playa, yo soy quien debió verte ahí, acostado.”

Yo seguía sin levantar la mirada, no quería verlo y sentirme más humillada. Me arrodillé a recoger los dulces, a pesar de que sabía que eran un caso perdido.

“No puede ser.” Suspiré desganada, “maldición, ¿por qué tienen que pasarme estas cosas a

mí?” murmuré, mientras levantaba la bandeja para colocar los dulces que menos se habían llenado de arena “¿ahora qué le voy a decir a mi mamá? No puedo volver así... ¡maldita sea! ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?”

“Espera, espera.” Intervino el hombre, acercándose a mí.

Yo mantuve la mirada fija en el suelo.

“No, no tienes que hacer nada, claramente fue mi culpa. Yo puedo sola, tú quédate tranquilo”

“¿Qué estás haciendo? No te va a servir levantarlos... están arruinados.” Insistió, pero yo no me detuve.

“Lo sé, pero es que... tengo qué...” estaba atravesando una serie de sentimientos caóticos, uno colisionando con el otro, estos partían desde la vergüenza hasta culpa. No podía verme la cara, pero sabía que estaba roja.

“Olvídalo, no fue nada,” insistió de nuevo, con un tono de voz comprensivo que no me dejaba muy claro si de verdad lo sentía, porque ¿qué iba a saber él de perder la mercancía en la playa?

Entonces comenzó a imitarme, como si fuera necesario recogerlo todo. Ambos sabíamos que era una causa perdida, incluso las personas a nuestro alrededor —que simplemente se sacudieron lo que repentinamente cayó sobre ellos, siguieron con sus vidas—, no le dieron importancia a que una chica trabajadora perdiera toda su mercancía. Los únicos dos idiotas que realmente creían que salvarían algo, éramos nosotros dos.

“Claro que sí, seguro lo desperté, y de paso arruiné todos mis dulces. Ahora no sé qué demonios le voy a decir a mi mamá, ni de donde carajos voy a sacar el dinero de la venta de hoy.”

Comencé a hablar sin pensar que realmente a él no le importaba eso, pero ¿qué más daba? Yo solo lo hacía para drenar un poco de la ira que me carcomía.

“Oye,” continuó diciendo él, “no vas a lograr nada sacándolos de la arena, todos están arruinados.” Comenzó a interponerse entre mi objetivo y yo, tratando de evitar que siguiera recogiendo. Pero yo seguía sin detenerme.

De repente, el sujeto me tomó por los hombros, como si de esa forma, pudiera hacerme recapacitar, me levantó sin mucho esfuerzo y me vi obligada a subir la mirada y verlo al fin.

Él tardó unos segundos en dejar de hablar. A este punto, yo ya no lo estaba escuchando, había perdido mi capacidad auditiva y de comprensión, porque en ese momento me di cuenta, que definitivamente el tono de su voz no era acorde con su aspecto físico. El hombre era mucho más joven, apuesto, y firme en todos los sentidos.

Estaba acostumbrada a ver hombres así, es decir, siempre hay alguien apuesto en la playa haciendo algo para llamar la atención, ¡incluso he intercambiado palabras con algunos! Y probablemente éste hombre no fuera la excepción, pero la diferencia estaba en que a los demás no les había caído encima.

“No tienes que disculparte,” continuó, mirando el desastre a su alrededor, luego llevó sus ojos hacia mí cuerpo, comenzó a evaluarme como si estuviera buscando alguna herida, me sentí expuesta con su mirada. “No te voy a culpar, seguro estaba en tu camino y por eso no me viste.”

Y todo estaba bien, él seguía hablando, hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Justo ahí su boca se detuvo. No tengo idea de qué pasó por su cabeza mientras que nuestras miradas se encontraron la una con la otra, pero sí me di cuenta que vio algo en mí, sus ojos mirándome con intensidad, me hacían sentir observada, estudiada.

Pero esta vez no se trataba de algo sexual, como estaba acostumbrada a ser vista por toda la playa. Tampoco me sentía juzgada. Sus ojos de color azul se clavaron en los míos de tal forma,

que parecía que nos podíamos perder por años en el otro.

De inmediato se me quitaron las ganas de hablar, de recoger los dulces. Ya ni me acordaba por qué demonios estaba en la playa en primer lugar.

“Me llamo Luis.” Su tono de voz era suave. Pese a que tenía cierto timbre ronco, lo dijo con tanta ternura que comencé a derretirme de inmediato.

“Y yo Julia.” Respondí con la misma suavidad que él.

“Lamento haberme atravesado en tu camino.”

“Y yo lamento haberte llenado de arena y dulces de coco.”

En su rostro se dibujó una sonrisa dulce, lo que me hizo sonreír a mí también.

Dicen que una forma de agradecerle a los demás, sin importar qué, es imitar sus gestos.

Es curioso, porque es algo que algunos hacen por reflejo; se acercan a alguien y comienzan a hacer las más sutiles imitaciones con el fin de demostrarle al otro que están en la misma página, para conseguir que esa otra persona se sienta cómoda con ellos.

El asunto aquí, es que este no era el caso.

No sonreí al mismo tiempo que él porque quisiera hacerlo sentirse cómodo, tampoco lo hice para agradecerle más. No, lo hice porque yo quería sonreír, porque de alguna u otra forma me hizo sentir realmente bien que él me mirara. En ese momento, ni siquiera supe por qué dejé que me tocara un completo desconocido.

“Eres hermosa.” Aseveró, sin apartar la mirada de mí.

Comencé a sentir un hormigueo en las mejillas, una clara señal del enorme sonrojo que se instaló en ellas.

“¿Eso crees?” No solo me alagó, también me hizo sentir mejor que nunca.

“¿En verdad crees que soy hermosa?” Sentía que las preguntas que estaba haciendo eran propias de una niña tonta, pero solo salían, sin ningún tipo de filtro.

No podía dejar de verlo, me perdí por completo en sus ojos, en el movimiento de sus labios, en la forma en que sus dientes brillaban con la luz del sol y en cómo sus fuertes manos me sostenían aun, por los hombros. Estaba encantada por la forma en que se veía, como sonaba, como me tocaba.

“Claro que sí.” Aseguró de nuevo, antes de que un embriagante silencio se apoderara de nosotros.

Solo podía escuchar su respiración perdiéndose entre el murmullo del viento, las olas, las voces de las demás personas que iban a perder su tiempo a la playa.

Sonidos que poco a poco se iban haciendo cada vez más presentes, obligándome a regresar a la realidad que me tocaba vivir; «debería estar vendiendo dulces de coco». Esa repentina voz en mi cabeza, me ayudó a apartar la mirada de él.

Apenas lo hice, dejé de sostener mis hombros y se apartó un poco, regresándome el espacio personal que me había quitado.

Mientras retiraba mi mirada de él, con lentitud, aproveché para evaluarlo. Alto y de cuerpo escultural a su justa medida. En cuestión de segundos, me encontré con la mayor revelación acerca de este hombre llamado Luis.

Tenía dinero.

Mucho dinero.

No puedo decir exactamente cuánto es «mucho», pero en el poco tiempo que lo vi, me pareció que debía juzgar este libro por su portada.

Me agaché para levantar la bandeja que había vuelto a caer al suelo, y mientras lo hacía, le di una ojeada a su lugar en la playa.

La toalla que estaba en el suelo se veía tan delicadamente tejida, que me daba la impresión de que era un crimen colocarla en la arena.

Todo lo que tenía a su lado, por muy simple que se viera, parecía que costaba más que todos los dulces que ahora se encontraban enterrados en la arena.

Junto a todo eso, había unas zapatillas que tenían un bordado en el centro; algo que yo no había visto jamás, por lo que, o era algo costoso, o solo un bordado pretencioso de una prenda de bajo precio. Pero dadas las apariencias, me incliné por la primera opción.

Entonces, sentí todo el peso de mi existencia frente a Luis. Ahora mi piel se sentía más pegajosa, más marrón de lo normal, más quemada por el sol de lo que se consideraría sano; tenía el cabello sucio, la ropa me pesaba por fea y desgastada, el olor al coco en mi piel creaba recuerdos tristes en mi mente, me sentí miserable. A decir verdad, el intercambio de miradas de hacía unos segundos, me pareció ridículo.

“En serio lamento haberme caído sobre usted.” Mi tono de voz cambió por completo. Ya no quería hablar como una jovencita dulce, ni mirarlo a los hermosos ojos azules que portaba en su rostro.

“No tienes por qué hacerlo.” Sonrió mientras que se sacudía la arena. “No fue tu culpa. Además, no fue tan malo que lo hicieras.” Agregó.

Reprimí todos mis deseos de derretirme de nuevo. No podía, simplemente no podía.

“Es que acabo de caer sobre usted.” Vacilé.

“¿Y eso qué tiene que ver?” Sonrió de nuevo.

Con tantas sonrisas, me pareció que Luis estaba teniendo un gran día a costa del mío, y yo no podía dejarlo pasar tan simplemente.

“¿Por qué sonrío tanto? ¿Qué es tan gracioso?”

“¡Oh! No, en lo absoluto. Sonríe porque sigo viendo lo linda que te ves.”

En respuesta automática a sus palabras, bajé la mirada y me detallé de nuevo. Y, en contradicción a lo que me hizo sentir cuando me dijo hermosa, pensé, ¿verme bien? ¿Yo? ¿Acaso este sujeto está ciego?

Abrí mis brazos para verme mejor. ¿Quién sabe? Tal vez no estaba viendo el panorama completo, sin embargo, no encontré nada en mí que pudiera decir que me veía linda.

“No debería estar diciéndole ese tipo de cosas a los demás.” En mi mente eso tenía sentido.

Él ignoró mi comentario y respondió con otra sonrisa.

“Ven, siéntate conmigo.” Me extendió la mano, aun con la sonrisa en el rostro, e hizo un gesto indicándome que me sentara a su lado. Me estaba invitando a que lo acompañara.

“No, no puedo, tengo que recoger los dulces.” Contesté, no sabía si era una necesidad o una excusa para evitar seguir hablando con él.

Mi plan era bastante sencillo, consistía en recoger mis dulces y luego irme, pero ¿qué iba a hacer cuando los recogiera todos? No los podía vender cubiertos de arena, tampoco podía correr el riesgo de regresar con ellos y decirle a mi mamá. La preocupación me estaba matando.

“Vamos.” Me insistió.

Su mirada, sus gestos, su sonrisa, todo en conjunto me estaba invitando a estar con él, y yo, no tenía la fuerza de voluntad suficiente para resistirme a eso.

No apartaba su mirada de mí, se notaba que realmente quería que lo acompañara. Aunque no me habló más, ni me pidió de nuevo que lo hiciera. Sus ojos eran lo suficientemente insistentes y profundos como para obligarme a hacer algo que obviamente, yo quería hacer.

“Está bien.” Desistí al final y me senté a su lado, apartando la bandeja.

Y ahí nos quedamos, mirando al horizonte, comportándonos como los desconocidos que

éramos.

“Entonces... vendes dulces.” Dijo él, iniciando la conversación.

“Sí, eso hago todos los días... dedicarme a vender dulces en esta playa.” Estaba muy nerviosa.

“Ya veo,” dudó, “y... ¿te gusta lo que haces?”

“Bueno, no diría que me encanta, pero no me queda de otra, la verdad.” Bajé de nuevo la mirada para notar que los dulces seguían exactamente como cayeron; cubiertos de arena y destrozados.

“La verdad, ni siquiera me gustan los dulces de coco.” Agregué.

“¿Y por qué los vendes entonces? Por la forma en que gritabas, pensé que te gustaban.”

Cuando dijo eso, levanté la mirada, intrigada. Con que se había dado cuenta de que yo existía antes del pequeño y vergonzoso incidente.

“¡Hey!, entonces me habías escuchado antes de caerme.” Le reclamé. “Pudiste haberte hecho a un lado.”

Se rio, y me miró con diversión.

“¿Qué?” Dijo, sonriendo. “No... solamente te escuché gritar... sería imposible no saber que estabas en la playa, además, no estaba prestando mucha atención.”

Con ese último comentario me hizo sentir mal. Sabía que esa afirmación no debía de importarme, había sido un accidente, pero el que él lo mencionara, cambiaba todo.

“Claro.” Le dije afligida. “Tiene sentido”

Y enterré la cabeza en la arena —metafóricamente—, bajando la mirada y concentrándome en no verlo a él. De repente, me invadió la necesidad de levantarme e irme de ahí. Esperaba no ser tan evidente, pero ¿para qué me pidió sentarme si de todos modos iba a decirme eso?

“Solamente cerré los ojos y seguí escuchando, sin darle mucha importancia a lo que decías,” él trató de explicarse.

“Tu voz es tranquilizante. Además, después de oírla algunos segundos, creí que formaba parte de la naturaleza misma, no pude evitar relajarme.”

Eso cambiaba todo.

“Pero dijiste que...”

“Que no estaba prestándole mucha atención... y creo que por eso es que no me di cuenta cuando me caíste encima.” Me miró y sonrió. “Pero me alegro de que haya pasado.”

“¿Por qué?”

“Porque gracias a eso, estás aquí, sentada junto a mí.”

Tuve que controlar la sonrisa que se me dibujó en el rostro. Quería mantener cierto aire de seriedad, pero era obvio que no lo estaba logrando. Miré al frente en un intento de ganar terreno en la conversación, y le hablé, tratando de sonar segura mí misma.

“No deberías decir esas cosas. Además, por culpa de eso ahora no puedo vender ningún dulce.” Suspiré y me quejé. “Vaya comienzo de semana.”

“Si quieres te los compro todos.” Me dijo de repente.

Emocionada por eso, mi primer impulso fue hacerle una pregunta, con voz ilusionada.

“¿En serio?” Pero una vez que las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de algo muy importante.

“Sí, yo...” intentó decir él, antes de que lo interrumpiera con mi ataque de moralidad.

“Pero no deberías.” Suspiré, contemplativa. “No lo hagas.” Declaré, decepcionada por mi propia epifanía. “No puedo aceptarlo.”

“¿Por qué no?”

“Porque no... y ya, la idea es que los venda.”

“Pero eso estarías haciendo, aunque le venderías a una sola persona. ¿Y si a alguien le gustan mucho y los quiere comprar todos? ¿Le vas a decir que no? Como yo lo veo, te estás cerrando a las posibilidades”

“No.” Repetí, reafirmando mi convicción en no hacerlo. “No importa. No se siente igual. Lo estás haciendo por lastima, y no quiero.”

Y por un momento me sentí superior. Estaba evitando que me trataran con caridad. Tal vez no tenía en donde caerme muerta, pero no iba a dejar que me vieran con lastima. Ése pequeño instante de gloria desapareció tan rápido como llegó. Se terminó con una risa burlona a mi espalda.

“Ah, no, nada que ver. Solamente es una vendedora.” Dijo una mujer detrás de mí. Yo me giré para verla.

Me deslumbró lo espectacular que se veía en su traje de baño de dos piezas, estaba justo al lado de otra mujer que tampoco tenía mucho que envidiarle a la primera.

“Creí que estabas coqueteando con otra.” Agregó la misma mujer, a lo que la segunda se mofó.

“Si claro. Por poco te pones a llorar.” Dijo la segunda, ésta vez riéndose de la primera mujer.

“Ana, Cecilia, ¿de qué carajos hablan?” Intervino Luis. Lo que me hizo entender de inmediato que las conocía.

“Amor... ¿por qué estás molesto? Solamente creí que estabas coqueteando con esta cualquiera.” Dijo la primera mujer, degradando por completo mi presencia.

“Y creí que me estabas intentando ser infiel con una vendedora fea.” Me señaló apretando los labios, y se acercó mucho a Luis.

Aquella revelación me golpeó con la fuerza de un millón de olas. Luis tenía novia.

¡Qué estúpida soy!

## ÉL ES MÍO

ANA

Luis es todo para mí, y después de todas las cosas por las que hemos pasado, él es lo que quiero para mi vida. Es por eso, que cuando lo vi de lejos con una chica, me hirvió la sangre.

“Ceci... Ceci...” reaccioné de inmediato, le hablé a Cecilia para que viera lo que yo estaba viendo. Pero ella estaba muy concentrada en su móvil.

“¿Qué? ¿Qué pasó?” Dijo, levantando la mirada y volteando a verme.

“No me veas a mí, tienes que mirar eso,” escupí las palabras con ira. “Luis está hablando con una estúpida.”

“¿Dónde?” Comenzó a buscarlo con la mirada, mientras que yo me tragaba y vomitaba a la mujer que estaba con él.

Convencida de que mi amiga no los iba a encontrar, le señalé la dirección correcta con un dedo.

“¡Ahí! Míralos.”

“¡Ay, por Dios! Sí está con alguien.”

Desde donde nos encontrábamos no se podía ver bien a mujer, pero parecía que estaban teniendo una conversación muy interesante sobre algo que yo necesitaba saber. No sé qué era, o si se trataba de mí, pero mi Luis no podía estar por ahí hablándole a cualquiera.

“¿De dónde habrá salido?” Preguntó Cecilia.

“No lo sé. ¡Se supone que iba a estar aquí solo!” Grité, no podía controlarme; necesitaba saber quién era.

“¡Hum!”

“¿Hum? ¿Hum, qué? ¿Qué intentas decir con eso?” Me puse a la defensiva.

“Tal vez es solo una amiga.” Reflexionó Cecilia, y por un segundo me hizo sentir bien.

Quizá es una amiga o tal vez no sea nadie importante —me dije, más para consolarme, que para convencerme—.

Sé que es un poco exagerado de mi parte preocuparme por asuntos como esos, pero no podía verlo con alguien que no fuera yo; nunca lo había tolerado, y este día no sería diferente.

Desde que lo conozco, siento que deberíamos estar juntos, que nuestra felicidad depende únicamente del otro, pero últimamente las cosas no me han estado saliendo como quiero.

Creo que ya han pasado más o menos diez años desde que soy amiga de Ceci, y desde antes de ese tiempo, he estado enamorada de su hermano. Pero ahora, siento que lo estoy perdiendo —algo que lleva preocupándome desde hace unos cuantos meses—, y el verlo con otra, justo ahora, me hace suponer que tal vez está buscando reemplazarme.

“Oye Ana... cálmate.” Me dijo Cecilia, al verme hiperventilando.

“Es... que... se supone que iba a estar solo... se supone que tiene que estar solo conmigo...”

“Te dije que necesitarías mucha paciencia.”



“Pero es que...”

Mi amiga rodeó su brazo alrededor de mi cuello para sostenerme por los hombros y comenzó a inclinarnos a ambas hacia abajo.

La cabeza me quería estallar, el corazón me palpitaba a mil por hora y, cuando respiraba por la nariz, sentía que mis pulmones no se expandían, así que comencé a respirar por la boca, pero incluso así, tampoco sentía que estuviera entrando nada de aire a mi cuerpo.

“Vamos, querida, respira... solo tienes que calmarte un poco.”

“Pero... Luis... él...” no podía hablar bien sin que mi débil respiración separara en palabras cada una de mis oraciones.

“Sí, sí... yo sé. Pero no tienes por qué ponerte así.” Dijo, mientras susurraba cada vez más bajo, tratando de relajarme, hablaba siseando suavemente.

“¿Y qué voy a hacer entonces?” La miré a los ojos, más tranquila, haciéndole caso a su petición.

“No lo sé, querida, pero no lo vamos a averiguar si sigues así.”

Cualquiera puede decir que tuve un ataque de pánico, o algún tipo de episodio de ansiedad, y que me relajé luego de que alguien, amablemente, me recordó algo obvio. Pero yo no. Estuvimos ahí varios minutos.

Mi episodio se complicó un poco más cuando vi que tomó de la mano a la chica, para que se sentara a su lado. Casi me muero en ese lugar.

Cecilia no me dejó sola ni por un segundo —es una gran amiga—, y para ayudarme, nos sentamos en la arena.

“Vamos, Ana. Tienes que calmarte. No puedes ponerte así cada vez que lo veas con otra.”

“Pero no es cada vez que lo veo con otra,” dije, defendiéndome. “Esta vez es diferente. Lo siento.” Y levanté la mirada. “Solo míralos, parece que se la están pasando de maravilla.”

Cecilia hizo lo que le pedí y, al regresar la vista a mí, difirió.

“Oh, vamos... no puedes asegurar eso tan solo con verlos.” Me apretó el hombro. “Apenas y podemos distinguir que se trata de mi hermano. Puede que solo estén hablando”

“Pero no lo sabes.” Yo no podía dejar de verlos.

Ellos estaban de espaldas a nosotros, así que, por lo pronto, solo veía el cabello largo de aquella mujer y la parte de atrás de la camisa de Luis. De hecho, sabía que era él porque lo había visto salir del hotel en la mañana, luego del desayuno.

“Lo que tienes que hacer es relajarte, luego ir para allá y averiguar por ti misma qué está pasando.” Apuntó Ceci con mucha seriedad. “Además, no puedes simplemente dejarte dominar por este tipo de cosas. Tienes que ser fuerte, amiga”

“No puedo ser fuerte,” aseguré. “No cuando Luis se me escapa de las manos.” Enterré más mis pies en la arena y dejé que el calor del sol me abrazase. Era difícil retomar el control. “Y yo que creí que todo se iba a arreglar en este viaje.”

De verdad lo creí, pero Cecilia no desaprovechó esa oportunidad para decirme lo que pensaba.

“Querida, te dije que dejaras de ilusionarte. Sabes muy bien que lo que pasó entre ustedes no se solucionaría así de fácil.” Apartó su brazo de mi hombro, pero se acercó más a mí, sentada a mi lado abrazó sus piernas. Y, mirando al horizonte —justo hacia donde estaban sentados ellos dos—, agregó: “todas las parejas pasan por algo como esto. A veces hasta sienten que el amor se acaba, pero no por eso tienen que rendirse, o esperar que las cosas se resuelvan de la noche a la mañana.” Suspiró con resignación.

Yo no dejaba de verla, esperando que, en su inmensa sabiduría, pudiera decirme algo que me

calmase de una vez por todas.

“Además,” continuó con sus palabras, “Luis... bueno, él a veces puede ser un poco difícil. Pero no por eso es alguien malo.”

“Eso lo sé,” confirmé, llevando mi mirada a la arena. “Pero tal vez ya no sienta lo mismo por mí.”

“Sí... puede ser, pero eso no lo sabes. Y no lo vas a averiguar aquí sentada como una tonta viéndolo escaparse de tus manos. La Ana que conozco, no está por ahí, portándose como una perdedora.”

Se levantó con entusiasmo, dejando caer algo de arena sobre mí y haciéndome cerrar los ojos por reflejo, después finalizó su pequeño discurso con la misma emoción.

“¡Así que levántate y pon tu vida en orden, porque no vas a perderlo hoy!”

Y tenía razón. Sus palabras me devolvieron el valor que tenía, recordándome que la guerra aún no estaba perdida, y que, mientras hubiera amor entre los dos, no habría razón alguna para tirarlo todo a la basura.

Así que me levanté, y juntas, nos acercamos a donde estaban Luis y la horrible chica.

Lentamente aquellas dos pequeñas personitas comenzaban a tomar su tamaño real, lo que me permitió detallar mejor la escena. Alrededor de Luis y la tonta esa, había unas cosas enterradas en la arena. Junto a ellos, una bandeja de metal —algo que, desde donde estábamos Ceci y yo, no se veía—, y de ipso facto contemplé la situación desde otro ángulo, literal y figurativamente.

La observé más y más, y, cuando me di cuenta, todas mis preocupaciones desaparecieron. Cuando vi el delantal, todo me pareció un mal chiste, así que comencé a reírme.

“Ah no, nada que ver. Solamente es una vendedora.” Le dije a Cecilia. No podía creer que casi entro en crisis por verlos juntos, cuando en realidad solo se trata de una tipa cualquiera.

“Creí que estabas coqueteando con otra.” Agregué, dirigiéndome a Luis.

“Si claro. Por poco te pones a llorar.” Se burló Cecilia. Le clavé la mirada en el entrecejo, queriéndole decir que no me estaba ayudando al exponerme de esa forma.

Pero su hermano nos interrumpió.

“Ana, Cecilia ¿de qué carajos hablan?”

Bajé mi mirada, y haciendo puchero, me acerqué lo más que pude a Luis, para demostrarle a la chica esa que él era mío, lo tomé de la mano.

“Amor... ¿por qué estás molesto? Solamente creí que estabas coqueteando con esta cualquiera.” La miré con soberbia, porque la verdad no era tan importante como lo sospechaba.

“Y creí que me estabas intentando ser infiel con una vendedora fea.” La señalé con desprecio.

Creo que lo que más me molestaba y lo que me hizo comportarme como una maldita, fue el hecho de que de todas las mujeres que pudieron haber sido, tenía enfrente a la menos importante, su sola presencia no representaba ninguna amenaza.

“Ana, ¿de qué carajos hablas?” Repitió Luis, dirigiéndose a mí.

“Pues de que no puedes estar hablando con otras chicas si tienes novia, tontito.” Bromeé.

Cecilia se acercó a nosotros y se sentó en frente de Luis, dejándolo acorralado.

“Bueno, yo no diría que...” trato de decir Ceci, pero la mujer que acompañaba a Luis, se levantó, interrumpiéndola.

“Eres un idiota.” Exclamó. Recogió la bandeja del suelo, gruñó de impotencia y, levantando la arena de manera exagerada, se fue de ahí, molesta.

“Vaya loca.” Dije, me pareció apropiado resaltar su estupidez, y puede que esa es una de las razones por las que no le gusto demasiado a Luis.

Estaba increíblemente furioso y mientras se levantaba, volvió a hablar.

“¿Por qué tienes que ser así? Sabes muy bien que...”

“No te molestes con ella,” me defendió Cecilia, deteniéndolo al mismo tiempo. “Ana solamente hizo lo que creyó correcto.”

“No tengo tiempo para esto.” Dijo Luis, yo no había soltado su mano.

“¿A dónde vas?” Preguntó Ana, adelantándose a mi interrogante, aunque yo sospechaba algo.

Por la forma en que se levantó me dio la impresión de que iba directo a buscar a la tonta esa, así que apreté más mi mano y lo jalé hacia abajo.

“¿Qué demonios haces?” Se quejó, perdiendo un poco el equilibrio, pero se recuperó rápidamente y sin mucho esfuerzo manteniéndose en pie.

“Me aseguro que no vayas con la tonta esa.” Aseveré.

“Creo que estás yendo un poco lejos, Ana.” Cecilia vacilaba entre el sentido común y el apoyo incondicional hacía mí. En este momento, era esa persona que solía recordarnos lo que estábamos haciendo mal.

¡Pero a mí no me importaba! Mientras él no fuera con esa vendedora fea, todo estaría bien.

“Oh, vamos, querida. ¿Acaso crees que deberíamos dejar que tu hermano se vaya con esa cualquiera?” Precisé, sin soltarle la mano a Luis.

“Ana, yo puedo hacer lo que se me venga en gana.” Protestó.

Él jalaba su mano y yo me resistía. No lo iba a dejar ir. La sola idea de imaginármelo con esa tonta, me enloquecía. Eso era suficiente para mantenerme fuerte en mis acciones.

“Amiga, creo que es mejor que lo sueltes.” Cecilia se pronunció de nuevo actuando como mi propio sentido común, aunque yo no le estaba prestando ningún tipo de atención a sus recomendaciones.

Ella intentaba acercarse, pero manteniendo un pequeño margen entre nosotros, supongo que para no involucrarse en el problema.

Después de todo, era su hermana y mi mejor amiga; no podía simplemente tomar parte en el asunto. Pero, ¡de que se quedaba conmigo, se quedaba!

“Vas a terminar lastimada.” Insistió Ceci. “Apenas y puedes agarrarle la mano.”

“¡No me importa!” Le repliqué, luego me dirigí a Luis, “no vas a ir a ningún lado.”

Luis nos miraba a nosotras y luego a su alrededor, ¡estaba buscando a la tonta esa!, pero mientras lo tuviese entre mis manos, no iría a ningún lado.

Yo me aferré lo más que pude, utilizando todo mi peso para empujarlo hacia abajo, mientras que él continuaba jalándome, supongo que con cierto cuidado para no lastimarme. Aunque no sabía cuánto tiempo iba a evitar hacerlo.

Hasta que, sin mucho esfuerzo, se zafó de mi mano de un jalón, como si yo no lo estuviera reteniendo con todas mis fuerzas y me habló, furibundo.

“La loca aquí eres tú.”

Me lastimó cuando se soltó de mi mano, pero sus palabras fueron las que más dolieron y antes de darme oportunidad a reaccionar, ya estaba yendo por donde se había ido la vendedora.

Cecilia y yo lo seguimos con la mirada, hasta que se perdió cruzando una esquina. No dejé de ver en esa misma dirección, esperando que de alguna forma recapacitara y regresara con nosotras.

Ceci no dijo más nada, y creo que fue lo mejor que pudo haber hecho, porque solamente lograría echarle más leña al fuego.

Estuvimos ahí por aproximadamente cinco minutos, cuando de repente, por la misma esquina en la que había ido, Luis apareció. Se me dibujó una sonrisa en el rostro.

Mientras más se acercaba, más se notaba que no tenía ánimos para hablar. Sin embargo, no

por eso me privé de decirle lo que pensaba en cuanto llegó con nosotras.

“Luis, mi amor, sabía que...”

Y, quitándose la camisa con rabia —y sin detenerse—, la tiró sobre la toalla en la que estábamos sentadas, y me habló con furia.

“No me digas mi amor.”

Luego se fue al mar y se zambulló.

Tanto Ceci como yo, no dejamos de verlo. No sé qué estaba pensando ella, pero en cuanto a mí, me pareció que yo lo había arruinado todo. De repente, me sentí más estúpida que la estúpida de la que trataba de protegerlo. Y, en ese momento, Cecilia me habló en actitud fría.

“Y te preguntas por qué ya no quiere ser tu novio, tienes que controlarte un poco, cariño. Así jamás vas a lograr que te acepte de nuevo.”

La peor parte de todo eso es que, muy en el fondo, sabía que tenía razón. Y yo debía resolver esto.

## NIÑA INGRATA

JULIA

Cuando trate de explicarle a mi mamá ella exclamó: “¿Cómo que se dañaron los dulces?”

Era difícil mantener la cabeza alta cuando ella me hablaba, más que nada porque llegó un momento en que todo lo que decía era sencillamente ofensivo.

“Pero mamá...” traté de defenderme.

“Pero nada, Julia Elizabeth Molina, se supone que tenías que vender los benditos dulces, no dejarlos caer al suelo, ¿¡acaso eres una niñita!?”

Comenzó a gritarme, pero yo no me iba a quedar atrás.

“¡Demonios, mamá! Fue un accidente, ya te dije. ¿Por qué no puedes simplemente aceptarlo?”

“Porque no, Julia. No puedo. Pudiste dejar caer uno, o dos, o tal vez diez,” resaltó con furia. “¡Pero dejaste caer todos!, no puede ser ¿acaso no tienes cuidado?”

“¡Sí, mamá, sí tuve cuidado!”

“Pues no parece, no lo parece, ¡porque viniste con las malditas manos vacías!” Chilló, histérica.

En el momento en que mi madre comenzaba a maldecir y su voz subía de tono, yo me daba cuenta que había perdido los estribos. No sé si sea por la edad, pero llega un punto en que ella se molesta por todo y se vuelve insoportable.

La verdad es que pude haberme quedado callada, dejar de lado todo eso, disculparme y prometerle que no iba a pasar nunca más.

Pero de tan solo recordar el por qué se me cayeron los dulces y lo que resultó de todo eso, simplemente me ponía más furiosa. No me ayudaba que la insufrible voz de la novia de Luis llegando de la nada para decirme todas esas cosas, se repetía una y otra vez en mi mente, no me podía controlar frente a mi madre.

“¡Carajo, mamá! ¡Ya te dije que lo siento! ¡De verdad!”

“Pues sentirlo no va a arreglar nada.” Increpó. “Perdiste un día entero de trabajo.”

Y de repente se sentó en la silla que tenía al lado, llevándose la mano a la frente de manera afligida.

“Esto no pasaría si tu papá estuviera aquí.” Se lamentó, siendo esto la gota que colmó mi vaso.

“¡No mamá! Si mi papá estuviera aquí no cambiaría nada, deja de pensar en ese idiota. ¡Él nos abandonó! Por el amor de Dios. ¿Podrías alguna vez dejar de creer que él puede resolver nuestras vidas?” Grité, con rabia.

“¿Y qué quieres que haga, Julia? Tú papá tenía dinero, pudo habernos dado todo lo que necesitábamos.” Levantó la mirada, se le notaban los ojos llenos de lágrimas, como si estuviera a punto de llorar.

Me hacía enojar, que realmente creyera que él sería capaz de darnos algo útil después de todo lo que nos hizo pasar cuando se fue.

Parte de nuestros problemas radicaban en eso, en que mi madre pensó que podría conseguir todo, si se casaba con él. ¡No pensó en nada más! Tan solo creyó que, si le daba una hija, se quedaría y estaríamos bien. Para su sorpresa, nos abandonó así nada más.

“¡Pero no lo hizo! Se fue, y nos dejó. Y ¿sabes qué?” Grité, enojada. “Si siguiera aquí, no nos habría dado nada, ¡seguiríamos igual!”

Mi madre estaba atravesando la faceta de víctima —como siempre— luego de que ella misma hiciera mención de mi padre, Olivia pensaba que los problemas de una mujer se resolvían con la intervención divina de algún hombre.

“¿Qué quieres que te diga? ¿Qué lo siento? ¿Ah? ¿Qué lamento no haber podido darte todo lo que querías? ¿Es eso lo que quieres que te diga? Discúlpame por no haber hecho que tu papá se quedara y te comprara cosas bonitas.”

Me enfurecía que no viera las cosas como eran.

“¡Joder, mamá! No se trata de darme cosas...”

“¿Entonces de qué?”

Era difícil discutir con ella cuando en su mirada se notaba que no importaba lo que yo dijera, no cambiaría de parecer. Me frustraba de muchas formas, lo que me llevó a mi límite.

“¡No lo sé mamá! ¡No lo sé!” Grité. “¡Tal vez si hubieras planeado un poco nuestras malditas vidas y no hubieras dependido del imbécil de mi padre, no estaríamos en esta situación!”

Prácticamente le introduje el dedo en la herida.

“¡Ah, sí! ¡Claro!” Balbuceó, levantándose aún más histérica, parecía que le iba a dar algún tipo de ataque al corazón. “Ahora yo tengo la culpa,” dijo al techo, “me salió ingrata la niña.”

En un intento desesperado por ser razonable, bajé un poco el tono de mi voz, tratando de explicarme.

“No, mamá, no estoy siendo ingrata. Estoy diciendo la verdad. No estaríamos en esta situación si no te hubieras resignado.”

Mi pobre intento de ser una persona razonable solo empeoró la situación, ella comenzó a decirme cosas peores.

“Pues yo no te veo haciendo nada para mejorar esta...” intentó decir, pero me le adelanté.

“¡¿Qué no estoy haciendo nada?! ¿En serio? ¡Estoy haciendo todo lo que puedo mamá! ¡Estoy dejando de hacer miles de cosas solo para ayudarte! Todos los días me levanto pensando nada más en eso, en lo que tengo que hacer, en lo que debo hacer.”

Aproveché esa oportunidad para desahogarme.

“Solamente quiero ayudarte... ayudarnos, sacarnos adelante y tener éxito, no esperar que mi padre o cualquier otra persona venga a resolvernos la vida.”

Respiré profundo, frustrada por completo.

“¿En serio vas a decir que no hago nada?”

Por un momento creí que con eso sería suficiente para hacerla recapacitar.

“Pues procura no tirar los malditos dulces, si te sientes tan útil.”

No lo fue. La frustración e impotencia que sentía me dejaron muda. Quería gritar, llorar, correr y no hacer nada al mismo tiempo.

Terminamos en una pelea sin sentido.

Cuando estamos furiosas, tendemos a decir lo primero que se nos viene a la mente, lo que a veces puede llegar a ser ofensivo. Por lo que en medio de todo eso, y sin ánimos de nada, simplemente me di la vuelta y me fui.

Mi madre, como es de esperarse, gruñó enojada, me pidió que regresara y siguiera con la discusión. No le hice caso.

Una vez encerrada en mi habitación, no podía dejar de pensar en todo lo que nos dijimos.

A pesar de que la pelea había terminado, estaba todavía imaginándome cientos de miles de respuestas que pude haber dado; cientos de miles de cosas que pude haber dicho en vez de las cosas que dije. No sé, tal vez pude haberlo hecho mejor.

El asunto es que yo no quiero repetir los mismos errores que mi madre. Quiero ser mejor que eso.

En fin, luego de calmar los sentimientos que la discusión había desatado, por fin pude medio dormirme. Aunque la frustración no acabó ahí. Luego de un rato, y sin previo aviso, comenzaron a aparecer pensamientos recurrentes de Luis.

Su rostro, su mirada, su cuerpo, su sonrisa. Vislumbraba todo eso en mi mente, de tal forma que sentí cierta tranquilidad y paz, misma que se esfumó cuando apareció el recuerdo de su novia, eso me molestó tanto que me hizo despertar.

Traté de dormir un poco más, ese sueño se repetía, se complicaba o cambiaba un poco, pero al final terminaba siendo sobre el mismo asunto; Luis y su novia. Parecía una de esas alucinaciones febriles, recurrente una y otra vez.

## ¿EN CUÁNTO LOS DULCES, SEÑORITA?

LUIS

**L**a sensación del agua en el rostro y de las sutiles olas golpeándome, parecía ser lo único que lograba tranquilizarme.

Ana a veces puede ser insoportable, y esta vez, fue una de esas. Todavía me cuesta entender cómo pude soportar tanto tiempo con ella, si no dejaba siquiera que respirara sin que lo viera como una excusa para montar una escena.

Es un poco complicado mantenerse al margen de todo esto cuando ella sigue presionándome de esa forma.

Esperaba que estas vacaciones fueran un poco más tranquilas, incluso después de que me dijera que iba a venir. Pero no, tenía que aparecer justo ahora y arruinarlo todo de nuevo. Es por eso que terminamos, porque no puede comportarse como una persona sensata.

Y es que, incluso viéndola desde aquí, se ve como una personita más o menos normal, de eso no cabe duda —aunque es solo desde lejos—. Sí, es realmente bonita, tiene muchos atributos físicos, pero una vez que la conoces, no puedes evitar querer alejarte de ella.

Pero no estoy aquí para pensar en Ana. Así que aguanto la respiración y me sumerjo por completo en el agua.

Cierro los ojos, trato de relajarme un poco, para evitar pensar en lo que llevaba pensando hasta ahora, pero, de la misma forma en que me cayó encima, aparece su recuerdo en mi cabeza.

Su suave voz.

“Y yo Julia.”

Resuena en mis recuerdos, haciendo que los sonidos ahogados del mar, desaparezcan. De nuevo, se repite como un eco, pero en vez de desvanecerse, continúa aumentando, multiplicándose. De un momento a otro ya no es una sola «Julia» presentándose, sino cientos de ellas apoderándose de mis pensamientos.

Es realmente curioso la forma en que todo pasó.

Me cuesta creer que algo tan simple haya sido el detonante de todo esto. Pero, creo que lejos de lo que Ana le hizo creer y la principal razón de mi ira, lo que más me preocupa es el hecho de que sus dulces se hayan arruinado.

La verdad, creo que, si ninguna de ellas dos hubiera aparecido así de repente, habría logrado convencer a Julia de que me dejara pagar por los daños causados y, tal vez, solo tal vez, podría haber conseguido algo más de ella.

¿Quién sabe? Tal vez su número de teléfono, móvil, o mínimamente su nombre completo. Tal vez hasta hubiéramos podido salir a algún lado. No lo sé.

Cuando ya no puedo soportar más la falta de oxígeno, salgo del agua. Mi vista y mi oído tardan un poco en sintonizarse con el exterior, así que aprovecho ese tiempo para seguir relajándome.

“Julia.” Digo encantado, dejando que el mar se lleve mis palabras como si fueran un mensaje



en una botella.

No puedo evitar sonreír al decir su nombre, un agradable calor inunda mi pecho. Es obvio que estoy interesado en ella, claro ¿cómo no estarlo?

Tiene una sonrisa angelical que, aunque peleaba por no mostrarme, se le escapaba, haciéndola ver incluso más hermosa.

Sus ojos, sus pómulos bronceados por el sol y su piel canela junto con ese agradable olor que expedía su cabello; es difícil dejarlo pasar.

Y yo estaba feliz hasta que pasó lo de Ana.

Honestamente quiero que las cosas entre nosotros se acomoden, no puedo negar que tuvimos un pasado, que realmente la quise, pero no puedo estar alimentando ese fuego que solo se consume, sin darse cuenta que tiene vida propia.

Ella consiguió arruinar nuestra relación sin mucho esfuerzo, y supongo que no puedo simplemente juzgarla —aunque puede que haya sido su culpa—, porque yo no soy así.

Y de cierta forma entiendo que quiera arreglarlo todo, y, repito, quiero que suceda, pero no como una pareja. Tal vez como amigos, o algo así.

Me giro un poco para ver hacía donde están Ana y Ceci, y me encuentro con que sigue mirando en mi dirección.

¿Acaso no se va a ir nunca?

La mirada de Ana es tan pesada, que me da la impresión de que la tengo sobre mí, asfixiándome, y esos mismos ojos me hacen sentir desnudo cuando estoy cerca de ella. Lo peor es que ella sí conoce la parte de mí que no le muestro a todos, por eso me siento desnudo.

¡Pero no quiero sentirme así, demonios!

De nuevo vuelvo a sumergirme en el agua para borrar esas cosas de mi cabeza. Es increíble como Ana logra arruinar todas las cosas agradables de mi vida.

Pero bueno, no puedo evitarlo más.

Parte de la razón por la cual las dejé hablando solas para sumergirme en el agua, fue porque quería evitar molestarme con ella —más de lo que estaba—, porque sé que, si le doy la oportunidad, no dejará de hablar del asunto y yo no estaba en condiciones para conversar en ese instante. Y tampoco soy bueno haciéndola a un lado, es decir ¡está aquí conmigo, de vacaciones! Simplemente pude haberle dicho que no nos acompañara.

Así que luego de unos minutos pensando más a fondo, emprendí mi camino de regreso hasta donde estaban ellas dos, aunque sin dejar de lado que estaba un poco nervioso con respecto a lo que iban a decir.

Es diferente cuando uno está molesto; no se miden las palabras ni las acciones, pero, en lo que la marea baja, todo cambia y toca dar la cara.

Mantener las apariencias, la postura, no flaquear para nada. Es un requisito para los que hacen una escena.

“¿Ya estás mejor?” Preguntó mi hermana, tan ajena al asunto como siempre.

Me limité a responderle con un simple gesto que fuera capaz de traducir todos mis pensamientos; asentí con la cabeza.

“¿Me perdonas?” La mirada de Ana era tan inocente que me molestaba aún más. ¿Cómo es posible que tome esa actitud infantil cuando sabe que hizo mal? “No quise que te molestaras, pero es que no soporté verte con ella.”

Es sorprendente que después de todo, aun quiera hablar al respecto —el que no la conozca, que se la crea—. A ella sí que no le respondí, no se lo merecía, por lo que, ignorándola, tomé la toalla que estaba colgando del toldo que nos daba sombra y me sequé, para luego sentarme al

lado de Cecilia, —dándoles la espalda—, lo más lejos que pudiera de Ana.

“Sigo pensando que te pasaste un poco.” Comentó Cecilia, haciendo alusión a alguna conversación que ellas dos tuvieron sin mí.

Me mantuve callado, escuchando lo que tenían que decir, pero sin mirarlas siquiera.

“Ya... olvídale,” le replicó Ana. “Tenía que hacerlo. Y tú lo sabes.”

“Pudiste haberlo hecho de otra forma,” replicó mi hermana, “no puedes simplemente esperar que las cosas se resuelvan, así como así. Y mucho menos cuando te portas de ese modo.”

En casi nada de tiempo, comenzaron a actuar como si yo no estuviera ahí.

“Pues todavía no me dices qué habrías hecho tú en mi lugar, ¿ah?” La retó Ana.

“Pues de seguro no la habrías insultado. ¡Ni siquiera la conoces!” Ceci tenía un punto.

Y es que es verdad, ¿por qué rayos apareció molestando a Julia?

“Oh, vamos, sabes muy bien que lo habrías hecho también.” Se justificó Ana.

La relación que tiene ella con mi hermana es un poco confusa. A veces, suelen hacer todo juntas, pero en otras ocasiones parece que no son capaces de estar en la misma página ni por un segundo. Tal vez Ana es como la hermana que nunca tuvo, porque, de cierta forma, parece que son la una para la otra. Una verdadera amistad.

Sin embargo, lo que más me sorprendía de todo eso, es que Ana seguía comportándose como si tuviera alguna oportunidad conmigo, y no es así.

Es muy osado de su parte pensar que, después de todo lo que hizo, voy a aceptarla porque sí. De hecho, ahora que conocí a Julia, creo que ni siquiera tiene oportunidad de ser mi amiga, no con eso que acaba de hacer. Está perdida.

“No vas a lograr que Luis te acepte de nuevo, no cuando te comportas como una loca, Ana, si pretendes ganártelo así, tu...”, comenzó a decirle mi hermana.

“Cecilia.” La interrumpió Ana, como si quisiera hacerle ver algo importante.

Yo me hacía el sordo, les daba la espalda y no las veía, aunque tampoco se me hizo muy difícil escucharlas, eran muy escandalosas.

Pero de repente hicieron silencio, ese mismo que hacemos todos cuando no queremos que alguien nos escuche, pero tampoco dejamos de comunicarnos, lo que nos hace aún más obvios. Así que supuse que se acordaron de que yo estaba ahí con ellas.

Ese momento de silencio, me dio tiempo para pensar un poco en mis propios problemas.

El más relevante, era que ahora que Julia creía que era novio de Ana, tal vez no querría hablar más conmigo, aunque ¿cómo se supone que íbamos hablar de todos modos? No le pedí su número, ni quedamos para vernos después. Todo lo que sé de ella es que se llama Julia y que no le gustan los dulces de coco. Eso no es suficiente.

La ansiedad comenzó a apoderarse de mí. De verdad quería volver a encontrarme con ella, pero a menos que me cayera encima de nuevo, dudo mucho que lograra verla. ¿Qué voy a hacer ahora?

“Luis...” dijo Ana, de repente, con una voz dulce e inocente, como si no fuera capaz de romper ni un plato, lo que me hizo molestar por muchas razones, pero más que todo porque interrumpió mis pensamientos.

“¿Qué?” Respondí hoscamente.

“Ay, no me muerdas.” Bromeó, como si todo esto fuera un chiste.

“¿Qué quieres, Ana? Habla de una vez.”

Cecilia no dijo ni hizo nada más. De nuevo, puso en práctica su postura neutral.

“Vamos, no tienes que portarte así conmigo.” Levantó las manos en señal de paz.

“¿Qué no?” Exclamé, mientras me levantaba de golpe, creo que me dejé llevar con esta

acción.

“Sí, no tienes por qué hacerlo. Solamente trataba de protegerte.” Que se justificara con esa excusa me hizo molestar más.

¿Cómo es posible que sea tan egoísta?

“¿Vas a seguir con eso?! ¿En serio? Por favor, Ana, sabes muy bien que lo que yo haga no te incumbe, y mucho menos con quien lo haga.”

“¡Hey!” Reclamó, como si tuviera el derecho de hacerlo. “No tienes por qué decir eso. Sabes que me importas y somos...”

“¿Somos qué? ¿Ah? Dime, Ana ¿qué somos?” Interrumpí. Lentamente estaba dejando que la ira hablara por mí, y es que, cuando se trata de ella, eso es lo que provoca. “Porque hasta donde yo sé, no somos nada desde hace un año.”

Lo peor es que, incluso después de haberle dicho eso, no desistió —sí que es persistente, hay que reconocérselo—, ni siquiera dejó de lado su actitud segura o cambió su postura.

“Amor... tú sabes que eso no es definitivo, sabes que los dos merecemos estar juntos.” Dijo ella.

“Claro que lo es, Ana, todo esto...” dibujé un círculo imaginario entre nosotros dos para enfatizar a lo que me refería, “...es definitivo desde que intentaste estrellar mi auto.” Esperé que con eso recordara cuál era su posición en la situación actual.

“Oh, por favor, Luis, sabes que eso no fue en serio, yo solamente...”

“¿No fue en serio? ¿De verdad? Y las veces que mandabas a tus hermanos matones a seguirme al trabajo, porque creías que iba a serte infiel con mi asistente, ¿no fueron en serio tampoco?”

“Yo...” era obvio que trataba de buscar una excusa, pero no la iba a dejar.

“También está la vez que creíste que te había engañado y me armaste una escena con una socia muy importante, que por cierto, gracias a eso perdí la oportunidad de expandirme al Medio Oriente, ¿eso tampoco fue en serio? o cuando...”

“Tiene razón, Ana.” Dijo mi hermana interrumpiéndome.

Tanto Ana como yo giramos nuestros rostros de golpe para verla.

“No me estás ayudando, Ceci...” masculló Ana.

Y Cecilia, para lavarse las manos, agregó otro comentario.

“Solo digo.”

“Gracias.” Le dije yo, porque intervino y también porque me dio la razón. Luego me dirigí a Ana. “Tus celos exagerados y tu falta de límites fueron lo que arruinaron esta relación, y lo sabes muy bien”

“Pero Luis, ya no soy así, te lo juro.”

“¡Ana, acabas de hacerlo! ¿Cómo vas a decir que ya no eres así?”

Algo me decía que aquella conversación no estaba yendo a ningún lado. Ana no había cambiado, y yo tenía que lidiar con el asunto de Julia; necesitaba hablar con ella para resolver esto. Y si seguía discutiendo con mi ex, no lo iba a lograr.

Así que marqué un alto en la conversación, levanté la mano y aparté mi mirada con desgana.

“¿Sabes qué? Mejor dejémoslo así. Sencillamente no puedo con esto.”

“Pero Luis...” insistió ella.

“No, Ana, ya olvídalo, no estamos llegando a nada.” Terminé mi argumento recogiendo mi camisa, mis zapatos, mi sombrero, mis lentes y dándome la vuelta para marcharme.

“Luis, amor... no te vayas.” Siguió ella.

Pero yo no me detuve, y mientras más caminaba, alejándome de la playa, lentamente se fue

desapareciendo esa ansiedad e impotencia que me causaba el discutir con Ana, esperaba que el tiempo y la distancia resolvieran este asunto, porque yo no iba a seguir perdiendo mi vida.

“¡Luis!” Escuché que gritó.

“Ya déjalo ir, cálmate.” Escuche también a mi hermana, quien ahora comenzó a ser la roca de Ana.

Luego de unos cuantos pasos, dejé de escucharlas, fue algo bueno, la verdad.

Ya no había nada en ese día que pudiera arruinar mi paz, porque no estaría rodeado de emociones tóxicas, pero, mientras caminaba por las calles de aquella urbe, con las manos en los bolsillos de mi traje de baño, y mirando al suelo, Julia invadió mis pensamientos otra vez.

“¿En verdad crees que soy hermosa?” Recordé que me preguntó, y al mismo tiempo apareció ante mí la imagen de su mejilla temblorosa y desesperada por no dejar mostrar su sonrisa. Claro que pienso que es hermosa. Tal vez sí haya visto otras mujeres así de atractivas, pero ella es especial porque sí.

Yo seguía caminando y evadiendo a las personas, pensando alguna forma de encontrarme de nuevo con ella, pero ¿cómo le iba a hacer para que congeniáramos de nuevo? ¿Dónde la iba a encontrar?

Y, en ese momento, la respuesta me golpeó como un rayo.

“La playa.” Exclamé, levantando la mirada y dándome cuenta que ya estaba a punto de llegar al hotel.

“La playa.” Repetí, pero esta vez con más calma.

Al instante se me ocurrió que si regresaba ahí podría encontrarme con Julia, porque ella textualmente había dicho: “... todos los días vendo dulces en esta playa.”

Así que, basándome en eso, la solución era más que obvia. Entré al hotel, y Joaquín, el encargado me recibió como siempre.

“Señor Escalante, ¿cómo estuvo la playa? ¿Todo bien?” Me habló, pero mi mente estaba en otro lado, maquinando alguna forma de encontrarla ese mismo día, a pesar de que no fuera muy probable.

“Sí, sí...” le respondí, tratando de llegar lo más rápido a mi habitación.

“¿Y la señorita Cecilia? ¿Volverá pronto?” Me preguntó.

Yo no dejaba de caminar al elevador ni él de seguirme para continuar haciéndome preguntas.

“Supongo, pero no sé cuándo.”

“Qué bueno.”

Por un momento se calló, pero solo duró eso, un momento.

“¿Se quedará para el almuerzo, señor?” Se me quedó viendo en lo que entré al elevador, como si no pudiera cruzar porque se trataba de un campo de fuerza.

“No lo sé, cualquier cosa yo llamo.” Respondí, mirándolo al fin a los ojos y siendo lo más educado que la paciencia me dejaba ser, no lo traté mal. No, yo no le hago eso a mis empleados.

“Está bien, señor Escalante. ¿Desea algo más?”

Colocó la mano en medio de las dos puertas para evitar que se cerraran.

Negué y él me dejó ir.

El resto del día la pasé en mi cuarto tratando de encontrar a Julia por alguna red social, esperaba tener suerte y dar con la chica que estaba buscando. Desgraciadamente no lo logré, pero no por eso me rendí.

Al día siguiente, llegué a la playa a primera hora. La anticipación me estuvo matando durante la noche y no me dejó dormir.

Por horas estuve pensando en qué le diría, en lo que resultaría de nuestra conversación y de

lo mucho que tendríamos en común una vez resolviéramos el asunto con el malentendido que Ana ocasionó.

Estaba realmente emocionado.

Aparqué mi coche cerca de la arena en donde podía ver quienes llegaban.

Tomé como punto de partida la esquina desde la cual desapareció ayer, suponiendo que llegaba por ahí todos los días —no muy lejos del lugar en que nos conocimos— y esperé.

Ciertamente había muchos puntos de acceso a la playa y era poco probable que los pudiera abarcar todos desde dónde estaba, decidí arriesgarme a que, por alguna casualidad, tuviera una rutina.

Mientras esperaba, me imaginaba iniciando una conversación con ella.

“¿En cuánto tiene los dulces, señorita?”

La sorprendería con tanta seriedad que se le olvidaría el por qué estaba enojada conmigo — porque asumo que todavía no lo ha olvidado—, me saludaría con naturalidad y tendríamos una gran conversación, continuando con la que no pudimos terminar ayer. También había otra posibilidad; que me insultara de nuevo y no fuera tan amable como la última vez.

Me perdí en mis propios pensamientos, tratando de imaginarme el mejor escenario en donde me la encontraría. No quería pensar en la posibilidad de no hacerlo, pero ¿qué tal si no volvía a esa playa?

Mis preocupaciones se disiparon cuando un grito familiar me tomó por sorpresa.

“¡Dulces de coco, compre sus dulces de coco!”

Salí del coche a la velocidad de un rayo, después de acomodarme el sombrero.

Tenía que verme bien para ella, porque después de todo no importa si es la primera o la segunda, lo que importa es dar una buena impresión y ya.

El corazón me palpitaba con fuerza mientras yo daba pequeños saltos por la arena caliente, mis pies aún no se acostumbraban al cambio de temperatura —estuve unas dos horas sentado en mi coche con el aire acondicionado encendido—, pero saltaba, más que nada porque así podría llegar más rápido hasta donde estaba ella.

Con un nudo en la garganta y la sonrisa más grande en mi rostro, le hablé, casi ahogándome por la carrera.

“¿En cuánto los dulces?”

A la primera no me escuchó. De hecho, ni siquiera sé si me salió del todo la voz. Lo intenté de nuevo. Aclaré mi garganta y me acerqué más a ella, que había seguido caminando.

“¿En cuánto los dulces?” Mi voz no sonó como mi voz, lo que explica por qué no me reconoció de inmediato.

Se dio la vuelta y enterró un pie en el suelo para poder sostener mejor la bandeja.

En ningún momento levantó la mirada para verme, por lo que aún no se daba cuenta de que era yo. Parecía un robot actuando automáticamente. Supongo que, para este punto de su vida, vende dulces en un acto reflejo.

Con mucha seriedad, pero como si intentara ser agradable, me habló.

“Cada uno cuesta quinientos pe...” y ahí se detuvo.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo. No sabía qué esperar, o si lo que saldría de todo esto sería bueno.

“Luis.” Dijo, en un suspiro placentero. “Eres tú.”

Se le dibujó una sonrisa en el rostro y por poco se le cae la bandeja de los dulces de la pierna.

Definitivamente el primer encuentro fue mucho mejor de lo que me esperaba; tal vez algún grito o una mirada hosca y fría que me obligaría a suplicar su perdón, aunque todavía no podía

cantar victoria.

“Julia... lo siento,” me disculpe de inmediato, sin medir más palabras o perder el tiempo. Aunque lo que dije no ayudó mucho, porque tan rápido cómo me había sonreído, dejó de hacerlo.

“¡Hum!... sí.” Se enojó en cuestión de segundos. “Ya veo...”

No sé qué quiso decir con eso, pero no quise preguntarle, tenía que seguir con mi disculpa.

“Lamento que hayas tenido que lidiar con Ana ayer...” intenté decir, pero ella me interrumpió al levantarse y alzar la voz.

“¿Quieres decir, tu novia?” Enfatizó la última palabra, reprochándome algo que se escapaba de mis manos.

Sonaba molesta, y parecía que eso era lo único que transmitían sus palabras, pero en sus ojos, se notaba algo más profundo; decepción. Julia tomó su bandeja con firmeza y me dio la espalda, con la frente en alto y los hombros tensos.

“No, es un mal entendido, por eso es que...” intenté defenderme al mismo tiempo en que comencé a seguirla.

“¿Acaso me vas a decir que las cosas entre ustedes no están yendo bien, y que están pensando en terminar?” Señaló, como si se tratara de un matrimonio, lo que me tomó por sorpresa. Me detuve confundido, al ver que, incluso luego de decirlo, no dejó de caminar.

“¿Qué? No.” Respondí, retomando el paso. “Eso no tiene nada que ver.”

Aceleré un poco para poder estar a su lado y así hablarle, asegurándome de que me pudiera escuchar.

“Ana y yo...”

Pero en cuanto comencé a hablar, ella aceleró también, queriendo apartarse de mí, cuanto antes. En ese momento me di cuenta que era una persona un tanto obstinada.

“¡Julia, espera!” No me hizo caso. Continuó caminando con la frente en alto, preocupándose por darme la espalda más que por vender sus dulces.

Como vi que no estaba logrando nada buscando su atención de una forma pasiva, me adelanté y me detuve frente a ella, obligándola a verme.

“Ana y yo no somos nada.” Aclaré. “No lo hemos sido por más de un año.”

Cuando escuchó mis palabras, dejó caer los hombros y su mirada cambió para bien. Vi mi oportunidad, ahora tenía su atención.

“Sí,” aseveré. “Eso es lo que trataba de decirte. Ella no es nada mío, tal vez hubo un tiempo en que lo fuimos, sí.” Divagué, “pero ya no, desde hace mucho tiempo que dejamos de tratarnos como pareja.”

Luego recordé algo importante y también se lo dije.

“Bueno, por lo menos yo sí lo hice.” Torcí los ojos para demostrarle que tampoco soporto a Ana.

“¿Entonces por qué te dijo amor y todo eso?” Dijo, lo que me parece una pregunta válida a la que todavía no le encuentro respuesta.

“La verdad no sé cómo decirte el por qué sin que suene ofensivo.” Bajé la mirada y me llevé la mano a la cabeza tratando de pensar una mejor forma para decirlo.

Julia asintió, como si me hubiera entendido.

“Ah, ya... está loca.”

Bueno, no lo dije yo.

“Supongo que es una forma simple de ponerlo... sí, puede ser.” Reconocí, a pesar de que trataba de no ser ofensivo al referirme a ella.

A pesar de todo, Julia se lo tomó mejor de lo que esperaba.

“Entonces, tienes una exnovia loca que cree que puede venir a ahuyentar a cualquier mujer que se te acerque, ¿no es así?”

“Sí, no suena tan bien cuando lo dices en voz alta.”

De repente, resopló con una risa exagerada.

“Claro, porque si no lo digo, no se ve tan malo después de todo.” Habló con sarcasmo, como si no fuera cierto, pero la verdad es que Julia tenía razón.

Levanté ambas manos en el aire para demostrarle que daba la batalla por perdida, ella se lo tomó con mucho entusiasmo, sonrió y levantó el mentón con orgullo.

“Vale, vale... está bien.” Agregué.

“Sí, porque la verdad no sé qué sería de ella si no estuvieras para defenderla.” Dijo y después resopló.

“Sí, bueno, la verdad es que no sé.” Bajé la cabeza.

Luego de eso, hubo un silencio incómodo entre los dos que me hizo recordar que estábamos parados en el medio de la playa, bajo el sol, dejando que la arena nos quemase los pies.

En cuanto a ella, parecía no molestarle, pero eso no iba conmigo. Sin embargo, no quería romper el hielo con alguna queja estúpida acerca de lo muy difícil que se me hacía estar mucho tiempo pisando la arena caliente. Tenía que mantener las apariencias.

“Y... este, ¿qué vas a hacer ahora?” Preguntó ella, rompiendo el hielo.

Parecía interesada, y eso me animó un poco. Levanté la mirada y sonreí.

“Bueno, como no sabía qué tan mal te habías tomado lo de ayer, y cuando llegó Ana no pudimos terminar de hablar, se me ocurrió que tal vez podríamos continuar con lo de comprarte todos los dulces.”

De la nada, como si hubiera pasado un interruptor, la buena cara se le borró, sus hombros se tensaron de nuevo, su mirada me evadió como si se tratara de una imagen desagradable y retomó su paso firme y seguro mientras se alejaba de mí. Todo eso me tomó por sorpresa.

“¿Y ahora qué hice?” Pregunté, pero al parecer me había quedado hablando solo.

## ESOS LABIOS

JULIA

**V**erlo de nuevo me hizo experimentar un sinfín de sensaciones extrañas. Claro, no es como que esté diciendo que los sentimientos naturalmente humanos no sean lo mío, lo que trato de decir es que nunca había sentido tantas cosas al mismo tiempo.

Su voz, al principio no me pareció familiar, no entiendo por qué, pero el punto es que, por un segundo, me convencí de que iba a venderle un dulce a alguien, apenas empezando el día.

Sin embargo, la sorpresa no fue tan desagradable después de todo.

“Luis.” Dije, suspirando como si su presencia me quitara el aire —aunque creo que en verdad lo hizo—. “Eres tú.”

De inmediato, me sentí como una tonta al decir eso. Ósea, es obvio que era él, ¿qué otro Luis con la misma cara que la suya conozco?

Sin embargo, no dejé de sonreír mientras veía esos hermosos ojos azules. Pero, repentinamente, y como si todo lo malo regresara a mí, me recordó por qué dejamos de hablar el día anterior.

En lo que trataba de disculparse simplemente me retiré, dándole la espalda para evitar escucharlo. Yo no iba a tolerar que un infiel mentiroso viniera a decirme que soy hermosa cuando está saliendo con otra chica que, además, es una grosera engreída.

Pero él no se detuvo. Continuó insistiendo y yo resalté mi punto con un argumento muy lógico, el que, por cierto, pareció que no fue suficiente.

Él no dejaba de seguirme y de intentar excusarse, hasta que, poniéndose en medio de mi camino, me miró a los ojos y me dijo:

“Ana y yo no somos nada.” Aseguró. “No lo hemos sido por más de un año.”

Y cuando dijo eso, le creí de inmediato y sentí cómo el mundo se me iluminaba de nuevo. Entonces, según lo que me dijo, no era su novia, de hecho, no eran nada, lo que quería decir que él estaba libre para mí, ahí hice una pausa mental, ¿cómo que para mí?

Por un momento, comencé a imaginar cosas imposibles con respecto a Luis. Es tonto, porque por muy interesado que él esté de mí, o por muy insistente y acosador que sea, no va a cambiar el hecho de que no podemos estar juntos. Además, ya pasé por esto toda la noche como para tener que revivirlo ahora.

Él siguió explicándome todo lo que pasó, me dijo que su exnovia era una loca y yo terminé ganando la discusión. Todo iba de maravilla hasta ahí.

Parecía que estábamos comenzando de nuevo con el pie indicado, que estábamos en la misma página, preparándonos para conversar sobre cosas interesantes y ¿quién sabe? Tal vez hasta podríamos intentar algo que no necesariamente fuera formal, quizá algo más bien... divertido.

Entonces, de la nada, me recordó el verdadero motivo por el cual estaba en aquella playa.



Dijo algo más o menos así: «déjame comprarte todos los dulces esta vez», eso fue lo que de verdad me hizo enfurecer.

Después de lo que había pasado ayer; la pérdida de mis dulces, el encuentro con su exnovia y la discusión con mi mamá por llegar a la casa sin dulces y sin dinero ¿en serio me iba a decir eso? Furiosa, le di la espalda y seguí caminando.

El trabajo era lo que realmente importaba, conseguir vender los dulces era lo que me obligaba a levantarme todos los días, no el tropezarme con algún millonario que me fuera a resolver la vida.

¡No, señor! Yo no soy así. Claro que no. Y que él no lo entendiera, hacía que esos perfectos ojos azules —no que fuera el único atributo superficialmente hermoso que tenía— dejaran de ser interesantes.

Pero es que hay que entender algo, la vida no siempre es fácil, y no puedo obligarme a creer que las cosas se resolverán así cómo así, y repetir los mismos errores de mi madre.

Ahora que lo pienso, fue algo bueno no decirle a mi mamá que alguien se ofreció a pagar por los dulces arruinados, creo que, si lo hubiera hecho, me habría obligado a regresar y aceptar su estúpida propuesta.

“Julia, espera.” Me detuvo el hombre de ojos perfectos, de nuevo, esta vez, colocando su mano en mi hombro.

“¿Qué quieres, Luis? Ya te dije que no voy a dejar que me compres todos los dulces.”

“Pero no es tan importante, sería lo mismo que muchas personas te los compren.” Insistió.

En definitiva, estaba realmente convencido que yo era así de fácil, pues lo iba a sorprender.

“Pues yo no creo que sea lo mismo.” Objeté, evitándolo y retomando mi paso.

“Oh, vamos, no tienes por qué ser así.” Se me adelantó de nuevo, para detenerme.

“No me vas a decir que no te gustaría que lo hiciera, ¿no dijiste que no te gustaban los dulces de coco?”

No encontré sentido en sus palabras, por lo que le miré a los ojos y se lo hice saber.

“¿Y eso qué demonios tiene que ver? No porque no me guste algo quiere decir que me deje comprar así de fácil.” Lo evadí de nuevo y continué caminando; no dejaría que él se interpusiera en mi camino.

Pese a todo eso, no estaba promocionando mi producto. Necesitaba vender lo que perdí ayer y la verdad no sabía cómo iba a recuperar la inversión. Le propuse a mi madre doblarles el precio; tiene sentido si lo piensas bien, pero se negó. Tengo que pensar en algo.

“¡Oye, vamos! Tienes que dejarme ayudarte.” Gritó Luis a mis espaldas.

No quería siquiera considerarlo.

Sí, ciertamente podría ser de mucha ayuda y ¡hasta les podría subir el precio! Y no cabe duda de que de seguro eso no le afectaría para nada, además que lograría quitármelo de encima muy a pesar de que me gustara verlo. Pero no sería correcto.

No puedo simplemente dejar que suceda, que mis problemas se resuelvan así sin haberme esforzado, sin haber aprendido nada, ¿cuál sería la lección, entonces?

Pero, en medio de todos mis pensamientos, de repente lo escuché hablar, entre resignado y cansado.

“Está bien.”

¿Está bien qué? ¿Qué quería decir con eso?, esas dos preguntas fueron más que suficiente para que me detuviera y me diese la vuelta.

“¿Qué está bien?” Expresé mi curiosidad.

“Pues eso.” Afirmó.

“Aja.” Dije, desesperada por no entender lo que quería decirme.

Bajó la mirada.

“No te los voy a comprar, pero...” vaciló, como si lo que estuviera a punto de decir se hubiera atorado en su garganta, “... de verdad quiero ayudarte.”

Cuando levantó la mirada, sus hermosos ojos azules se volvieron dos grandes piedras preciosas, brillaban, y me hicieron sentir algo, en el pecho. Agregó una última frase, cómo si el verme de la forma en que lo hacía no fuera suficiente.

“Pero no sé cómo hacerlo.”

Él había ganado, solo con eso. En definitiva, no iba a aceptar que comprara mis dulces, pero ahora que lo sacaba a relucir, me daba la impresión de que debía aceptar su ayuda, sin importar la forma en que me la ofreciera. En ese instante me quedé muda.

¿Qué le podía decir? ¿Cómo podía aceptar su ayuda?

Habías cosas que no podía permitir, pero necesitaba una idea, así que empecé a dejar que mi cabeza funcionara por sí sola.

“Podrías...” dejé salir, pero sin saber exactamente como terminar la oración.

Luis no apartó su hermosa mirada de mí, estaba atento a lo que iba a decir.

“Este... no sé...” divagué porque no sabía la respuesta.

No es como que pudiera hacer que él los vendiera por mí, ¿o sí?

“¡Ya sé!”

Luis se sorprendió, abrió un poco los dos ojos y sonrió, aun sin saber lo que yo estaba a punto de decir.

“Podrías ayudarme a venderlos.” Propuse.

“¿Cómo?” Vaciló. “No entiendo.”

Por alguna extraña razón eso me hizo sonreír, llenándome de cierta dicha por dejarlo confundido.

“Bueno, quiero decir que puedes ayudarme a venderlos si me acompañas ¿me entiendes?” Traté de explicarlo.

“Ah... claro. Sí.” Asintió lentamente y de manera exagerada con la cabeza. “Sí, me parece un plan sensato.”

“¿Me ayudas, entonces?” Pregunté emocionada.

“Sí, eso me gustaría.”

Ambos nos sonreímos. Por alguna razón me sentí satisfecha, realizada; no lo sé, pero me daba la impresión de que a él le había pasado lo mismo. Luis le agregó más emoción al ambiente, dio un aplauso y se calentó las palmas de las manos, preparándose para la acción.

“Empecemos de una vez.” Se notaba su entusiasmo, y eso me emocionó aún más.

Encontré sorprendente el hecho de que aceptara que no quería venderle todos los dulces, pero que, aun así, no cambiara de parecer con respecto a lo que quería lograr; ayudarme.

Eso hablaba muy bien de él. Acto seguido, empezamos a caminar por la playa. Me di cuenta que estaba un poco lejos de su zona de confort.

Pese que al principio solo parecía que le dolían los pies de tanto caminar en la arena, —tal vez porque no tenía los callos necesarios para soportar el calor— no borró de su rostro aquella sonrisa encantadora que me amenizó durante todo el paseo.

No era difícil ver que caminar por la playa no era lo suyo.

Dejar que el sol nos abrigue de tal forma por tanto tiempo, esperar a que alguien nos llame porque la única forma de vender es que, de verdad, a alguna persona le guste el producto, a veces puede ser desalentador, pero me encantó ver cómo parecía que lo estaba disfrutando, llegando

incluso a ofrecerse a hablar con las personas para mejorar las ventas.

“¿Le gustaría comprar cinco dulces de coco por dos mil quinientos pesos?” Le dijo a uno de nuestros potenciales clientes tan repentinamente, que sentí que no vendería nada.

Pensé; «este no sabe nada del negocio» pero, él estaba seguro de querer demostrarme algo, porque mientras caminábamos y antes de abordar a la señora, tuvimos una conversación muy interesante.

“Lo que queremos es que actúen bajo el principio de la reciprocidad. Queremos que crean que nos deben algo, aunque no todo es sobre la oferta y la demanda.” Me explicó.

“Porque a veces no es cuestión de atender a sus necesidades, sino también, a veces, de persuadirlos. ¿Me explico?”

Yo simplemente asentí; entendía cierta parte de su punto, pero no sabía a qué quería llegar.

“Aja, pero si los persuades estarías manipulándolos.”

Él se rio como si esperara que dijera eso.

“Oh, no, no es eso. En parte funciona igual, pero no lo es.” Con esas palabras me confundió más. “Si los persuado, estoy tratando que tanto esa persona, como yo, ganemos.”

“¿Y si los manipulas?”

“Pues solamente estoy ganando yo.” Y sonrió de forma picara. No sé por qué, pero me gustó.

“Bien...” dije, alargando el sonido de esa palabra porque sí, lo había entendido, pero ¿entonces qué?

“¿Qué no entiendes?” Preguntó él.

“Pues que no sé qué van a ganar ellos comiéndose mis dulces.”

“¿No son buenos?”

“Son buenísimos.” Le confirmé.

“Entonces les estaríamos dando a probar algo espectacular, y esa es la ganancia de ellos. Disfrutan y nosotros obtenemos dinero a cambio”.

“Aja.” Le seguí yo.

“La idea de vender ciertas cosas, radica en la persuasión. Podemos persuadirlos haciendo varias cosas.” Agregó. “Pero lo que queremos es que actúen bajo el principio de la reciprocidad. Queremos que piensen que nos deben algo y así vendérselos.”

“Aja, sí, pero eso sería engañarlos, de todos modos.” Traté de resumirlo.

“No, porque estamos dándole la oportunidad de elegir, no mediante el engaño, sino mediante el uso de técnicas de persuasión. Queremos algo y queremos que ellos nos ayuden, así que, en el proceso, les ayudamos a ellos. ¿Me entiendes?”

Luis se veía realmente feliz hablando. Estaba sonriendo, radiante, entusiasmado. Parecía que realmente le gustaba lo que estaba haciendo, que lo disfrutaba.

“No mucho.”

Él resolló riendo —como si no pudiera creer que simplemente no entendía—, miró a su alrededor, detuvo su mirada en la mujer a la que le había hablado repentinamente, y regresándola a mí, me habló con confianza.

“Te lo voy a mostrar.”

La señora no parecía ser una mujer comprensiva, aunque, de todos modos, yo quería ver qué hacía Luis, y fue hasta que lo escuché hablar, que entendí un poco mejor lo que quería decir.

“Buenos días, mi estimada, mucho gusto.”

A lo que ella, levantándose los lentes de sol y apartando su mirada del horizonte, le contestó.

“Buenos días, joven.”

“No sé si la estoy molestando,” dijo sonriendo, mientras se arrodillaba en frente de ella.

“Disculpe si lo hago, pero, me estaba preguntando si...” aclaró su garganta, “... ¿le gustan a usted los dulces de coco?”

“Este... sí ¿por?” Respondió, pero sin dejar de verlo.

“Bueno, me acerqué a usted, porque nosotros...” se señaló a sí mismo y a mí, “nos dedicamos a vender dulces de coco. Y la verdad, no somos muy buenos haciéndolo.”

“¿Qué le sucede? ¿Por qué dice eso?” Preguntó la mujer, con gesto preocupado.

“Es la verdad, pero eso no quiere decir que no lo estamos intentando.” Agregó.

“Somos un negocio realmente pequeño, pero nos esforzamos tanto como una gran empresa, pensamos en grande y queremos llegar al consumidor, por eso nos interesaría ofrecerle unos dulces.” Aclaró su garganta.

“¿Le gustaría escuchar mi oferta?”

La postura de Luis era tan firme, su mirada tan interesante, no estaba demostrando ningún tipo de falsedad, se veía tan autentico, aunque la verdad, nada de lo que dijo era mentira, así que tal vez, sabía lo que hacía. ¿Sería también un vendedor, cómo yo?

“Sí, dime.”

“¿Le gustaría comprar cinco dulces de coco por dos mil quinientos pesos?”

Ahí fue cuando pensé que no sabía nada de la venta, cuando la mujer se rio como si fuera una broma y respondió rotundamente.

“¡¿Qué?! No joven. Pero gracias de todos modos.” Y se colocó de nuevo los lentes.

Yo estaba a unos cuantos pasos de ellos, sosteniendo la bandeja lo suficientemente abajo como para que ella pudiera ver el producto, pero la mujer, al igual que yo, no podía apartar su mirada de Luis.

Él, por su parte, dejó caer sus hombros, rindiéndose, pero no se fue. Me pareció que ya tenía que erguirme para irnos, pero él me hizo una seña con la mano y me detuvo.

“Bueno, permítame hacerle otra pregunta, antes de irme.” Le dijo a la mujer.

“Adelante.” Por lo menos ella era amable.

No eran solo sus ojos y su atractivo, Luis tenía algo en su forma de hablar, en su tono de voz, en las palabras que usaba que lo hacían irresistible.

“¿Usted apoya a las personas que quieren emprender, como nosotros?”

“Sí, joven. Pienso que todos deben tener la oportunidad de hacer crecer sus negocios, pero no creo que pueda comprar esos cinco dulces, cuestan mucho y tampoco me gustan tanto, la verdad.” Trató de excusarse.

“Bueno, pero ¿qué tal si solo me compra uno por quinientos pesos?”

La señora se le quedó viendo con la sonrisa congelada, sin decir nada, sin moverse, sin siquiera flaquear un poco o parpadear demasiado.

Ambos estaban en silencio, viéndose a los ojos como si estuvieran teniendo una discusión mental, silenciosa, en donde se estaba definiendo el destino del mundo, tan solo para saber quién tenía la razón y si se compraría el dulce de coco. ¿Qué estaba sucediendo en su cabeza?

“Está bien. Dame uno.”

No esperaba acercarme a la señora para entregarle un dulce, pero lo estaba haciendo. No sabía cómo, pero lo logró. En silencio, terminé de acercarme a ellos y esperé que eligiera, lo que me hizo sentir muy bien. ¡La primera compra del día! Y mejor aún, la primera compra en la que me ayudaba Luis.

Cuando nos alejamos suficiente de aquella mujer, le pregunté cómo lo hizo.

Su explicación fue un tanto más simple.

Me dijo que, una vez que a las personas se nos entrega algo, tendemos a sentir que debemos

algo a cambio por eso que nos dieron, y que, si se hace de la forma adecuada, se puede conseguir lo que sea. Le dije que él no le había dado nada a la mujer, él refutó mi comentario.

“Pero le hice pensar que al haberme dado ese «no» por respuesta la primera vez, entonces me debía ese sí. ¿Entiendes?”

“Claro.” Le dije, entendiéndolo por fin.

“Yo me vendí, le dije la verdad, me abrí a ella, le demostré mis debilidades y creé empatía. Entonces, cuando se negó a mi propuesta inicial, se sintió culpable y fue ahí cuando la otra sonó mejor.”

Me parecía increíble que supiera eso, de hecho, no esperaba que supiera mucho; no lo sé, tal vez porque siento que no lo conozco, no puedo decir cuáles son sus habilidades. Pero, lentamente me fui enterando ese día que era un muy buen vendedor.

Caminamos el resto de la mañana vendiendo del mismo modo que hicimos con la señora. Luis conseguía que terminaran comprando y yo estaba agradecida con él.

Las ventas se dispararon, para ser honesta, nunca había vendido tanto tan rápido. Una que otra vez lo intenté yo, diciéndoles más o menos las mismas cosas que él dijo, y con eso conseguí vender uno o dos menos que él. ¡Pero vendí! Y estaba realmente agradecida.

El resto del día lo pasamos sentados en la arena, viendo el mar. Ni él ni yo teníamos trajes de baño ni cambio de ropa, por lo que no teníamos otra opción.

“Entonces, eres un vendedor muy exitoso.” Saqué a relucir eso que me había estado preguntando todo el día, cuando vi la oportunidad, se lo dije.

Sí, mi oportunidad fue luego de una larga conversación sobre la forma correcta de comerse un cangrejo.

“¿Qué? ¿Yo?” Rio. “No, nada que ver.”

Su respuesta me tomó por sorpresa.

“¿Entonces, ¿qué fue todo eso que hiciste hoy? Parecía que sabías lo que hacías.”

Rio de nuevo, pero con cierta sensación de alivio.

“Bueno, no del todo.” Confesó.

“¿Entonces qué? Creí que te habías hecho millonario porque sabes vender.” Le dije, saltándome todos los preámbulos de confianza.

Fui muy directa, y eso lo tomó por sorpresa.

“¡Oh!” Exclamó exageradamente, luego rio con cierta ironía nasal. “¿Cómo sabes que soy millonario?”

“No sé, al principio creí que solo tenías un poco más de dinero, pero después de verte vender, pensé que podrías ser millonario por la forma en que lo hacías, y también por lo mucho que sabes acerca de comer crustáceos, no todos podemos pagar esas comidas ¿sabes?” Comenté.

“Además, lo acabas de admitir.” Agregué con orgullo, él no era el único que podía leer a las personas.

Suspiró y sonrió un poco.

“Bueno, sí soy millonario, pero no por saber vender.”

“¿Entonces por qué lo eres?” Estaba legítimamente confundida y muy interesada en él.

Aunque, para ser honesta nunca creí que llegaría el día que haría una pregunta de ese tipo; «¿por qué eres millonario?», no suena como algo que le dirías a alguien un día cualquiera.

“Bueno, soy dueño de uno de los hoteles que están por aquí cerca.”

Vaya, si hubiera sido vendedor, habría sonado un poco más humilde. Luis se giró un poco y continuó explicándome.

“Tengo hoteles en los Estados Unidos, en España, en Inglaterra...” puntualizó esos y otros

tres hoteles más a lo ancho del mundo. “Y bueno, esos son todos.”

“Vaya.” Dije, realmente sorprendida, porque ¿acaso eso no es sorprendente?

“Sí bueno, es el negocio de la familia.” Agregó, como restándole importancia.

“¿Entonces son de tus padres?”

“No todos. Mi padre tiene otras cosas a su nombre, igual que mi madre y mi hermana.”

“Entiendo, así que lo tuyo son los hoteles.”

“Sí, así tengo una excusa para no estar en el mismo lugar y, al mismo tiempo, dedicarme al trabajo.”

“Interesante.” Lo alabé, me fijé en él y luego en el atardecer.

“Me gusta viajar mucho, es lo que hago. Y esta vez, pensé en vacacionar aquí.” Repentinamente bajó el tono de voz. “O eso pensé que sería, hasta que a Cecilia se le ocurrió traer a...”

“A tu ex.”

“Sí, esa misma.”

Ambos dejamos de hablar por unos segundos, como si la mera mención de esa degenerada, nos hiciera molestar.

Era un poco incómodo hablar sobre la ex del sujeto que te gusta, pero no podía hacer nada, se metió en la conversación casi como un rayo; de la nada e increíblemente rápido.

“Entonces es tu ex.” Saqué a relucir. No sé por qué lo hice, la verdad, solo le seguí preguntando acerca de ella. “¿Por qué terminaron?”

“Bueno...” Luis chasqueó los dientes con hastío, y bajó la mirada. “Es una larga historia...” levantó el rostro, “pero, en resumen, terminamos porque ella era... ¿cómo lo digo?”

“Ah, sí... porque está loca.” Lo interrumpí, aclarando sus ideas.

Es curioso cómo le costaba decirlo por sí mismo.

“¿Por qué no puedes llamarla por lo que es?” Interrogué.

“Pues, es que no está loca del todo, solamente es un poco extremista.”

“¿Un poco?” Exclamé. Me pregunto qué será «completamente extremista» para él.

“Sí, bueno,” volvió a bajar la mirada. “No me gusta hablar mal de ella, porque por mucho tiempo la defendí. Y puedo decir, que llegué a conocerla un poco.”

Con esas palabras, comenzó a abrirse para mí.

“Yo estaba convencido de que estaría toda la vida con ella, además, lejos de todos esos arranques de celos o sus acusaciones absurdas, siempre estuvo para mí y me ayudó; nunca pidió nada y me apoyó en todo.”

La forma en que comenzó a hablar de ella hizo que me dieran celos.

La peor parte es que no podía decirle nada, primero, porque al parecer su ex ya era terrible en eso, y segundo ¡porque no éramos nada! Sin embargo, no pude evitar sentirlos cuando Luis reconoció que de verdad la quería.

“Y...” tenía que preguntarlo, “¿todavía sientes algo por ella?”

Luis levantó la mirada, exaltado, como si hubiera dicho algo impronunciado. Su semblante cambió, su mirada se llenó de cierto orgullo y, en cuestión de segundos, el ambiente que había entre nosotros, se hizo muy pesado.

“Claro que no, eso fue hace más de un año...” me dijo, “hace tiempo que dejé de pensar en ella de forma romántica.”

Me alegró escucharlo. Luego de otro silencio, esta vez fue su turno de hacer las preguntas.

“Y tú, ¿a qué te dedicas? Aparte de vender dulces.” Me preguntó con una gran sonrisa, él hacía mucho ese gesto, combinada a la perfección con sus ojos.

“Bueno, estudio turismo no muy lejos de aquí.” Contesté.

“Qué interesante...” estimó. “¿Y qué más puedes contarme acerca de ti?” Por lo visto, no había alimentado su sed de conocerme.

“Vivo sola con mi madre, soy hija única. Salgo todos los días a vender dulces y ésta vez sí estoy intentando terminar la universidad, para poder dejar de hacer esto y tener un trabajo que me dé más dinero.”

De todo lo que dije, Luis pareció escuchar una sola cosa.

“¿Esta vez sí lo estás intentando?” Rio confundido.

“¿Antes no lo lograste? ¿Pues cuántos años tienes?”

Bajé los hombros, reconociendo mi propia decepción.

“Tengo veintitrés, y no lo he logrado, ésta es la tercera carrera que trató de estudiar.”

“¡Demonios! ¿Y eso por qué?” Exclamó.

“Es que me he tenido que detener a veces para ayudarle a mi madre y...”

“Ya veo.” Me interrumpió. “Entiendo.” Por un segundo, creí que había terminado con la ronda de preguntas, pero me equivoqué. “¿Y qué más? ¿Qué otra cosa me dices de ti? ¿Mascotas? ¿Novios? ¿Hobbies?”

Sonreí, tratando de pensar por dónde empezar.

“Sí tengo una mascota, es un ave hermosa.” Hice una pausa para enfatizar la siguiente oración. “Por cierto, me encantan las aves, solo necesitaba decírtelo.”

Luis rio, encontrando gracioso mi comentario.

“Y en cuanto a los novios, pues no tengo desde hace mucho tiempo.” Agregué, pensando que tal vez eso era lo único que quería saber. “En cuanto a mis hobbies... no sé, creo que no tengo. Supongo que solo me dedico a trabajar.”

Esta vez, las preguntas sí se terminaron. Tal vez había atendido a su necesidad de saber, porque, de un momento a otro, volvimos a caer en el silencio contemplativo del atardecer. Por ese breve instante, me sentí a gusto; a su lado, me daba la impresión de que estábamos en el lugar y momento indicado.

Hasta que, de la nada, Luis retomó una conversación que ya hasta se me había olvidado y, dándose la vuelta, me habló.

“De hecho, creo que desde aquí se puede ver.”

“Ver, ¿qué?” Le pregunté sin entender a qué se refería.

“Mi hotel.”

Inmediatamente me di la vuelta, bastante interesada por verlo, se veían varios edificios, ¿cuál podría ser?

“Ese que está ahí.”

Me dijo acercando su cara a la mía. No sé por qué lo hizo, para mí tenía sentido que, si quieres ayudar a alguien a ver algo, te acercas para señalárselo, pero en ese momento, con su cercanía, las ideas se me borraron de golpe.

No era solo su cercanía, era el olor y calor que emanaba de su rostro, la forma en que respiró a mi lado, su voz y... ¡oh sí!, lo cerca que estaba de su boca, sus labios, no había sido sino hasta ese momento en que me fijé en ellos —creo que se debía a que cuando hablábamos, solo veía sus ojos—.

Lo tenía al lado, hablándome acerca de cuál hotel era el suyo, pero yo no estaba pendiente de eso, solo podía ver sus labios de reojo, me enamoré de ellos.

Eran de un rosado suave, gruesos, pero no demasiado, y con una curvatura que daba la impresión de que se convertirían en un corazón, un poco resacos por el sol y la sal en el

ambiente.

Los tenía tan cerca que, los míos, comenzaron a temblar un poco; sentí un hormigueo que me recorrió desde la mejilla hasta la barbilla, del lado que estaba más cerca de él.

No sabía qué pensar ni cómo comportarme. Estaba ansiosa por muchas razones y más que todo porque, lejos de saber cómo se veían sus labios, necesitaba saber qué tan suaves eran.

En ese instante, me di cuenta que dejé de hablar. Bajó la mano con la que estaba señalando hacía el edificio. Mi mirada subió hacia sus ojos y ahí estaba él, viéndome de reojo, también.

Nos apartamos un poco, pero no lo suficiente, porque aun sentía la necesidad de probar sus labios. ¿Qué podía hacer ahora?

Traté de decir algo, pero tras abrir levemente mis labios para hacerlo, sentí cómo sus dedos tomaron mi mentón y lo apretaron un poco. Grité mentalmente.

¡Ese es el gesto universal para un beso! Y para variar, ¡se estaba acercando! Era obvio lo que Luis quería.

¡Era obvio lo que yo quería!

En ese momento, me vino a la mente la película del seductor. Se supone que ellos dan el noventa por ciento, y nosotras debemos dar el otro diez. Pero yo no quería dar el diez, quería dar el veinte, el treinta, el ciento quince, ¡lo quería dar todo!

Mentiría si digo que todo se veía lento, porque, cuando tienes el corazón palpitándote a un millón por hora y las manos sudándote como si fueran una bolsa de papel llena de frituras, las cosas pasan de miles de formas menos lentas.

Sus labios, su rostro cada vez más cerca, la playa, el sol, el mar, la arena en nuestros pies...

Teniendo todo eso alrededor, fue como Luis me besó, por primera vez.



## CONFÍA EN MÍ, HERMANO

CECILIA

**D**urante todo el día me pregunté en dónde estaría Luis, más que nada porque Ana no dejaba de hacerme la misma pregunta, una y otra vez. Ella no es una mala persona, la verdad la quiero mucho, pero puede ser un poco necia respecto a mi hermano.

Por eso, cuando yo iba saliendo del elevador y lo vi entrando por la puerta principal del hotel, me escondí en una esquina, se veía realmente feliz y yo no quería molestarlo como el día anterior, además, si me lo encontraba de frente, tenía que decirle a Ana, y la verdad no tenía ganas de hacerlo.

“Buenas noches, mi estimado señor Escalante. ¿Cómo está?” Le preguntó Joaquín, el encargado del hotel.

“Estoy de maravilla.” Respondió Luis con una sonrisa, realmente reflejaba su respuesta.

Su entusiasmo se podía ver a kilómetros de distancia, era obvio que algo bueno le había sucedido.

“Pues se ve muy feliz.” Resaltó Joaquín.

“Claro que sí, hombre. Sí qué lo estoy.”

Luis caminó en dirección al elevador, por lo que yo traté de ocultarme; cada paso que él daba, yo retrocedía en mi escondite.

“Qué bueno, señor, me alegro mucho por usted, es bueno que esté feliz. ¿Pudo resolver el asunto en la playa?”

Luis se dio la vuelta y lo miró de frente, directo a los ojos, luego lo tomó por los hombros y le habló con vehemencia.

“Más que eso. De hecho, creo que lo resolví todo.”

Joaquín no sabía qué hacer, pero no borraba la sonrisa de su rostro.

“Me alegro, señor.” Repitió, un tanto tenso.

En cuestión de segundos, Luis lo soltó.

“Sí, creo que de ahora en adelante todo estará mejor.” Dijo Luis en el mismo tono de alegría.

Justo en ese momento, se dio la vuelta y, como si fueran imanes, nuestras miradas se encontraron.

“¡Hermana!” Su sonrisa parecía un faro en medio de una tormenta.

Sin pensarlo mucho dejó a Joaquín y corrió hasta donde estaba yo. No supe cómo reaccionar, me sentía descubierta, expuesta, como si me hubieran encontrado con las manos en la masa.

“Hermano...” contesté yo con nerviosismo.

“¿Cómo estás? ¿Todo bien? ¿Estás disfrutando todo?”

Sí que estaba un poco emocionado, tal vez demasiado.

“Este... sí...” vacilé un poco. “La estoy pasando bien.”

“¿Y Ana? ¿Todo bien con ella? ¿Ya se calmó?” Preguntó, sonriendo.

Definitivamente tenía algo extraño.

No era normal que él sacara a relucir a Ana de esa forma, mucho menos tan alegre o tan interesado, como si de verdad le importara. Sí, no era como que le diera un trato especial, pero no era precisamente el más atento con ella últimamente.

“¿Tú estás bien?” No pude evitar preguntárselo.

“¡Claro que sí, estoy de maravilla!” No dejaba de sonreír ni de verme, completamente emocionado.

Lo tomé de la mano y lo llevé hasta los sillones que estaban en el lobby. Él me siguió, encantado, sin hacer preguntas. A mi parecer se veía normal; no estaba drogado, ni ebrio, solo se veía demasiado feliz, y yo tenía que saber el por qué.

“Ven,” le dije, antes de sentarnos uno al lado del otro en dos sillones individuales. “¿Qué está pasando?”

Él rio como si mi pregunta fuera una acusación y él lo encontrase inaudito.

“¿Qué? ¿Acaso no puedo estar feliz?” Sonaba ofendido, pero no se veía como tal.

“No estoy diciendo eso, solamente que me parece raro que estés tan animado,” le comenté, “y quisiera saber por qué, eso es todo.”

Traté de ocultar mi intención de sacarle información con un honesto toque de curiosidad, pero él se dio cuenta, porque en ese momento, la expresión de su rostro cambió. Dejó de sonreír y su mirada se hizo severa.

“¿Para qué quieres saber?” Resopló, irguiéndose y apartándose de mí.

No puedo decir que no esperaba esa reacción.

“Oye,” traté de calmarlo, “solamente quiero saber por qué mi hermano está tan feliz, eso es todo.” Fingí una sonrisa.

Él levantó la ceja, dudando de mí, lo que me hizo sentir un poco mal. ¿Por qué no quería decirme?

“Vas a ir corriendo a decírselo a Ana.” Reprochó.

Ya veo, era por eso.

“¿Qué?” Fingí estar alarmada, no por falsa, sino porque era obvio que él pensaría eso de mí. “¿Por qué piensas que le voy a contar a ella? ¿Me crees capaz de hacer algo así?”

“Bueno, no sé, solo digo. Como ahora no puedo tener una vida normal.” Se quejó.

Lo miré con desapruebo, como si fuera mi culpa que Ana se portara así.

“Y no me veas así, sabes que es verdad.” Replicó.

Sí, lo era, pero no significaba que tenía que portarse como un idiota al respecto, aunque pensándolo bien, Ana tampoco era muy fácil de soportar.

“Pero no puedes esperar que vaya a contarle todo a ella, solo porque es mi mejor amiga y nos contamos todo.” Le dije en un intento de convencerlo.

“¿En serio?” Levantó la ceja con incredulidad.

Yo sabía por qué no me creía, pero aun así trate de defenderme.

“Lo sé, lo sé. Pero sabes a qué me refiero. No voy a andar contándole tus secretos. Recuerda que después de todo eres mi hermano.”

Muchas veces elegía a Ana encima de otras cosas, pero no puedo negar que la felicidad repentina de mi hermano me daba mucha curiosidad.

“¿Entonces?” Insistí. “Además ¿por qué no quieres que se lo cuente? ¿Qué podrías decirme que no quieres que ella sepa?”

Todo era muy extraño, se lo hice saber.

“No, espera, mejor dicho, ¿de cuándo acá te importa lo que ella sepa o no?”

Luis aclaró su garganta, se acomodó en el sillón como si estuviera preparándose para decir un secreto y se pasó la mano por la barbilla.

“Sí, ya sé que es raro.” Comenzó a contar. “Pero después de lo de ayer, la verdad quiero tenerla lo más alejada posible de mi vida.”

Me hizo sentir un poco mal por mi amiga, quien, a pesar de todo, está realmente enamorada de él. No tiene por qué ser tan duro con ella.

“¡Hum!” Mascullé, pensando en las palabras de Luis. “¿Qué es lo que no quieres que sepa?”

“Me besé con Julia.” Dijo, al fin.

Por un momento, ese nombre no me trajo nada a la mente. ¿Qué se besó con alguien? Eso realmente no era importante, y con respecto a Ana, la verdad tengo tiempo diciéndole que se lo espere, total, no son pareja.

Veo en la mirada de mi hermano, que lo que me acaba de confesar no es tan simple como parece, que ese beso, es «el beso».

“¿Y eso qué?” Le digo, pero luego cambio mi pregunta por otra que me dé más información. “¿Quién es esa tal Julia?”

“Es la chica de la playa a la que Ana insultó ayer.”

Y fue ahí cuando todo comenzó a cobrar sentido. Desde lo que le dijo Joaquín, hasta el no querer que Ana se enterara, eso fue suficiente para ayudarme a entender la gravedad de todo el asunto.

“Ah.” Fue lo único que pude decir.

Luego de eso, me limité a asentir y a actuar con naturalidad, como si nada hubiera pasado, pero, de cierta forma, estaba muy molesta.

No sé qué parte de mi era la que estaba dominando mis sentimientos, pero estoy segura que no era la que quería apoyar a mi hermano.

Tras hablar un poco de otras cosas, él se cansó de estar conmigo, se levantó y se fue. Cuando lo hizo, dejé que la noticia me conmocionara como era debido.

“Oh, no.” Dije, pensando en la chica de la playa. No la recordaba muy bien, pues no le había prestado tanta atención como lo hizo Ana.

Sin embargo, por la forma en que mi amiga la describió, no era precisamente la más especial de todas. Así que, lo que me afectó en ese momento, fue el saber que Ana estaba siendo superada por una vendedora de la playa, lo que me preocupó un poco, ¿qué hacía mi hermano interesado en una tipa como esa?

Yo no soy muy prejuiciosa, pero dada las circunstancias, debía tomar partido en este asunto y quería inclinarme a favor de mi mejor amiga.

Aunque acababa de hacerle una promesa no directa a Luis, no le podía contar nada a Ana, además me preocupaba la locura que sería capaz de hacer si se enteraba, yo la conocía muy bien.

Por lo que, en medio del lobby del hotel de mi hermano, me invadió un poco de culpa. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿A quién debería apoyar esta vez?

¡Demonios!

## ME ENCANTAS

LUIS

**S**uspiré como un idiota de tan solo recordar sus labios, los cuales, la verdad no esperaba sentir tan pronto.

Creo que no había fantaseado tanto con algo como con esos labios, y es que no recuerdo siquiera haberlo hecho en realidad, pero, luego de sentirlos, me da la impresión de que han estado presentes durante toda mi vida. Tan suaves, tan increíbles, tan perfectos.

Ese beso con Julia, definitivamente ha sido el mejor que he tenido en toda mi vida.

¡Qué mujer! Su cuerpo. Joder, ¿por qué es tan hermosa? Sus piernas, su cintura, su cara.

Creo que incluso se ve mejor que Ana, y eso que de seguro no va al gimnasio cuatro días a la semana. Se ve que todo lo suyo es natural. Pero ese beso, ese beso me provocó cosas que no sabía que podía sentir.

Me hizo desearla más de lo que podría haberlo hecho con cualquier otra. Tal vez sea la expectativa, es decir, no la conozco bien, pero, ¿quién sabe? El asunto es que no puedo borrarlo de mi cabeza.

Estoy aquí, en mi habitación, comiendo solo y pensando en ella como si se tratara de un asunto sumamente importante.

Sí que fue una buena idea venir a este hotel, y yo que pensaba que sería aburrido. Incluso con Ana y Cecilia acompañándome, no esperaba que las cosas salieran tan bien. Si no fuera por las coincidencias de la vida, no habría conocido a esta gran mujer.

Julia. Decir su nombre me hace sentir que solo es de ella. Ninguna otra Julia se verá o se sentirá igual, ninguna otra va a hacerme perder la cabeza como ella lo hace.

Es curioso, porque, al besarnos, las palabras se acabaron, y ella dejó de querer hacerme preguntas, de hablar sobre su vida, la mía o su negocio de dulces. No importaba más nada, solo nuestros labios.

Al principio parecíamos unos tontos, como si nunca antes hubiéramos besado a alguien; unos novatos.

No sé cómo explicarlo, si empiezo a pensar en ese beso, le doy tantas vueltas a lo que pasó que termina perdiendo sentido. Aunque de algo sí estoy seguro, de que no hay manera alguna de que pueda olvidarla. Su manera de besarme, ¡demonios!

Comenzó succionando, luego me mordió, como si quisiera arrancarme mis labios, como si quisiera tenerlos solo para ella. Ignoro si esa es su forma de besar o si de verdad me deseaba con tantas ganas, porque, para ser honesto, me tenía flotando en ese momento.

“Eres increíble.” Recuerdo que le dije luego de que estuviéramos como media hora besándonos.

Ella se mordió el labio inferior y me miró intensamente.

“Me encantas.”

No habíamos dicho nada en todo ese rato más que eso, pero parecía que íbamos a explotar

por las ganas de seguir besándonos. Las manos me dolían por el esfuerzo que hacía para no tocarla y apretarla contra mi cuerpo, me estaba controlando, y ella también.

Recuerdo que me dije: «apenas llevamos dos días conociéndonos», trataba de convencerme de que eso era lo más sensato que podía hacer, no era correcto lanzarme a la primera mujer que veía.

No iba a repetir el mismo error que con Ana, primero debía conocerla, sentir que realmente le gustaba y saber en qué me estaba metiendo.

“¿Te puedo ver otra vez?” Me preguntó ella, con una mirada rayando en la inocencia con cierto toque coqueto.

“Sería pecado si no lo hiciéramos.” Le dije, tratando de sonar lo más romántico posible. No sé, con Julia quería ser elegante e interesante.

Ella sonrió como si ya estuviera contando los segundos hasta nuestro próximo encuentro.

“¿Dónde quieres que nos veamos?” Le pregunté, esperando que me diera alguna idea. Su mirada cambió un poco, no supe como tomarlo.

“Bueno, no lo sé.”

“¿Cómo, no querías verme otra vez?”

“Sí, pero no sé cuándo.” Estaba un poco confundida, parecía que estaba pensando en muchas cosas a la vez. Quise creer que era eso y no otra cosa.

“¿Entonces? Podemos vernos en cualquier momento, ¿sabes?”

“Sí, pero no puedo simplemente dejar de vender mis dulces.” Sacó a relucir, lo cual me pareció un poco adorable y gracioso.

“¡Oye!” Reí para calmar sus preocupaciones. “No tienes por qué dejar de vender tus dulces si nos vemos...”

Traté de explicarle, pero ella me interrumpió.

“No es que no pueda venderlos si te veo...” su mirada se detuvo en mis labios. No parecía querer hablar. “Sino que no voy a querer hacerlo si...”

Su rostro se fue acercando al mío mientras que terminaba esa oración, hasta que, dejándola a la mitad, comenzó de nuevo a besarme. Yo le seguí las intenciones, tampoco me resistí.

Creo que sabía que era lo que quería decir después de todo, así que no era tan importante que lo terminara.

Nuestras narices se rozaron la una con la otra, nuestros labios parecían una constante de movimientos involuntarios que nos hizo sentir mejor que cuando nos besamos, la primera vez.

Ya habíamos descubierto lo que nos gustaba, ¡parecía que estuviéramos acostumbrados a hacerlo! Era sencillamente perfecto.

Hicimos una pausa, Julia suspiró con fuerza, encantada por ese beso, aclaró su garganta y dijo la oración que antes no pudo terminar.

“Si te veo, no podré resistirme a ti.”

Es gracioso, porque no esperas tener ese tipo de conversación con una persona que acabas de conocer. Me reí un poco.

“Si es por mí, no tienes por qué resistirte.” Bromeé, aunque con cierto toque de verdad.

Ella rio conmigo y compartimos una sonrisa.

“Pero no, en serio.” Insistió. “Digamos que nos vemos mañana,” la forma en que lo dijo, parecía más un hecho que una suposición. “Y yo tenga que hacer otra cosa, bueno, si estamos juntos, simplemente no podré hacerlo, ¿sabes?”

“Mientras que esté contigo, no me importa si estamos besándonos o persuadiendo personas, solo quiero conocerte.” Admití, queriendo que ella se sintiera tan cómoda conmigo como le fuera

posible.

“La verdad, solo vine hoy porque quería hablar contigo. Pero ahora que pasó esto,” nos señalé, “solamente quiero descubrir qué tan real es lo que acaba de pasar.” Sonreí, satisfecho de lo que acababa de decir.

Parecía que Julia se iba a derretir, las palabras no significan nada si no las acompañas de sentimientos, y ella percibió lo que yo quería transmitir, eso me gustó mucho.

“Si lo dices así, está bien.”

Luego de eso, nos tomamos de la mano, de vez en cuando nos besamos, mientras el sol se iba acercando al horizonte para poder esconderse.

Creo que inconscientemente nos pusimos de acuerdo en esperar hasta el atardecer por dar por terminado ese día en la playa.

Poco a poco siento que la conozco más. Sé que es vendedora de dulces, estudiante de turismo, le gustan las aves, y es hija única.

Me contó también sobre sus sueños y aspiraciones, ella desea emprender como una profesional y así darle a su madre todo lo que siempre ha querido.

A pesar de que me contó todo eso, yo necesitaba saber los pequeños detalles, sus gustos, la cara que hace cuando duerme o si canta en la ducha. Y tenía mucho tiempo para averiguarlo, cuando el verano terminara tendría que ir a casa por un tiempo, pero quería regresar cuanto antes, porque no quería olvidarla, quería conocerla mucho más.

Desde mi relación con Ana, siento que necesito algo a lo que aferrarme, alguien con quien compartir tanto mis felicidades como mis penas.

No me interesa solamente una amante, o una amiga con quien compartir una cama, quiero el paquete completo; alguien con quien comprometerme, poder estar a su lado en todo momento y que me pueda llegar a querer tanto como yo a ella.

El resto del día lo pasé extremadamente feliz, traté de contarle a mi hermana hasta que recordé que podría arruinarlo si se lo decía a Ana. S

é que no debe importarme, pero no quiero que llegue a arruinarlo todo como siempre lo ha hecho. No es novedad que tiende a ser un poco exagerada y extremista.

No se me quita el sentimiento de que hará algo para echar a perder esto, solo porque piensa que le debo algo o porque según ella estamos destinados a estar juntos.

Pero, en fin, terminé de comer y con esto di por finalizado también, los caóticos pensamientos acerca de Ana.

Me levanté de la cama para apagar el televisor, al que no le estaba prestando atención, y me senté en la mesa en donde tenía mi computador portátil.

Julia me había dado su nombre de perfil para buscarla, y no lo quise hacer desde el móvil, porque no es lo mío.

Es triste que no tenga cómo llamarla —no me dio su número—, quisiera poder estar hablando con ella en este momento, pero no importa. Julia Molina.

Tardé unos minutos en encontrarla, por fortuna ese filtro de internet que nos encierra a todos en un círculo, me mostró a todas las chicas con ese nombre que estaban en la zona. Solamente cuatro.

“Es la de la foto de un agapornis.” Me había dicho ella.

“¿Agá... qué?” Le pregunté confundido.

“Agapornis. Es un ave y es mi bebé. Se llama Ciro.” Aclaró.

No había buscado qué tipo de ave era, pero, de las opciones que me salieron, solamente una tenía un ave en su foto. Ciertamente era realmente lindo y adorable, casi me recordaba a ella.

Me limité a entrar a su perfil y ver sus fotos, no quería que sintiera que la estaba acosando, ¿acaso le voy a enviar la solicitud tan pronto? No, primero quería darle un poco de espacio.

Y ella nunca se iba a dar cuenta si yo entraba a su perfil, ¿verdad?

Me puse a buscar si había tenido algún novio, o si estaba saliendo con alguien actualmente, si tenía alguna especie de hobby vergonzoso.

Pasé toda la noche viéndola. Su cara, su cuerpo, sus cambios a través de los años. Estaba encantado.

Pensaba, «yo besé a esa mujer», y la imagen de su cuerpo en traje de baño, que había visto en una foto, me venía a la mente, igual que la sensación de sus labios en los míos, del olor de su cabello.

Me estaba embriagando de su imagen y eso no tenía nada de malo.

Estaba contento y no sabía cómo expresar esa alegría. Quería tenerla a mi lado, estar todo el día con ella.

Había una foto grupal en donde tenía un hermoso vestido corto de rayas, se veía muy feliz, sonreía en medio de sus amigos y amigas. No les presté mucha atención a las demás personas, solo tenía ojos para Julia.

Recordé cómo me besó, cómo si ella me deseara con la misma intensidad que yo, mis manos no participaron mucho, me limité a llevar la mano que tenía en su mentón a su nuca para poder manejar mejor el beso.

Bien me podía pasar toda la noche recreando esa escena.

En un momento, luego de fantasear con sus labios una y otra vez, cerré la pantalla del computador al igual que mis ojos, y me la imaginé exactamente como la quería ver en ese momento; junto a mí.

Culpo a sus besos, de no dejarme dormir bien esa noche, y a mi mente, que, pese a no tener la mejor imaginación, no dejaba de mostrarme imágenes de ella.

Julia riendo, sentada sobre la arena, con la luz del sol dándole en cara, de pronto una corriente de aire hace que su largo cabello negro se levante y se enrede, y yo llevo mis manos a él para tratar de peinarlo.

Julia en traje de baño, entrando al mar, el agua salada rozando cada centímetro de su piel. Se hunde entre las olas para volver a salir, con su cabello mojado y pequeñas gotas resbalando por su bello rostro.

Julia llegando a mi hotel, entrando con curiosidad a mi habitación, yo dándole la bienvenida a mi mundo, abriendo un sinfín de posibilidades entre nosotros.

Tratándose de ella no podía controlar mis pensamientos, pero por ahora me conformaba con la pobre representación en mi cabeza, tal vez mi imaginación no fuera la mejor, pero mis sentidos estaban al máximo.

Así que podía oler su piel, el aroma del agua salada del mar y los dulces de coco que parecían ser parte de su persona, podía sentir el tacto de sus labios con los míos, las presiones y las mordidas hambrientas con que me atacó.

Abrí mis ojos, luego de un rato, la decepción me golpeó en la cara porque aquello no era real. Entonces me hice una promesa; debía verla en persona y asegurarme de que lo que había imaginado, se hiciera realidad.

Fue ahí cuando se me ocurrió una grandiosa idea, debía salir en una cita con ella, y tal vez después, pudiéramos pasar un tiempo a solas, en algún lugar, para explorar todas las sensaciones que nos hacíamos sentir. Esperaba que Julia disfrutara estar conmigo.

Aunque no dormí mucho por pensar en ella, al día siguiente desperté y no me molestó que

siguiera ocupando mis pensamientos.

Quizá hoy podría estar todo el día con ella, pero no del modo en que yo quería. Claro, no me importa lo que vayamos a hacer, después de todo solo quiero estar a su lado, pero siento que eso no es suficiente.

Caminar todo el día en la playa no siempre es tan divertido, pero me daba la impresión de que era un paseo unilateral.

Ir de un lado al otro, hablar y ya, y de verdad que no tengo ningún problema con eso.

De hecho, me gustaba más de lo que esperaba, aunque en el fondo, yo quería más.

Así que, antes de partir a la playa, me acerqué a Joaquín.

“Joaquín, mi estimado.” Dije, tocándole el hombro.

Él estaba cerca del lobby, hablando con el recepcionista, no sé de qué. Se dio la vuelta en cuanto me escuchó.

“Sí, señor. ¿En qué puedo ayudarle?” Respondió él, realmente servicial.

“Bueno, me preguntaba si por casualidad sabías el menú de hoy, en el restaurante.”

Mi idea era traer a Julia aquí, pero no conocía nada al respecto de la comida de mi hotel. Los tres días que tenía aquí, había comido nada más en mi habitación, con la excusa de que estaba cansado, tan solo para no tener que encontrarme con Cecilia o Ana.

“¿Hoy?” Preguntó, hizo un gesto con los labios y subió la mirada para pensar.

“Si no me equivoco, hay ternera, pescado, pato, cerdo y muchas otras cosas más.”

Pese a que él era el encargado y debía conocerlo todo ahí, necesitaba que me lo asegurara de verdad.

“¿Seguro?”

Joaquín me vio como si no cupiera duda alguna.

“Sí, señor Escalante. Estoy bastante seguro.”

De repente, me vino la idea de que Julia tal vez era vegetariana.

Fue un pensamiento abrupto, pero ella no me dijo nada acerca de lo que le gustaba comer, o tal vez sí. No lo sé. El asunto es que no estaba seguro, y era mejor prevenir que lamentar.

“¿Y sirven algún platillo vegetariano?”

“Bueno, señor, creo que sí. El chef suele colocar ensaladas y entremeses que se ajusten a las necesidades del comensal. De todos modos, si desea algo libre de carne o fiambres, entonces simplemente le pregunta al mesero.”

Una vez me dijo eso, la pregunta me pareció un tanto estúpida, era algo obvio que en un hotel tan grande hubiera todo tipo de comida.

“Sí, yo sé. Pero no he comido en este restaurante y me gustaría conocerlo mejor.” Aclaré.

Me aparté un poco, un tanto ansioso por conocer lo más que pudiera antes de que tuviera que irme.

Levanté el brazo y vi el reloj. Aún faltaba para que Julia llegara a la playa —tomando en cuenta la hora en que había llegado el día anterior— y yo quería tener todo eso listo antes de verme con ella.

A Joaquín se le iluminó la mirada, cómo si pudiera leer mis pensamientos.

“Ah, ya entiendo lo que quiere.” Sonrió. “En ese caso, puedo apartarle una cita con el chef. Estará encantado de hablar directamente con usted.”

La idea me pareció asombrosa.

“Sí, eso sería mejor.” Exclamé, mientras que asentía un poco de forma exagerada.

“De inmediato, señor.” Se dio la vuelta, para coger el teléfono, pero, antes de comenzar a marcar, se dirigió a mí, “¿cuándo desea verlo?”



“Cuanto antes mejor.” Ordené.

Media hora después de eso, estaba en la cocina del hotel, hablando con el chef.

“Señor Escalante, no sabe el gusto que me da que quiera hablar conmigo.” El hombre me estrechó la mano, como si nunca antes me hubiera visto o como si yo fuera una celebridad.

Curiosamente, para ser mi hotel, no estoy muy familiarizado con ciertos aspectos, pero le correspondí al hombre de la misma manera cordial con que él me hablaba.

“Oh, no creas, el gusto es mío.”

“Y, ¿en qué puedo ayudarle? Joaquín dijo que estaba interesado en el menú.” El chef rodeó su escritorio y se sentó en una silla humilde de oficina.

Me hizo un gesto con la mano para que me sentara enfrente.

“De eso quería hablarte,” comencé, acomodándome en el asiento. “No sé qué vas a servir esta noche y me gustaría estar preparado.”

“¿Por qué? ¿Hay algún problema?”

“No, nada del otro mundo. Solamente me gustaría saber qué tipo de comida vas a servir.” Aclaré mi garganta, evaluando si en realidad era necesario contarle por qué estaba interesado en el menú, hasta que concluí que sí, era necesario.

“Lo que pasa es que tengo pensado traer a alguien a cenar y como no conozco muy bien el menú, entonces quería estar seguro que le iba a gustar la comida.”

El hombre sonrió como si hubiera apelado a su duro corazón, y se acercó a su escritorio, colocando los codos sobre él. Parecía que había apretado el botón correcto.

“En ese caso, señor, creo que le va a gustar el menú.”

De inmediato, sacó la carta y comenzó a explicármelo, pero, como el buen chef que era, no simplemente me lo detalló con palabras, sino que, con sus mejores habilidades, se ofreció a prepararme cada uno de los platillos, a lo que, gustosamente, le dije que sí.

Salimos de aquella oficina, ubicada a tan solo unos cuantos pasos de la cocina, se colocó su delantal, y comenzó a cocinarme. A los pocos minutos, se acercó a la mesa en la que supongo que colocan todo, porque era realmente grande, y me puso un plato enfrente.

“Esta es la entrada.” Dijo, acercándome más el plato. Se veía increíblemente espectacular para ser solamente un platillo de entrada. “Espero le guste.” Agregó.

Me entregó un tenedor y lo incrusté en el contenido del plato. Cuando me lo llevé a la boca, supe que era delicioso.

Lo que me había dicho acerca del plato no se comparaba con el sabor que tenía. ¡Joder! Si así era la entrada, no quería esperar por el platillo principal.

“¡Vaya! Es increíble.” Confesé, aun con la comida en la boca. Necesitaba decírselo cuanto antes, sería un insulto si no lo hacía.

“Qué bueno que le gustó.” Sonrió orgulloso, se notaba que de verdad le agradó mi comentario.

“¿Y el principal?” Pregunté, deseando probar más.

“Lo prepararé enseguida.”

Se acercó a la heladera que tenía debajo de la mesa de al lado y saco varios trozos gruesos de carne.

Todos se veían exactamente iguales, como si los hubieran hecho a la medida. Entonces, tomé uno, sin elegirlo, porque supongo que él conoce sus insumos, y lo colocó sobre la tabla para cortar.

Ahí, lo sazonó con varias especias que hicieron una corteza alrededor de la carne y lo dejó marinar.

En poco tiempo, preparó el resto de las cosas con las que tenía pensado acompañarlo y cuando ya estaban casi listas, colocó el trozo de carne sobre un sartén caliente y lo dejó cocinar.

Hizo saltar más ingredientes de otros sartenes, revolvió otras cosas en una olla y cambió de hornilla.

Usó el horno y otros utensilios que yo no sabía para qué eran, pero me di cuenta que él estaba en su elemento. No hicimos una mala decisión al contratarlo como el chef ejecutivo.

Aproximadamente veinte minutos después, el platillo ya estaba servido frente a mí.

Cuando lo corté, la carne estaba muy bien cocida y jugosa. La decoración del plato se veía espectacular.

Me encantó todo lo que me mostró y eso que no suelo impresionarme demasiado. Cuando lo probé, sentí que esa espera había valido la pena, era riquísimo. Creo que incluso mejor que la entrada.

“Demonios. Qué bueno está.” Dije.

El chef sonrió y asintió con la cabeza como si hubiera conseguido una especie de logro.

Luego de eso, me preguntó si tenía alguna observación, a lo que le respondí que todo estaba delicioso. Era verdad. Pero, pese a eso, me daba la impresión que estar en el restaurante sentados, esperando por eso, no sería suficiente para entretener a Julia.

¿Qué tal si no le gustaba? Entonces se me ocurrió una idea.

“De casualidad, ¿aquí tienen cocina abierta?” por un momento me sentí un poco mal por no conocer mi propio restaurante, pero no podía hacer nada, casi nunca iba para allá.

“Sí, señor, tenemos una cocina abierta para los platillos sencillos y demás.”

“Siendo así, me gustaría que mi cita viera todo eso que acabas de hacer.” Le dije, a lo que él respondió con una sonrisa.

“Estaría encantado, señor.”

Contento, le agradecí al chef por todas sus atenciones y salí de aquella cocina seguro de que esa noche sería espectacular, que todo saldría de maravilla y que, sin importar qué, pasaría un muy buen rato con ella, en un lugar distinto a esa playa.

Ahora, solamente faltaba que Julia dijera que sí.

## CONOZCO UN RESTAURANTE QUE ES MUY BUENO

JULIA

**E**staba comprometida al cien por ciento con los labios de Luis. Me gustaron demasiado, se sentían tan bien como se veían. Mientras lo besaba, tenía la impresión de que no era suficiente, de que debía tenerlos solo para mí.

Todos mis pensamientos se borraron, mis ojos no querían abrirse y mi cuerpo solamente respondía a las ganas de seguir besándolo, que aumentaban con cada segundo mientras nuestras bocas se tocaban.

Sí, era un delirio y no puedo negarlo. Pero, al igual que estaba encantada con eso, también lo estaba con mi realidad.

Besarlo sí que había sido un error, no podía simplemente sentirme tan bien con alguien a quien llevaba conociendo tan poco tiempo; dos días, para ser exactos. Tampoco sabía si las cosas que me había dicho eran ciertas.

Quería creerle, ¿a quién engaño? ¡Le estaba creyendo! Pero no dejaba de pensar en lo que mi madre había dicho acerca de él.

Primero, llegué a mi casa muy feliz, sin preocuparme por lo tarde que era, porque ¡había vendido todos los dulces en muy poco tiempo!

Cuando mi madre se enterara, tal vez hasta olvidaría que los había arruinado el día anterior.

“¡Mamá! ¡Mamá! Adivina.” Comencé a gritar mientras caminaba por los pasillos de la casa.

“¿Qué pasó, mi niña? ¿Qué tienes?” Salió de su habitación algo preocupada por mis gritos.

Primero la miré, sonreí más, lo que hizo que ella me mirara llena de curiosidad y cuando me iba a preguntar otra vez qué tenía, estallé.

“¡Vendí todos los dulces!”

Me felicitó tan emocionada como yo, y por un momento pensé que no habría más problemas entre nosotras. Tal cual como esperaba, con esto se había olvidado por completo de lo del día anterior, pero no por eso dejó las cosas así.

“Espero que puedas seguir así.” Me dijo, aunque se podía notar que estaba contenta por mí y por el negocio.

Ella no podía creer lo rápido que los había vendido y me preguntaba cómo era que lo había hecho.

Al principio no quise decirle por qué me dio la impresión de que tal vez tendría que contarle mucho y, la verdad, ni siquiera yo había entendido bien lo que había sucedido, pero, de todos modos, estaba de buen humor, así que traté de explicarle.

Comencé hablándole de lo que Luis me enseñó, de las cosas que tenía que decir, de cómo convencer a las personas.

Mi madre lo entendió. Pero luego tuve que contarle de donde lo aprendí y, pese a que me costó un poco evitar mencionar exactamente cómo había conocido a Luis, le dije que me estaba ayudando porque le pareció buena idea hacerlo.

Por las cosas que dije, le costó un poco creerme, pero tampoco lo cuestionó, supongo que fue porque vio que sus métodos dieron resultados.

El asunto es que, mientras más hablaba de Luis, más se notaba que estaba interesada en él. No sé, tal vez en mi rostro, o mis palabras, o mis ojos.

El punto es que, sonriendo un tanto atenta, pero sin dejar de verse como una madre preocupada y más o menos realista, Olivia colocó sus manos sobre las mías y me interrumpió.

“No te vayas a ilusionar con este hombre.”

Es decir, yo ya lo había pensado, supongo que lo hice porque soy su hija, pero no por eso significaba que no me hiciera sentir un poco mal que ella me lo dijera.

Ella, quien creía que darle un hijo a mi padre le resolvería la vida, me estaba diciendo que no me ilusionara con Luis. Por lo menos no le había mencionado que es millonario.

Sus palabras no quedaron ahí.

“No todos los hombres que te ofrecen ayuda son de confiar.” Continuó hablándome con tanta seguridad, que me pareció que podría estar describiendo su relación con mi padre. De hecho, era la primera vez que la escuchaba decir algo como eso.

“No confíes demasiado en él. Mejor prepárate para que te decepcione, sufrirás menos así.”

Me dio unas palmadas en la espalda, sonrió como si lo que me acababa de decir no hubiera sido malo, y luego se levantó para regresar a su habitación.

Yo me quedé ahí, sentada, pensando en la posibilidad de ser traicionada por Luis, un hombre al que acababa de conocer, y que, casualmente estaba con su exnovia en la playa.

Si lo ponía así era muy difícil no creer que lo que me había dicho mi madre se haría realidad.

Sí, entendía a la perfección la inusual preocupación de Olivia por mi vida amorosa.

Creo que se debió a la forma en que estuve hablándole de él. Pero, ¿tenía que decirlo de esa forma? Yo lo había pensado, pero las mamás tienen un sexto sentido para estas cosas ¿no? ¿Por qué tenía que decírmelo?

Por un buen rato estuve dándole vuelta al asunto, hasta que creí que tal vez estaba preocupándome demasiado sin razón ni motivo.

Fue ahí cuando logré calmarme, respirar profundo y levantarme.

Una vez dejé los pensamientos negativos de lado, comenzaron a aparecer las imágenes de sus ojos, de su fuerte pecho, de sus labios carnosos. De golpe regresó a mí la sensación de sus besos, como si estuviera sucediendo ahora mismo, el recuerdo me alegró la noche.

Mi mente estaba casi en blanco invadida solo por su imagen, y mis labios pedían a gritos tenerlo de nuevo.

Luis se había logrado ganar un lugar en mi cabeza y eso no les pasaba a todos los hombres que conocía.

Subí corriendo a mi cuarto para poder dejarme caer en la cama y pensar en Luis tanto cómo yo quisiera, en un lugar mucho más cómodo para mí.

Primero tomé un baño, había sudado tanto cómo todos los días lo hacía gracias al fuerte sol que me quemaba en la playa.

Las gotas de agua cayendo sobre me piel me relajaban, se sentían frescas en comparación con el cálido clima al que estaba acostumbrada

Lavé mi cabello con un champú de coco, para variar, porque a mi madre le encantaba el olor, pese a que pasábamos todo el día rodeadas de esa fruta.

Eso hizo que me acordara de mi primer encuentro con Luis. De cómo le dejé caer los dulces encima, en ese momento pensé que era un hombre mayor, por Dios, qué equivocada estaba.

No era un hombre mayor, en medio de todo lo que hablamos, me dijo que sólo tenía

veintiocho años, y para mí, tan solo era un hombre perfecto. Sonreí cómo tonta al recordar sus ojos azules.

Me acorde del sabor de su boca, e involuntariamente pasé mi pulgar por mis labios.

Creo que ese fue el baño más largo de toda mi vida, porque más que concentrarme en bañarme, estaba pensado en Luis.

Me tardé tanto que creí que mi mamá entraría a regañarme por desperdiciar el agua, me imaginé la escena; yo le diría que me perdonara, que no volvería a pasar y ella me diría que estaba bien, que nunca más pelearíamos.

¿Qué puedo decir? Todo el asunto de Luis me tenía tan de buen humor que en mi mente empecé a creer que los problemas en mi casa se solucionarían también.

Cepillé mi cabello, lista para dormir y ahora sí, me dejé caer en mi cama, cerré los ojos y con una mano busqué la almohada más grande que tenía.

Me hubiera gustado una mucho más grande, del tamaño de Luis, por ejemplo, pero no estaba dentro de mis posibilidades comprar una así, sería un gasto innecesario si le preguntara a mamá.

Me conformé con una de tamaño mediano y la abracé, me acurruqué con ella, deseando que, al despertarme, se convirtiera en cierto hombre de carne y hueso.

La conversación con mi madre rondaba en mi mente, no sabía qué era lo que podía perder, ni mucho menos qué significaría eso para mí, pero, de alguna forma u otra, no podía dejar de pensar en Luis.

A la mañana siguiente, me despertó el recuerdo de sus besos, y el canto entusiasmado de Ciro, esa, sin duda, era el mejor miércoles de mi vida, porque había la posibilidad de ver a Luis otra vez.

Abrí los ojos y me asusté, también estaba la posibilidad de no verlo.

Me dio ansiedad cuando caí en la cuenta de que de seguro tenía el cabello hecho un desastre porque me acosté teniéndolo mojado, no me había afeitado las piernas y lo más probable era que el sutil bigote que me salía debajo de la nariz, ya fuera tan grande como un mostacho.

No sé por qué de repente me sentí tan fea, así que me levanté de golpe y corrí de nuevo al baño. Tenía que hacer algo.

Dado que al día anterior no nos metimos al agua porque no teníamos traje de baño, se me ocurrió llevarme uno debajo de la ropa. Lo pensé mientras que estaba rasurándome las piernas, por si, casualmente, él las veía.

Estuve lista en un par de horas; me deshice del horrible bigote —que apenas y se veía—, los muy cortos vellos debajo del brazo, el olor a remojado que tenía en el cabello, y le di forma a mis cejas.

No sabía qué otra cosa arreglar, así que me hice un tratamiento extremo, en todo el cuerpo. Los puntos negros, las partes resacas de mis pies, las puntas quemadas, las uñas de manos y pies.

Me exfolié, me hidraté porque si lo veía hoy, tenía que hacerlo luciendo hermosa.

Pese a que no tenía mucho con qué vestirme, pues no podía usar mis mejores prendas para ir a vender dulces a la playa, me puse un short un tanto ajustado sobre un traje de baño que se la arreglaba para hacerme lucir muy bien.

Elegí una franela blanca de tela delgada que me cubría pero que no ocultaba mi figura. Tal vez no era la más ostentosa, pero la idea era sorprenderlo con mi belleza, no con mi ropa. Estaba lista.

Me sentí un poco mal por lavarme y arreglarme el cabello para llenarlo de sal y arena, pero no importaba, la situación lo ameritaba.

Corrí a la cocina, esperé que mi madre terminara de colocar los últimos dulces de coco en la

bandeja mientras desayunaba lo más rápido posible, y, dándole un beso en la frente, me despedí.

“Por favor, si los vendes todos otra vez, trata de llegar un poco antes.” Dijo antes de que me fuera del todo.

“Ayúdame, ¿sí?” Suplicó.

“¡Sí, mamá! Te lo prometo. Te quiero mucho.” Dije y salí, ahora sí, de la casa.

Estaba realmente entusiasmada por volver a ver a Luis, así que tomé el bus que correspondía y me subí sin mirar atrás. Me imaginaba lo que diría al verlo.

Conversaciones ficticias se formaron en mi cabeza mientras que trataba de pensar en la mejor forma para decirle que quería volver a verlo mañana, y el día siguiente a ese.

No me importaba si él no quería, porque yo necesitaba tenerlo conmigo diariamente.

Cuando llegué a la misma playa de siempre, lo busqué con la mirada cerca del lugar en donde nos besamos, el mismo donde me encontró el día anterior, y en donde le caí encima.

Por un momento sentí que no lo encontraría, que tal vez se había aburrido o arrepentido de mí porque lo dejé besarme así tan de repente, pero, cuando mis pensamientos negativos estaban apoderándose de mi mente, lo vi a lo lejos.

“Luis.” Murmuré, sintiendo cierta calidez recorriendo mi cuerpo.

Mientras se acercaba, me acomodé el cabello y levanté la mano para saludarlo desde donde estaba, lo suficiente para que me viera y corriera hasta mí, cómo yo quería correr hasta él.

Estaba un poco distraído, pero cuando llamé su atención, se acercó trotando, dando pequeños saltitos en la arena. Estaba sonriendo, como si le hubiera alegrado el día.

Cuando se acercó lo suficiente, me vio de arriba abajo, estaba evaluando todos los esfuerzos que yo había hecho esta mañana.

“Vaya,” exclamó sorprendido.

“Te ves muy hermosa.” Su mirada me decía que realmente le gustaba lo que veía.

“¿Tú crees?” Fingí inocencia. “Pero si hoy me vestí apurada porque me desperté muy tarde.” Mentí.

Quería que creyera que esta era mi belleza natural.

Que cuando pensara en mí, no tuviera la imagen de una chica cayéndole encima con un delantal feo y desgastado, de hecho, hoy lo había dejado en mi casa a propósito, pues quería que Luis tuviera una mejor impresión de mí.

“Pues no parece,” señaló, “porque te ves espectacular.”

Sonreí apenada, mis mejillas se pusieron rojas y luché por tratar de seguir fingiendo que no me esperaba sus comentarios.

Lo había sorprendido de verdad, estaba encantado conmigo, y yo sonreí más, porque la idea de levantarme temprano hoy, fue para hacerlo quedar sorprendido, así que había cumplido mi objetivo.

“¿Estás lista para vender?” Preguntó, con entusiasmo. De hecho, parecía más emocionado que el día anterior.

Me dio risa.

“¿Y por qué tanta prisa?” Inquirí, con un tono de burla, le había gustado mucho vender el día de ayer, pero sentí que había otro motivo para que estuviera tan animado.

“No, bueno, es que quería vender, eso es todo.” Se defendió, tratando de evadir el verdadero sentido de mi pregunta.

“¿Ah sí?” No le creí ni un poco. Sonreí con ironía.

“¿En serio? ¿Tanto te gustó vender dulces de coco?”

“Sí, en serio. Tenemos que vender rápido esos dulces.” Me dijo, un tanto nervioso. “¿Qué

esperas?” Agregó, para luego darse la vuelta y comenzar a caminar.

Me pareció increíblemente adorable que estuviera tan emocionado y que intentara vender con tanto entusiasmo.

Supongo que uno no se espera que alguien, que parece tenerlo todo, se sienta atraído por la idea de trabajar en este tipo de cosas. O tal vez estoy equivocada ¿quién sabe?

Riéndome de su extraño comportamiento, acomodé la bandeja y aceleré el paso para poder alcanzarlo.

“Entonces ¿por dónde empezamos hoy?” Dijo él.

“¿A quién le vamos a vender primero?”

“Bueno, la verdad suelo empezar con quien me pida primero.”

“Pero eso no lo hiciste ayer.” Me miró, haciendo un mohín de confusión con sus labios.

“Quiero ver cómo vendes tú, a tu manera. ¿Me muestras?”

“Creo que la forma en que vendimos ayer, ósea, la que me explicaste, es mejor. Podemos partir por ahí.” Le dije, la verdad quería terminar rápido de vender para poder dedicarme por completo a él y quizá volverlo a besar.

“¡Hum! Supongo entonces que no importa.” Agregó en tono decepcionado.

“Sí, es mejor hacerlo cómo lo hicimos ayer.” Le aseguré, con la idea de sus labios junto a los míos, en mi cabeza.

Tras decir eso, pasamos solamente a concentrarnos en encontrar el cliente adecuado.

Con eso en mente, habíamos dejado de hablar o de mirarnos, y cada uno se fijaba en las personas que estaban acostadas o sentadas en la arena. Lo importante era hallar al primero. Pero, para mí se hizo un poco incómodo aquel silencio.

Creí que iba a ser como ayer, que no dejábamos de hablar. ¿Acaso se nos acabaron los temas de conversación?

No sabía cómo abordarlo, ni cómo hacer agradable el encuentro. Me había arreglado, pero la verdad no había pensado en nada más aparte de eso.

¿Qué le iba a decir? ¿Qué cosas le pueden gustar?

No lo quiero abordar con preguntas estúpidas sobre quién es o lo que hace. Sencillamente no.

Después de andar así por algunos minutos, me invadió la idea de que tal vez estaba aburrido, me preocupé, porque eso significaba que yo era aburrida.

“Vaya, creo que tendremos que improvisar.” Dijo de repente.

Eso llamó mi atención. Me giré y lo miré fijamente.

“¿Por qué?”

“Bueno, creo que tendremos que acercarnos a las personas, porque no creo que vayan a decirnos, ¡Hey, por favor, dame uno de tus dulces de coco!” Esa pequeña actuación me hizo sonreír, entonces no estaba aburrido.

“Bueno ¿y qué tienes en mente? ¿Hacemos lo mismo de ayer, cómo te había dicho?” Incliné un poco la bandeja para mostrarle todo lo que teníamos que vender.

“Eso nos funcionó muy bien ayer.”

“Sí, supongo que no nos queda de otra.” Sonaba resignado, pero se veía feliz.

“Bien.”

Acto seguido, comenzó a acercarse a las personas para hablarles acerca de nuestro producto. Del mismo modo que ayer, las ventas comenzaron a aumentar en lo que él tomó acción en el asunto.

A veces lo hacía Luis, a veces yo, me estaba haciendo verdaderamente buena en eso y no importaba quien se acercara a las personas, porque al final el resultado era el mismo.

Aunque, a diferencia del día anterior, no lo hicimos tan rápido como pensábamos.

Luis sugirió que nos turnáramos la bandeja de dulces, ya que, dado que nos estábamos tardando, parecía sensato trabajar en equipo. Una razón más para caer por este hombre.

Una buena razón del por qué nos tardamos en vender, fue porque mientras lo hacíamos, nos concentramos en hablar entre nosotros, para conocernos mejor.

“Entonces tienes más de un hotel, pero decidiste venir a este.” Le dije, luego de que terminó de explicarme la extensión de su franquicia hotelera.

“Sí, exactamente.”

“¿Y qué tiene este de especial?, no es como que haya muchas cosas divertidas que hacer por aquí cerca.” Admití.

“Si bueno, aparte de todo lo demás que puedes encontrar en cualquier lugar, creo que es básicamente lo mismo.” Secundó mi opinión.

“Playas, centros comerciales, tiendas de souvenir y muchos restaurantes con comidas de mar.”

“Exacto, eso es lo que estoy diciendo.” Concordé.

Luis acomodó la bandeja en su otro hombro.

“Claro, también puede ser que lo veas así porque todo el tiempo estás aquí.” Masculló.

Lo dijo en un murmullo, con un tono de voz tan bajo, que pensé que el tema terminaría allí.

“¿Cómo dices?” Entendí su punto, pero no quería que dejara de hablar.

“Me refiero, a que las personas que vienen aquí, no están rodeadas todo el tiempo de las cosas que tú ves a diario, además, este es uno de los puntos más turísticos del país, así que es normal que las personas quieran venir aquí.”

“Sí, eso lo sé.” Le aseguré. “Pero si tienes hoteles desde Nueva York hasta Italia, ¿por qué decidiste venir exactamente aquí? ¿Qué tiene de especial este lugar?”

“Antes del lunes, creo que nada.” Precisó, sonriendo con complicidad.

Tardé un poco en entender por qué lo dijo, pero cuando lo hice, me sonrojé.

Mi piel quemada por el sol dificulta que eso se me note, pero estaba segura de que él lo podía ver.

El darme cuenta de esto, hizo que sintiera un cosquilleo en mi estómago. Bajé la mirada y él siguió hablando.

“Puede ser, tal vez, que esa era la única excusa que necesitaba para venir aquí.” Ahora él miraba al frente. “Pero no sé. Solo han pasado dos días, pero a pesar de eso, no quiero que esto acabe jamás.”

Ayer en la noche me pregunté si realmente era correcto confiar en alguien que acababa de conocer. Y justo ahora, viendo la forma en que Luis dijo eso, me dio la impresión de que, sin importar qué, debía arriesgarme.

“También quiero lo mismo.” Le dije.

Él me sonrió, y yo me acerqué. Estábamos tan cerca que simplemente tomé la mano que tenía libre, porque con la otra sostenía la bandeja como si no pesara en absoluto.

Cuando nuestros dedos se entrelazaron, él bajó la mirada, vio nuestras manos unidas y suspiró, luego su cara se iluminó con una sonrisa y me apretó con fuerza.

El resto del día, mientras vendíamos, si había oportunidad de tomarnos de la mano, lo hacíamos sin siquiera pensarlo. Era como si estuviéramos acostumbrados ya al otro, como si durante muchos años hubiéramos hecho lo mismo.

Se sentía realmente bien.

Por fortuna, por todo ese rato con él, no sucumbí a mi deseo de besarlo. Tal vez porque estaba distraída con la venta —no por eso quiere decir que no lo pensé—, pero estaba segura que



eso no duraría para siempre.

Una vez que los dulces de coco se acabaron, no teníamos sino más que el otro para mantener nuestras mentes ocupadas.

“Si quieres guardamos la bandeja en mi coche.” Propuso Luis, una vez que vendimos el último dulce. “Y así podemos hacer otra cosa.”

Su propuesta era tan apropiada, pero a la vez tan inoportuna. Aparte del hecho de que esa «otra cosa», me intrigó, no quería negarme, pero tenía que hacerlo. Tardamos demasiado vendiendo los dulces y yo había dicho en mi casa, que no llegaría tarde.

“Lo siento, es que no puedo,” le dije con pena. “Tengo que regresar a casa para ayudar a mi mamá.”

Con mis palabras, se le borró un poco la sonrisa del rostro. Estaba claramente decepcionado.

“Oh, bueno, supongo que tienes razón.” Asintió, cabizbajo.

“Sí.” Chasqueé los dientes, yo también estaba decepcionada.

“No esperaba que tardáramos tanto, y bueno, yo...” vacilé un poco.

“Es que como ayer llegué tarde a mi casa y no pude...”

Pero él me detuvo.

“No, tranquila, no tienes que explicarme nada. Yo entiendo.” Dijo, muy cordialmente.

“¿Seguro?” Estaba un poco triste por él, mi intención no era dejarlo ahí, además que tampoco quería alejarme de él.

Quería creer realmente que para él no había ningún problema.

“¿En realidad estás seguro?” Insistí.

“Sí, está bien.” Rio confiado, como si no fuera nada, dándole más peso a su afirmación. “No te preocupes.”

Pese a su respuesta, no podía sentirme aliviada.

Volví a cuestionarlo hasta que me aseguró que realmente no era un problema, y se ofreció llevarme hasta mi casa, a lo que me negué tras pensarlo un par de veces.

Después de ver su coche, fue definitivo. Al principio solamente era un gesto de cortesía decirle que no tenía por qué hacerlo, luego, el coche me dio más razón para no aceptarlo.

“¿Este es tu coche?” No había duda, pero debía preguntar.

“¿En serio?” Estaba realmente sorprendida, aunque no quería que creyera que era porque estaba interesada en él solo por tener semejante vehículo.

Él lo miró como si también necesitara asegurarse que se trataba de su coche.

“Bueno, técnicamente sí.”

“¿Técnicamente?” Me sentí ofendida. “¿Es, o no es tuyo?”

Me dio la impresión de que lo dijo con soberbia y eso no me gustó en lo absoluto. Tal vez era solamente eso, «mi impresión», pero cuando se trataba de un coche así, no podía simplemente decir cosas como esas, «¿ésta baratija? Bueno, técnicamente no es mío, es de mi papi», levantando el pecho con orgullo y arrogancia.

Este no fue el caso, de hecho, ni siquiera parecía darle importancia al asunto, pero, no sé, me molestó.

“Bueno, es que en realidad es del hotel.”

Claro, y como el hotel es suyo...

“Está ahí para alquilárselo a los huéspedes que deseen usarlos.” Continuó con su explicación.

“¿Entonces alquilas lambos a cualquiera que pueda?” Pregunté con asombro.

Él no le daba la misma importancia que yo le di.

“Sí, básicamente.” Sonrió, tratando de aligerar el ambiente.

Dándome cuenta que no me correspondía juzgarlo por eso, desistí e intenté cambiar mi actitud.

“Está bien.” Dije.

“Está bien.” Repitió él, acercándoseme con una sonrisa.

Al cabo de un rato, terminé aceptando que me llevara cerca de donde vivía, en una zona en la que, a pesar de tratarse de un Lamborghini, no sería tan raro verlo por ahí, además que no quería que me vieran llegando a mi casa en un coche como ese.

Es decir, soy solo una chica que vende dulces de coco en la playa, sin duda me vería muy mal bajándome de un auto como ese.

Nos detuvimos un tanto lejos de mi hogar, Luis insistía en acompañarme lo más cerca posible, pero mi intención no era llevarlo hasta la puerta de mi casa. Por eso caminamos unas cinco calles abajo, tomados de la mano.

Pero al final, terminé acompañándolo de regreso porque se había perdido, lo que hizo un poco tonto que me hubiera escoltado hasta ahí en un principio.

Nos despedimos con un beso sutil y corto, y me di la vuelta para irme. Pero, justo ahí, él siseo y yo me volteé.

Antes de que me diera cuenta, él estaba volviéndose a acercarse a mí. De pronto, su presencia se hizo un poco invasiva.

Habíamos caminado todo este tiempo de la mano, pero la forma en que se estaba acercando, se convirtió en otra cosa. En su mirada había algo misterioso, parecía que estaba tramando algo.

No sabía que estaba pasando por su mente, ¿quería besarme de nuevo? No sabía qué pensar, pero mi desconcierto acerca de lo que quería, desapareció transformándose en miles de mariposas en mi estómago, cuando oí su voz.

“¿Qué vas a hacer esta noche?” Inquirió, con una sonrisa coqueta.

No me había besado, esto me decepcionó un poco, por eso reaccioné algo tarde y respondí confundida, sin despegarle mis ojos de encima, queriendo que dejara de hablar y juntara sus labios con los míos.

“¿Esta noche? ¿Por qué?”

“Solo quiero saber qué vas a hacer, eso es todo.” Dijo, acercándose más, haciéndolo sonar como si fuera poca cosa, pero actuando realmente atrevido.

“Bueno, no sé. Creo que nada.” Respondí, tratando de verlo a los ojos y no a sus labios.

La peor parte es que tanto sus ojos como sus labios me hacían sentir igual.

“Así que no vas a hacer nada...” su rostro estaba muy cerca del mío. Susurraba con voz ronca, mientras seguía aproximándose a mí.

El pecho comenzó a dolerme. Estaba a punto de colapsar. Pero respiré, jalando aire, para llenarme de valor. Cambié mi postura, mi mirada y mis gestos, yo también podía jugar, no iba a quedarme atrás.

“¿Por qué quieres saberlo?” Le pregunté, tratando de hacer lo mismo que él.

Levanté mis cejas, moví los labios lenta y provocativamente. No podía dejar que me venciera. Pero Luis no flaqueó.

Su mirada se desviaba de mis ojos a mi boca.

Cuando se fijaba en mis labios, se mordía los suyos a propósito, me estaba volviendo loca.

“La verdad, conozco un restaurante que es muy bueno.” Dijo lentamente, pronunciando cada sílaba como si escondiera un secreto, casi no entendí lo que quería decir, pues la forma en que su boca se movía, me distraía.

“Y quiero que vayas conmigo.” Dijo al fin.

Las últimas palabras aceleraron mi corazón.

Estaba tratando de pensar qué contestarle, pero no podía, porque él me seguía acechando, eliminando poco a poco la poca distancia que había entre nosotros, tentándome a besarlo; me estaba haciendo flaquear. Y todo apuntaba a que perdería el terreno que creí haber ganado.

“¿Cenar, esta noche?” Se me ocurrieron un sinfín de excusas para no hacerlo.

Mi madre, dormir, tener que levantarme mañana temprano, no tener ropa para usar, no saber dónde estaba el restaurante, los dulces, la playa.

No sabía cómo decir que sí, porque cientos de miles de ideas aparecieron en mi cabeza. Y para colmo, Luis seguía acercándose, yo di algunos pasos atrás, hasta que me acorraló con el Lamborghini.

Ahora podía sentir su respiración.

Sus ojos se clavaron en lo míos, mientras yo me ponía muy nerviosa pensando en la cena, en su boca, en el hermoso color azul de sus ojos, que, por la cercanía, podía apreciar de una mejor manera.

Él se detuvo, dejó un espacio suficiente para hablar, pero yo sentía que en cuanto alguno pronunciara una solitaria palabra, nuestros labios se rozarían.

“Sí, esta noche.” Repitió, suavemente.

“Bueno, es que no sé...”

Piensa en algo rápido, Julia, no seas tonta. Demonios, me estaba dejando dominar por él, y mi corazón latiendo velozmente en mi pecho no me dejaba pensar con claridad.

“¿Qué dices?” Su mirada se detuvo en mis labios, estaba segura de que él me besaría en cualquier momento.

¡Demonios! ¿Por qué tiene que hacerme esto?

No era tan difícil decir que sí, o darle una excusa para no ir —cosa que no quería, ni estaba muy segura de hacer—, pero me estaba presionando demasiado, además de que mi cabeza iba a explotar en ese momento, por toda la situación.

“¿No quieres ir?” Preguntó, cuando yo no contesté nada. “¿Acaso no te gustaría cenar conmigo?”

El que llegara a esa conclusión me hizo sentir ofendida. ¡Claro que quería ir! Pero mi repentino mutismo era culpa de sus labios.

“¿Qué? No, claro que me gustaría cenar contigo.” Traté de explicarle.

Pero antes de que terminara de hablar, él suspiró por la nariz, como si nada de lo que había sucedido hasta ahora hubiera pasado en verdad, me dio un beso corto y simple, —nada comparado con lo que yo hubiera esperaba luego de aquel juego de miradas y acercamientos por su parte— y se alejó.

“Bueno, te espero aquí a las ocho.”

Me dejó muy sorprendida, porque se dio media vuelta, levantó la puerta de su coche, subió a él y arrancó el motor.

Mi boca seguía abierta cuando él dio vuelta por una esquina.

Luis ya no estaba y me invadió una sensación de frío, pese al calor que hacía. Reaccioné muy tarde a lo que había pasado.

¿En qué me había metido?

## HARÉ QUE ME QUIERA DE NUEVO

ANA

“Creo que Luis se está viendo con la mujer de la playa.” Llegué a mi habitación, llena de ira y fue lo primero que le dije a Cecilia. Estaba furiosa porque ella me había dicho que yo me estaba inventando cosas, pero no, todas mis supuestas locuras se convirtieron en realidad, ¡Luis se está viendo con la fea esa!

“¿Qué? ¿Cómo lo sabes?” Preguntó Ceci. Rodé mis ojos, como si eso fuera muy difícil de deducir.

“Bueno, porque ha estado yendo mucho a esa maldita playa. ¡Por eso!” Espeté.

“Hey, vamos, no vas a ponerte mal otra vez.” Intervino mi amiga, levantándose. Se estaba preparando para calmarme de nuevo.

Pero yo no iba a caer nuevamente en eso. Esta vez no.

“¡Joder, Ceci!” La miré con severidad mientras levantaba un dedo con firmeza. “Te dije que algo estaba pasando con ella. ¡Te lo dije!”

“Sí, sí.” Ella tomó mi dedo y lo bajó, como si se tratara de un cuchillo. “Pero en ese momento no tenías pruebas.”

Ignoré lo que le había hecho a mi dedo y lo volví a levantar.

“¡Pero tampoco tenía dudas! No había nada que me dijera lo contrario.” Bajé el dedo y me di la vuelta, rondando por la habitación como un sabueso.

“Es que, mira, estaban sentados muy cerca, hablando de no sé qué con sus sonrisas y sus estúpidas caritas bonitas, de seguro se están viendo todo el día, dándose besos, hablando mal de mí y de cómo van a hacer una familia.” Divagué.

“Oh, por favor, Ana, estás exagerando.” Disintió.

“No puedes creer eso en verdad.”

Me estaba retando.

“Ah, ¿no?” Pregunté, desgañitándome. “¿Eso crees? No me estoy equivocando, tengo razón, ¡se están viendo!”

“¡Joder, Ana! ¡Eso no lo sabes!” Increduló. “Lo estás suponiendo justo ahora.” Dijo, para luego bajar la mirada y darme la espalda.

Su actitud me pareció rara.

“Oye... ¿qué fue eso?” Me acerqué a ella, en actitud calculadora, no me estaba diciendo algo.

“¿Qué?” Me preguntó con inocencia, bajando de golpe su tono de voz. “¿De qué hablas?”

“¿Por qué hiciste eso?” La señalé tratando de encerrar todo eso que acababa de hacer. “¿Ah? Dime ¿Qué sabes?”

Mientras más la presionaba, más parecía que estaba nerviosa.

Me veía a los ojos, sin parpadear, como si no tuviera nada que ocultarme, pero, ¿ella cree que soy una tonta? ¡Esa es la primera señal de que estás ocultando algo!

“¡No me mientas Cecilia! Yo te conozco, sé que estás ocultándome algo.”

“¡Que no te estoy mintiendo!” Se defendió.

“¿Qué no? ¿Entonces por qué me diste la espalda cuando dije lo de la estúpida esa de la playa? Hiciste como que si supieras algo. ¡Y apuesto lo que quieras a que lo sabes!”

Mis palabras causaron el impacto que esperaba.

“No hay forma en que yo pueda saber si se están viendo o si se besaron ya.” Confesó sin darse cuenta.

La tenía.

“¡Ajá! Con que sí lo hicieron.” Grité.

Por un segundo, Cecilia creyó que se había salido con la suya, pero solamente un segundo, porque casi de inmediato dejó caer los hombros. ¡Yo la había descubierto!

“Maldición.” Se quejó.

“¡Ajá! Sabía que se estaban viendo, sabía que se estaban besando,” dije, otra vez volviendo a dar vueltas como un sabueso. “Lo que falta ahora es saber si están hablando de mí.”

“¡Por favor, Ana, eso sí es imposible de saber!” Me refutó ella.

Me di la vuelta y hablé con firmeza.

“Pero lo demás sí y eso es suficiente”

Aquella sensación de éxito que me invadió cuando confirmé mis sospechas, pasó rápidamente a convertirse en algo peor.

Cuando me di cuenta de la gravedad de lo que había descubierto, dejé caer mis hombros, y, junto a ellos, mi mundo. Me senté en el sofá que estaba a mi izquierda.

“Maldita sea.” Me lamenté.

Cecilia se acercó a mí con cautela y se sentó a mi lado. Suspiramos al mismo tiempo, como si estuviéramos derrotadas, y ambas nos quedamos viendo hacia el frente, con las manos entrelazadas sobre el abdomen. Rendidas.

“No puedes ponerte así cada vez que pasen cosas como estas.” Me dijo.

Pero eso no era lo que me importaba.

“¿Cuándo pensabas decírmelo?” La interrogué.

“No pensaba hacerlo.” Confesó.

Me pude haber sorprendido, pero no lo hice. Solamente giré mi rostro para mirarla.

“¿Por qué no? ¿Por qué no querías decírmelo?”

“Porque le prometí a Luis que no lo haría.”

Esa razón era suficiente. Volví mi mirada al frente y suspiré de nuevo. Ella me siguió.

“¿Ahora qué vas a hacer?” Preguntó, sin muchas ganas.

“No lo sé, se supone que todo iba a salir de maravilla en este viaje.”

“¿Todavía crees en eso?” Preguntó, girándose para mirarme. No le correspondí la mirada, pero sentí que me estaba juzgando.

“No, desde hace días que dejé de pensar que las cosas se arreglarían.” Dije, dolida.

“¿Entonces?” Suspiró y de reojo vi como volvió su mirada al frente. “¿Al fin te vas a rendir?”

Quería levantarme y gritarle que no era así, que jamás me rendiría con su hermano mientras hubiera una oportunidad. Pero en ese momento, sabía que no tenía certeza de ello.

¿Qué podía hacer ahora? Ni yo sabía la respuesta a esa pregunta.

“No quiero hacerlo.” Lamenté. “Quiero seguir intentándolo, pero simplemente no sé.”

“¿Qué estás dispuesta a hacer para recuperarlo?”

“Lo que sea.” Aseveré.

Cecilia hizo un sonido con su garganta.

“Bueno, entonces piensa muy bien en lo que harías si pudieras, y hazlo.”

No era de mucha ayuda. Solo había simplificado el asunto. Más o menos, en esencia, eso era lo que yo tenía que hacer, pero no por eso iba a funcionar.

No le respondí, pues me perdí en mis pensamientos, el silencio se convirtió en mi aliado mientras me enfocaba en lo que se suponía debía hacer.

No estaba muy segura de lo que haría, pero sí tenía claro que no perdía nada por intentar recuperar a Luis.

No podía solo decirle que me amara, pues ahora estaba viéndose con una estúpida vendedora, quizá primero debería separarlos...

“¡Lo tengo!”

Me levanté de golpe y me puse de frente a Ceci. Ella reaccionó a mi grito, pero no se movió de su lugar.

“¿Qué se te ocurrió?” Preguntó, con un rostro renovado, dispuesta a ayudarme.

“Tal vez no pueda resolver el problema con Luis tan fácilmente.”

“Aja...”

“Pero, lo que sí puedo hacer, es deshacerme de la tipa esa.” Aclaré mi garganta. “Luego tendré toda su atención en mí y haré que me quiera de nuevo.”

“¿Y cómo vas a hacer eso?”

Con esa pregunta, confirmé que estaba más que dispuesta a ayudarme, así que me senté a su lado, me acerqué lo más que pude y le expliqué mi plan.

## ¿CUÁNTO CUESTA UNA NOCHE AQUÍ?

JULIA

**L**uego de confirmar que Luis no regresaría a explicarme lo que había pasado, caminé a mi casa. Tenía otras cosas en las que enfocarme. Cuando llegué a mi humilde morada, saludé a mi madre y me fui directo a mi habitación.

“¡No se te olvide que tienes que ayudarme!” Me dijo, mientras subía las escaleras.

“Sí, mamá.” Mascullé fastidiada, más concentrada en mis problemas que en lo que ella me decía.

Me tiré en la cama y las ideas comenzaron a golpearme la cabeza como si el hecho de que tuviera la cara enterrada entre las sabanas, fuera razón suficiente para que me abordaran de esa forma.

¿Qué me voy a poner? ¿A dónde me va a llevar? ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué significa esto? ¿No estamos yendo muy rápido? ¡Qué carajos voy a hacer ahora!

No podía con todos los problemas que se formaban en mi mente tan rápidamente. Quería una respuesta, quería poder hacerlo todo; ayudar a mi madre, estudiar, vender los dulces, salir con Luis.

¿Qué? ¿Salir con Luis? Levanté mi cabeza de las sabanas, sin poder creer lo que acababa de pensar.

Lo que más me preocupaba era lo rápido que estábamos yendo. Apenas lo conozco desde hace dos días y ya siento que me va a explotar el cuerpo cuando lo tengo demasiado cerca.

No puedo simplemente dejarme llevar de esta forma por un sujeto ¡que acabo de conocer!

Me di la vuelta, tomé la almohada y la abracé.

“Pero es que es tan lindo...” dije, como una tonta niña empalagosa.

¿Cómo que es lindo? Me senté en la cama, indignada, y lancé la almohada a un lado, pero ¿qué me sucede? ¿Qué estoy haciendo? No puedo estar pensando en serio en que todo esto puede funcionar.

Mi ánimo cayó por unos segundos, y luego me volví a perder en el recuerdo de sus besos.

¿Qué tal si nos hacemos novios?, sacudí mi cabeza tratando de borrar esa idea estúpida, porque ¡no! No puedo, sencillamente, no puedo.

¡Estaría haciendo lo mismo que mi madre! Y yo no le veía ningún sentido a lo que ella hizo.

En ese momento, comprendí algo importante; mi madre se casó con mi padre porque esperaba obtener algo de él. Quería estar cómoda, y creía que lo que se necesitaba para lograrlo era sentar cabeza.

Lo hizo y así terminó como está ahora.

Pero esto no me iba a pasar a mí ¿verdad?

De repente, caí en la cuenta de que en ningún momento me rehusé a ir a cenar con él.

Di vueltas en la cama, rodando sobre mis sábanas, ¿eso significaba que estaba convencida de

ir con él? Porque si era así, quedaba una interrogante mucho más grande, ¿qué carajos me voy a poner?

Súbitamente me levanté, dejando todas mis dudas anteriores en el suelo, y concentrándome en la que realmente importaba; la ropa que usaría esa noche.

Así que me acerqué lo más rápido que pude a mi armario y lo abrí de lado a lado para ver qué, de todas las prendas que tenía, me iba a poner.

No podía verme cómo siempre, como la simplona vendedora de dulces de coco que soy.

Esta noche saldría con Luis, un hombre que es dueño de varios hoteles en el mundo, que alquila Lamborghini, y que es espectacular besando.

¿A dónde me llevaría? No tenía idea, pero la verdad no importaba, así sea a una pizzería de la esquina o a un restaurante elegante, ¡tengo que destacar, carajo! Así que extendí mis brazos y abracé la mayor cantidad de prendas, las tiré en la cama y empecé a probármelas todas.

Una por una, fui descartando todo, de lo peor a lo mejor. No sabía todavía cómo quería verme, pero no perdía la esperanza de encontrar el atuendo perfecto.

Me vi en el espejo luciendo un top horizontal, que solamente me tapaba los pechos y un pantalón que me cubría hasta las caderas, no, ¡no quería verme cómo una cualquiera! Así que descarté por completo esa ropa. Me faltaba mucho por probarme.

Continué con las siguientes prendas. En definitiva, entendí que no iba a usar un pantalón, no era apropiado, y no porque no pudiera verme muy bien con uno, sino porque me había afeitado las piernas por la mañana ¡tenía que lucirlas! Con eso en mente, comencé a buscar entre mis vestidos.

Tenía un total de diez vestidos, entre los que había faldas también. Algunos eran apropiados para la ocasión, otros, los descarté por completo por su estilo playero.

Seguí buscando, había algunos elegantes, pero muy cortos, y yo no quería transmitir, «soy una chica fácil», yo quería decir, «soy una mujer elegante y atrevida».

También estaba el vestido de tiras que compré para una boda, era rojo escarlata y la tela era muy delgada, se ajustaba muy bien a mi figura, pero al tener la espalda descubierta, no podía usar un sujetador.

No quería pasar la noche preocupada por si me pasaba algún accidente y enseñaba de más, así que lo hice a un lado.

Otro que también me gustaba mucho, era un crop top hasta el cuello, sin mangas y con una falda ajustada. Descubría un poco el ombligo, lo que a mi parecer era apropiado para cualquier ocasión, y más si quería presumir mi abdomen, pero algo no me convencía.

Encontré una falda roja acampanada hasta la cintura que me llegaba a las rodillas, otra negra que era un poco más corta, otra con un estampado elegante, otra un tanto más corta que todas pero que si se usaba bien, me haría ver juvenil, no desesperada; y otras dos más que eran también acampanadas. ¿Se nota que me encantan las faldas? Porque las amo.

En fin, con todas y cada uno de las diez opciones que me probé, me veía increíble, pero fui descartando las opciones de acuerdo a lo que estaba buscando esta noche. Resaltaría con cualquier prenda, pero tenía que elegir la opción perfecta.

“Este no, ese tampoco...” me decía mientras los pasaba de un lado a otro de mi cama.

Hasta que terminé con una falda color rosa palo y con un suéter ajustado.

Daba la impresión de ser tejido y combinaba muy bien con mi hermosa falda, porque era de un gris solido sin adornos, que me llegaba hasta medio brazo, me hacía ver cómo una mujer segura de mí misma.

Decidí usar unos tacones blancos, combinaban a la perfección. Me recogí el cabello para



darme una visualización completa y me vi al espejo. El conjunto era espectacular, elegante, sofisticado y muy yo.

Una vez que tenía todo, tomé una ducha y me vestí. Estaba lista para la cena.

“¿A dónde vas?” Preguntó mi madre irrumpiendo en mi habitación mientras que estaba maquillándome.

Me hizo saltar.

“Demonios mamá, me asustaste.” Exclamé desde el baño.

“Bueno, solamente quería saber qué estabas haciendo, creí que habías dicho que ibas a ayudarme con los dulces.”

Resollé. Lo había olvidado.

“Sí mamá, lo sé, siento.”

“No, no, tranquila, no tienes por qué ayudarme.” Me habló con sarcasmo, como si yo no me diera cuenta.

Salí del baño con la mitad de la cara maquillada. La encontré viendo al suelo para pisar con cuidado, porque estaba toda mi ropa tirada, y, de verdad me sentía mal por no ayudarla.

“En serio lo siento mamá, pero es que...”

“No, tranquila, hablaba en serio. Ya terminé.” Levantó la mirada. No se veía molesta.

“Supuse que estabas haciendo algo importante,” agregó. “Tenía rato que te estaba gritando y tu nada.”

“¿En serio?” Me dio mucha pena con ella.

“Sí. Pero ya no importa, y bueno, ¿a dónde vas tan bonita?” Sonrió traviesa. “¿Vas a salir con ese hombre de la playa?”

No pude evitar sonreír de vuelta ante su pregunta. Sí, efectivamente eso era lo que iba a hacer. Asentí, emocionada, como si fuera una niña pequeña, y ella me elogió.

“Muy bien. Mírate, ya estás lista para salir esta noche, te ves hermosa.”

Cuando mencionó la palabra noche, recordé que tenía que verme con Luis unas cinco calles lejos de mi casa, a las ocho.

Evadiendo a mi madre, me acerqué corriendo a la mesa al lado de mi cama, en donde se estaba cargando mi móvil, lo tomé para ver la hora.

Eran las siete.

“¡Demonios!”

“¿Qué pasó? ¿Qué viste?” Se preocupó.

“Voy tarde,” le expliqué, y regresé corriendo al baño para terminar de maquillarme. “Teníamos que vernos a las ocho.”

“Y ya son las siete,” resaltó lo obvio. “Creo que sí vas un poco tarde, mi amor.”

“¡Sí!” Grité angustiada.

Tardé veinte minutos más en terminar de arreglarme. Por fortuna, ya estaba casi todo listo.

Así que luego de ponerme los tacones, bajé con cuidado las escaleras, me despedí de mi madre y emprendí mi camino hasta donde habíamos acordado que me iba a esperar, aunque yo en ningún momento acepté su propuesta.

No sabía qué me esperaba de esa noche, si Luis me iba a llevar a caminar, si tal vez me había arreglado mucho, o si en verdad me estaba esperando. Pero ya no importaba porque ya casi llegaba al punto de nuestro encuentro.

Me lo imaginaba vestido con un traje ajustado, recargado en su Lamborghini con esa sonrisa hermosa que tanto me encanta.

No cabía en mí del gozo que eso me hizo experimentar, la emoción de verlo otra vez el

mismo día, me hacía temblar, el corazón me palpitaba con rapidez, anticipándose a la mirada que me daría cuando nos encontráramos.

Saqué mi móvil y eran las siete con cincuenta.

“Mierda, tengo que apurarme.” Dije, como si no estuviera claro que tenía que hacerlo.

Me apresuré lo más que pude, pero cuando llegué, él aún no estaba ahí.

“¿Qué carajos?” Me indigné. “¿No tenía que estar aquí a las ocho? ¿En dónde se supone que está?”

Estaba a punto de estallar, el reloj marcaba las ocho y nueve y él todavía no llegaba.

¿Para qué carajos me apuré entonces? No me gustaba la impuntualidad, o tal vez solo estaba angustiada por verlo.

Lo más probable es que mi molestia fuera por el hecho de que estaba toda arreglada, en tacones, esperando a un sujeto que tal vez ni siquiera iba a llegar.

Tenía hambre porque no había almorzado, ya que llegué directamente a arreglarme. Lo que me hizo recordar que ayer tampoco había comido.

Creo que había sido muy amable de su parte invitarme a cenar ya que, desde el lunes, no estaba comiendo bien. Me lo debía, supongo. ¡Eso sí es que llegaba!

“Si no llega en cinco minutos me voy a...” estuve a punto de terminar esa amenaza cuando, de pronto, apareció un coche cruzando la esquina. No era el Lamborghini, la verdad no sé de qué marca era, pero definitivamente no lo había visto antes por ahí.

“Ojalá sea él.” Me dije, mientras trataba de adivinar si se estaba acercando o sencillamente iba a seguir de largo.

Para mi sorpresa, sí lo era. Mi corazón, que ya amenazaba con salirse de mi pecho, se detuvo. O al menos eso me pareció, sentí como se me iba la vida, cuando su coche se acercó.

El vehículo dio una vuelta completa tan suavemente que parecía ser súper sencillo manejarlo sin emitir ni un solo sonido, las luces se apagaron al momento.

En cuestión de segundos, Luis salió de este con una sonrisa en el rostro, se acomodó el saco que llevaba puesto y caminó hacia mí.

Su sonrisa, sus ojos, su postura.

Era el mismo hombre de la playa, pero se veía tan diferente que las piernas me temblaron ¿De verdad había besado a ese sujeto? Pensé, tratando de encontrar de nuevo mi compostura.

Se detuvo por un momento y me miró de arriba abajo.

¿Le habrá gustado cómo me arreglé?

“Te ves...” y se guardó las palabras, como queriendo contenerlas, como si no fuera posible decirlas en voz alta, sonrió exultado, sin dejar de verme. “Esplendida.”

Me sacó una sonrisa.

“Tú no te quedas atrás.” Le respondí para no quedarme sin decir nada.

Estaba usando un traje sencillo, pero se veía tan bien en él que me dio la impresión de que nació usándolo, le quedaba a la medida.

Era color caqui, entallado, con una camisa blanca abajo que le daba un toque fresco, más que nada, porque no estaba usando corbata, aunque no le hacía falta; ya lucía elegante y masculino.

Sus ojos resaltaban en su cara, se veía espectacular. ¡Vaya hombre! Estaba segura de que se vería igual de bien con cualquier ropa que usara.

Sin previo aviso, con un solo movimiento, me tomó por la cintura y me dio un beso sutil en la mejilla, se quedó unos segundos así, con su boca en mi rostro.

Yo aproveché para oler su perfume, y sentir la calidez que me embargaba cada vez que él estaba cerca.

Una duda me inquietó, ¿por qué no me besó en los labios? Quizá él se dio cuenta del brillo que me puse, y de que, si me besaba, se me caería, ¿se habría dado cuenta de eso? Creo que nunca sabré la respuesta a esa pregunta.

De igual forma, ese contacto me agradó, mentalmente di un grito de júbilo. Su presencia seguía provocándome muchas sensaciones, todas en el buen sentido.

“Gracias.” Agregó, con una sonrisa, sin soltarme la cintura.

Su brazo me apretaba la espalda.

Tenía mis brazos sobre su pecho, pero en realidad quería sostener su cara y comérmelo a besos. Pero Luis hizo lo contrario a mis pensamientos y me soltó. Se acercó a la puerta del coche, la abrió y me dio el paso, con una sonrisa.

Ese gesto era mi perdición, cada vez que lo hacía, me dejaba un poco más atontada.

Creo que se debe a la forma en que lo hace, sonrío de forma natural, sin malicia, pero a la vez con cierta coquetería.

Solo sé que cada vez que lo hace, me imagino dejándome caer en sus brazos, me imagino besándolo una y otra vez. No sé si estoy yendo muy rápido, pero, ¿qué puedo hacer si me vuelve loca?

“¿Nos vamos?” Me preguntó.

Nunca me habían abierto la puerta de un coche tan elegantemente como lo hizo él, cuando entré, aspiré el aroma que Luis dejó impregnado dentro. Luego de eso, él se sentó a mi lado y se puso en marcha.

Todavía no sabía a donde me iba a llevar, pero yo sentía que fuera a donde fuese, yo quería estar todo el tiempo junto a él.

“¿Y a dónde vamos?” Inquirí, quería asegurarme de estar vestida para la ocasión.

“Vamos a mi hotel.” Respondió, con la mirada fija en el camino.

Cuando llegamos, noté de inmediato, que ese era el tipo de lugar que alquilaría un Lamborghini a cualquier persona que tuviera con qué pagarlo. Era elegante y espacioso, se respiraba un ambiente de poder y riqueza en cada rincón.

Personas caminaban de un lado al otro, salían del elevador, se dirigían a la recepción, pero se mantenía un flujo constante de movimiento.

Luis insistió en mostrarme las instalaciones de su hotel, pese a que pudimos entrar directamente al restaurante. Me tomó de la mano y casi en cuanto pusimos un pie adentro, un sujeto nos abordó.

“Señor Escalante. Ya llegó.” Dijo de una forma muy elegante.

Estaba erguido, con una mano sobre la otra como si estuviera esperando ansiosamente por algo. Su ropa y su comportamiento me decían que era una persona elegante, pero que no era precisamente un huésped del lugar.

“Joaquín, ella es Julia.” Me presentó de inmediato.

El hombre me miró sonriente e inclinó la cabeza para saludarme con educación.

“Señorita, mucho gusto.”

“Julia, él es Joaquín, el encargado del hotel.” Lo presentó Luis.

“Oh, es como el gerente.” Dije.

“Bueno, en realidad, a veces hace más que ser solo el gerente.” Agregó Luis.

“Me encargo de básicamente todo, desde el mantenimiento del hotel, hasta los asuntos importantes que debe atender el señor Luis.” Explicó el aludido.

“Tanto de este, como de otros hoteles que tengo.” Dijo Luis.

Yo simplemente asentía con la cabeza y sonreía sorprendida. Era realmente mucho trabajo

para una sola persona.

“¿Y lo haces todo tú solo?” Pregunté.

El encargado encontró sumamente gracioso lo que dije, su risa era algo peculiar.

“No todo el tiempo. Casi siempre tengo un equipo que me ayuda.”

“Ya veo.”

Luis aclaró su garganta e interrumpió en la conversación.

“Y bueno, este es el lobby de mi hotel. Por allá están los elevadores, si subes, encontraras todas las habitaciones. Por aquí se va a la piscina, y por allá está la entrada hacia el restaurante.” Continuó explicando, señalando cada lugar.

“¿Desean un tour por el edificio?” Propuso Joaquín.

Yo, una estudiante de turismo, estaba encantada, iba a aceptar sin duda, pero Luis se me adelantó.

“Mejor después, ya tengo hambre.” Se colocó la mano sobre el abdomen e hizo un mohín con el rostro.

Joaquín sonrió y asintió de nuevo con elegancia, apartándose para que pudiéramos pasar. Yo traté de responderle con la misma cortesía con la que él lo estaba haciendo, y continuamos nuestro camino hacia el restaurante.

“Es un lugar espectacular,” declaró. “Es realmente hermoso.”

“Gracias. Me alegra que te haya gustado.”

Yo lo tomé del brazo y me acerqué más a él. Aun no me cansaba de su aroma, ni de la firmeza de su brazo.

No sé si es que era fuerte porque hacía ejercicio, o simplemente porque me encantaba él y ya, puede que solo estuviera exagerando todos sus atributos.

Pero la verdad, mientras colocaba mi mejilla sobre su hombro, me di cuenta que no me importaba, Luis era espectacular y punto. Me encantaba todo de él.

Una vez en el restaurante, nos llevaron hasta una mesa, la cual, según él, «era la mejor del lugar». No cabía duda que lo era, porque se trataba de Luis.

Aunque me pareció que estaba un poco apartada de las demás, las otras estaban separadas por una pared.

Cerca de esta, había una especie de barra con unas hornillas, lo que me dio la impresión de que, de hecho, estábamos en la mesa menos elegante de todas, pero eso no era lo que más importaba. No según lo que Luis se apresuró a explicarme.

“La verdad no sé si es la mejor mesa del lugar, pero en lo que a mí respecta, hoy, lo es.” Aludió, viéndome con sus preciosos ojos azules, me sentí alagada, lo que me hizo sonrojar.

“Y, por cierto, hoy nos cocinará el chef en persona.”

Entonces, extendió la mano y la dirigió hacia la barra que teníamos al lado, donde había un hombre, que, al parecer, nos estaba esperando.

“Buenas noches, señorita.” El hombre hizo una sutil reverencia. “Buenas noches, señor Escalante.” Dijo, haciendo la misma reverencia a Luis.

Todo era demasiado formal, yo no me esperaba que fuera así.

El chef se acercó a nosotros como si fuera el mesero, y nos entregó la carta.

“¿Desean algo de beber?” Preguntó, dirigiéndose a Luis.

“Sí.”

Él pidió una botella que yo no había visto en la carta que nos dieron.

Lo miré extrañada porque, en sí, el que conociera de todo este ambiente, solo servía para decirme que vivía bajo el estereotipo de un millonario, aunque, en su totalidad, no lo parecía,

para mí seguía siendo simplemente Luis, así lo veía yo, no como «el señor Escalante».

Cuando el chef regresó, traía un carrito con la botella y dos copas grandes, se detuvo a nuestra derecha y presentó la botella.

Luego de eso, tuvo un intercambio de información muy elaborado con Luis, en donde ambos parecían intercambiar palabras que yo no estaba percibiendo, pero que concluyó con un: «está bien», y luego el chef sirviendo la bebida en mi copa.

Después elegimos la comida. Aun no entendía por qué Luis había dicho que era la mejor mesa, hasta que, luego de decidir que comeríamos, el chef en persona comenzó a cocinarlo ante nuestros ojos.

Todo eso parecía un programa de cocina de los que salen en la televisión.

Él comenzó a contarnos acerca de los ingredientes, de qué le gustaba más de ellos, de donde venían, por qué se llamaban así, en cual temporada estábamos, de cómo sabían mejor y de las muchas cosas que se podía hacer, al mismo tiempo en que yo no podía dejar de ver sus manos moverse.

Estaba hipnotizada, no sé si por el hambre o el espectáculo.

La primera parte de la noche la pasamos viendo eso.

Mientras comíamos, no dijimos ni una palabra.

Tanto escuchar de comida, de ver cómo la preparaban y de los exquisitos olores que salían de la barra, me terminó dando la impresión de que, en efecto, no solo era la mejor mesa, sino que había resultado en la mejor comida que había probado en toda mi vida.

Cuando por fin terminamos de comer tanto los tres platos que se sirvieron en la mesa, como el cuarto —porque repetimos el postre— y las dos copas de vino que nos dieron, nos levantamos, nos despedimos del chef como si ahora se tratara de un viejo amigo, y nos fuimos de ahí.

Estábamos un poco mareados y ebrios, lo que se tradujo en nosotros riéndonos de cosas sin sentido. Sin embargo, me sentía muy bien.

Caminamos hasta el lobby, en donde Joaquín nos saludó desde lejos, pero sin acercarse a molestar.

Yo quería ver el resto del hotel, pero Luis quería hacer una caminata por la calle. Al final, gané la discusión y comenzamos a caminar por lo largo y ancho de aquel edificio.

Resultó ser realmente agradable y elegante por todos lados.

Caminamos tratando de hacer la menor cantidad de ruido, porque a pesar de que aun estábamos cuerdos, nos reíamos de las bromas del otro a un volumen muy alto, sin soltarnos de la mano. Hasta que, llegando al último piso, nos detuvimos delante de dos enormes puertas.

“Y aquí es donde duermo yo”.

“Vaya, que puertas tan bonitas.” Bromeé.

Él se rio para después acercarse a abrirlas. Yo entré, muerta de curiosidad, mis ojos devoraron el interior de su habitación. Lo primero que noté, fue que era increíblemente grande, parecía una casa.

Tenía de todo, varios sofás, un mini bar, un balcón, comedor, una nevera, televisores, candelabros y una chimenea. Sin contar con los adornos, los arreglos de flores, de frutas y todo lo demás que se podía comer o llevar. Estaba realmente encantada.

“Demonios.” Susurré.

“Sí, es un poco aparatoso.”

“¿Aparatoso?” Pregunté sorprendida. “Esto es increíble.”

Comencé a rodearlo, viendo todo de punta a punta y comparándolo con las otras habitaciones que me había mostrado.

Luis me seguía de cerca, riéndose de mis caras de asombro. Digo, todo lo que veía era más o menos normal, pero en grande, supongo que yo estaba tan emocionada por culpa del vino que había bebido.

“Con que esto es lo que alquilan los millonarios,” dije. “¿Cuánto cuesta una noche aquí?”

“Creo que como cuatro o cinco mil dólares la noche.” Dijo, como si no fuera gran cosa.

“Ah, bueno, supongo que lo vale.” Agregué, viéndolo de arriba a abajo.

“Sí. Supongo.” Me apoyó.

Cuando me quise dar cuenta, lo tenía realmente cerca. De nuevo, se tomó la libertad de rodear mi cintura con el brazo y verme directamente a los ojos. No me opuse a su gesto porque, para ser sincera, no me desagradaba para nada tenerlo tan junto a mí.

“Y... ¿cuánto me cuesta a mí una noche aquí?” Dije, con un tono de voz travieso.

Nunca sabría si Luis me haría algún tipo de descuento por hospedarme en su hotel, porque en ese momento, él juntó sus labios con los míos, colisionando en un espléndido y perfecto beso.

Ésta vez no era solo su boca, también hizo participes a sus manos, una se instaló en mi cintura, comenzaba a creer que ese lugar le gustaba mucho, y la otra se fue a mi nuca, la enredó en mi cabello, moviendo mi cabeza suavemente de un lado a otro para darles a nuestras bocas mayor comodidad.

Sus labios le abrieron paso a su lengua, que comenzó a jugar con la mía.

Yo también quise participar y llevé mis manos a su cuello para sujetarme de él, pero al poco tiempo comencé a pasarlas por su espalda, el movimiento tomó por sorpresa a Luis y se separó de mi boca, regresándonos a nuestra realidad.

Una, dónde nos acabábamos de conocer hacía tres días, dónde no se suponía que estaba bien lo que estábamos haciendo. Vi en sus ojos cómo él caía en cuenta de eso, igual que yo.

Estábamos yendo demasiado deprisa, y los dos éramos conscientes de eso. Entonces ¿por qué él volvía a acercar su rostro al mío? ¿Por qué yo no me apartaba?

Tampoco supe la respuesta a esas preguntas, solo me dejé llevar, cómo lo estaba haciendo Luis, poniendo de vuelta su boca, contra la mía.

**QUIERO VENDER DULCES CONTIGO, POR SIEMPRE.**

LUIS

**N**inguna velada había sido consumada jamás con un simple beso en la mejilla y un «hasta la próxima», como si todo aquello que encendía sus deseos no significara nada. Esta vez no fue la excepción.

Me había divertido mucho con Julia, pasamos un maravilloso rato y recorrimos el hotel representando un estado de ebriedad exagerado. Sin embargo, estaba feliz tan solo por estar con ella.

No sabía si debía decir que ya la amaba, porque no estoy seguro si hay un tiempo límite para sentir eso.

De hecho, recuerdo que, cuando pasé por ella y me bajé del coche, supe que había visto la cosa más hermosa de todo este mundo. Y no tenía nada que ver por la forma en que estaba vestida, porque su belleza se apreciaba incluso usando un delantal.

Era tan espléndida, tan atractiva y hermosa. ¿Cómo carajo se lo decía? Si sencillamente era perfecta. La mejor parte es que por la forma en que estaba vestida, me hacía sentir tan tonto, tan emocionado, tan enamorado, ¡y esa es la verdad!

Sus piernas se veían espléndidas mientras usaba tacones. Su cintura se acentuaba y su rostro se enmarcaba de una manera que la palabra belleza no alcanzaba a describir por completo como se veía.

Mentiría si dijera que no fue mi intención que termináramos dónde estábamos; en mi habitación, solos y besándonos con desesperación.

Sus besos eran mejor que el vino que habíamos bebido. Toda ella, en conjunto, era mejor que la comida más deliciosa que hubiera probado.

Mis caricias eran correspondidas y yo no cabía en mí de felicidad, porque parecía que Julia sentía lo mismo por mí.

Con cada beso me daba cuenta de cómo lo que estábamos haciendo no nos era suficiente. Fue bastante claro para los dos, queríamos más, queríamos llegar hasta el final.

Nuestras agitadas respiraciones me lo confirmaban con cada segundo que pasaba.

Por eso no nos importó nada más. Nos aferramos a lo que nuestros cuerpos nos pedían que hiciéramos. Algo que se sentía correcto no debía estar mal, ¿verdad?

Los segundos se hicieron minutos, y estos a su vez horas, y yo solo podía estar seguro de una cosa, sin importar qué, no podíamos tener suficiente del otro. Yo, nunca, jamás, me iba a cansar de estar con Julia.

Durante toda la noche nos entregamos, y yo en todo momento, tuve la cordura suficiente para saber qué era lo que quería, y eso me llevó a decírselo de una vez por todas.

“Quiero vender dulces contigo, por siempre.”

La sonrisa que iluminó su cara cuando le dije eso, es una que siempre voy a recordar, cuando no tenga un buen día, me bastará con imaginármela y todo lo malo desaparecerá. Lo sé.

## CÚLPENME DE AMARLO

ANA

**L**as palabras de Cecilia se enterraron en mi cerebro de tal forma que no había nada que pudiera hacerme sentir mejor.  
“Quiere presentársela a mis padres.” Dijo, o, mejor dicho, lo repitió. Cuando lo escuché, deseé no haberle insistido para que me lo dijera de nuevo.

“Maldición... maldición... maldición...”

Mientras que comenzaba a colapsar mentalmente, Cecilia intentó explicarme qué fue lo que le dijo y cómo lo hizo, pero esto no me importa en lo más mínimo.

¿Acaso Luis enloqueció? No puedo simplemente aceptar que lo haga ¡no puedo!

Me levanté de la cama y comencé a dar vueltas, aunque callada por fuera, mi mente es un remolino de pensamientos, ¿ahora qué se supone que voy a hacer?

Deshacerme de la estúpida esa, ahora que el idiota de Luis está tan enamorado, ya no es una opción, sentía que lo estaba perdiendo, que ya no hay vuelta atrás.

Sigo sin escuchar a Ceci, ella cree que estoy procesando sus palabras, ya que solamente voy de un lado al otro en esta maldita y enorme habitación.

Que Luis haga lo que piensa hacer, implica muchas cosas, pero la más grave, es que el hecho de que quiera presentársela a sus papás, significa que está muy enamorado.

Lo que más me preocupa es que él no es así, cuando una mujer llama su atención, él nunca quiere presentarla a su familia. Esto va en serio y lo peor es que de seguro, ya se olvidó de mí. Respiro agitadamente, ¿por qué me hace esto?

Yo lo amo con todo mi corazón, con todo mi ser, y confío en que, si él se diera la oportunidad, me amaría también. Me duele el pecho, me duele mucho.

Pero lo que en verdad trato de procesar, es que el plan que tenía en mente, se fue al carajo en el momento en que él decidió que debía hacerse formal cualquiera que sea la cochinado que esté haciendo con ella. Es que, de tan solo imaginármelos juntos, me dan ganas de vomitar.

Lentamente voy perdiendo el control de mis ideas, lo que deseo en realidad, lo que logré en los últimos meses, todo deja de tener sentido mientras mis pasos se hacen más largos y pesados, de pronto la habitación me parece pequeña, y una sensación de asfixia ataca mis pulmones.

No me importa lo que tenga que hacer, tengo que conseguir que ella se vaya al carajo a como dé lugar, la voy a alejar de Luis, porque él solo puede ser para mí.

Me detengo en seco, dándome cuenta de que, si me sigo quejando, no voy a lograr nada, tengo que pasar a la acción.

“¿En dónde está Luis ahora?” Le pregunto a Cecilia, quien se calla de inmediato.

“No lo sé...” niega, como si no entendiera la gravedad del asunto.

Yo quiero gritar, ante su tonta respuesta, pero respiro profundo, porque en realidad no es su culpa.

“¿Cómo no vas a saber? Hablaste con él esta mañana, ¿No te dijo nada?”



“No.” Contesta, tratando de sonar sincera.

“¿Cómo estaba vestido? ¿Acaso iba para la playa?” Pregunto, apretando los dientes.

Me carcome una ira enorme ante la posibilidad de él yendo a ver a la vendedora esa.

“No lo sé, Ana. Estaba usando una bata cuando me lo dijo. ¿No me estás escuchando? Te dije que me lo encontré en el pasillo.”

Gruño. ¿Cómo es posible que no sepa dónde va a estar hoy? Estamos aquí de vacaciones ¿no? Entonces lo lógico es que él esté en la playa. Aprieto mis manos cuando caigo en cuenta de eso.

“Si quieres puedes preguntarle a Joaquín.” Agrega Cecilia, levantándose y acercándose a la cesta de dulces, para luego hablar como si nada, olvidándose del problema que tenemos entre manos. “Veamos que tenemos hoy...”

Aunque me enfureciera todavía más que ella no le prestara atención al hecho de que su hermano puede estar en estos momentos con una cualquiera, no ignoré que tenía razón. Podía preguntarle a Joaquín, él lo sabe todo aquí.

Por eso salí corriendo de la habitación, rumbo al lobby, para encontrarlo. No lo vi por ningún lado, pero yo no me detuve ahí. Pregunté por todos lados para ubicarlo, hasta que de un momento a otro me lo encontré de frente.

“Señorita Ana, que gusto verla.” Dijo.

“No tengo tiempo para eso,” lo interrumpí antes de que comenzara a decir otra cosa. “¿Sabes a donde se fue Luis?”

Pese a mi actitud grosera y soberbia, él no hizo gesto alguno más que el de pensar.

“Bueno, si no me equivoco, mandó a revisar su yate porque tenía pensado zarpar hoy, y bueno...”

“Con que se fue a la playa...” mascullé. “Seguro va a ir con la...”

Pero Joaquín me interrumpió.

“Bueno, si se refiere a la playa que ha estado yendo estos últimos días, no creo que sea posible.”

“¿Qué? ¿Por qué?”

“Porque la playa cierra los jueves, señorita.” Explicó.

La noticia me cayó como un balde de agua helada.

“¿Entonces a donde va a zarpar el yate?” Pregunté.

“Pues en el muelle, señorita. Ahí zarpan todos los yates.” Dijo, sin entender muy bien por qué le hice esa pregunta.

“Claro.” Exclamé una vez que vi mi estupidez. Me daba cuenta que este problema me estaba afectando la cabeza.

Una vez obtuve la información que necesitaba, le agradecí, me disculpé por ser tan grosera y corrí de nuevo a mi habitación, en donde me encontré a Cecilia engullendo los dulces de la cesta mientras veía televisión.

“¿En serio?” Le increpé. “¿Tú comiendo tan tranquilamente en medio de esta situación? Y ya te los acabaste todos.”

Me respondió con la boca llena de dulces.

“Bueno, ¿y qué quieres que haga? Saliste corriendo sin decirme nada, así que me sentí ofendida y por eso estoy comiéndome todo.”

“Pudiste haberme dejado unos.” Dije, viendo que aún había algunos en la cesta, pero consciente de que en realidad no me los iba a dar.

“No, no quiero.”

Me dejé caer sobre la cama para contarle de la nueva información adquirida mientras que veía al techo.

“Luis va a salir en su yate hoy.”

“Eso es bueno ¿verdad?” Me preguntó en tono despreocupado.

“No lo sé.” Dije, pasándome una mano por la cara. “Pero por lo menos sabemos qué hará hoy.”

“Sí.” Afirmó, mientras que cambiaba de canal. “¿Entonces qué vas a hacer ahora?”

“Bueno, no tengo idea, creí que se me ocurriría algo si le preguntaba a Joaquín, pero no sé qué hacer, solo sé que Luis zarpará en su yate.” Me quejé.

“¿Y entonces?” Insistió.

Alcé mi torso de la cama, sentándome por completo, algo molesta por su comportamiento.

“¿No lo sé? ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué me tiraré al agua y nadaré hasta que lo alcance?” Exclamé, con rabia.

“Pues no, porque no sé qué demonios hacer.” Agregué, dejándome caer de nuevo.

Cecilia se dio media vuelta, hasta que me tuvo de frente y me miró mientras masticaba los malditos dulces.

“Bueno, pero tampoco te veo muy concentrada en eso. ¿No teníamos un plan?” Dijo.

“¡Sí! Pero si no te has dado cuenta todavía, ese plan no significa nada si ahora piensa decirles a sus padres que está saliendo con una vendedora de playa cualquiera.” Espeté, levantándome de nuevo.

Cecilia resopló en desacuerdo y me miró, convencida de que yo estaba equivocada.

“Por el amor de dios, ¿qué te pasa ahora?” Me dijo.

“¿Qué?” Respondí, preocupada por no entender. “¿Ahora qué hice?”

Su tono de voz aumentó, y pese a que aún tenía el envoltorio del chocolate en la mano, me demostró la autoridad que siempre se me olvidaba que tenía.

Es por eso que aún sigue siendo mi amiga, porque la verdad es la única que puede tolerar mis estupideces, porque sí, reconozco que las hago.

“¿Acaso crees que eso es un impedimento para ti?”

“¿Qué? ¿El que se la presente a sus padres? ¡Pues claro que lo es! ¿Cómo no va a ser un impedimento? Si se supone que...”

“¡Ah, ya basta con eso!” Increpó, obligándome a callar.

“Se supone que esto, se supone que lo otro...” me imitó con desdén, “¿vas a seguir con eso? Ya deja de decirlo, ¿sí? No estás logrando nada lamentándote por todo.”

“Pero es que...” no tenía motivos para defenderme, ella tenía la razón, pero aun así lo intenté.

“Tengo toda la maldita semana viendo cómo tratas de convencer a Luis de que deben estar juntos, entonces aparece una simple mujer en la playa ¿y tú te das por vencida después de dos días de competencia? ¿En serio?” Me preguntó, poniendo las manos en sus caderas.

Traté de mantener la frente en alto, pese a que me estaban reprendiendo con severidad.

“Vamos Ana, levántate.” Extendió las manos para ayudarme a parar.

“Y concéntrate. ¿Realmente crees que el plan no funciona por qué le va a decir a mis papás?” Dijo, mientras me levantaba de la cama sin apartarme la mirada.

“Este... sí, eso creo.” Le contesté, suponiendo que debía decir eso.

“Pues no, estás equivocada.” Aseveró, pero yo no podía ver por qué.

La miré dudosa, lo que la llevó a decirlo de nuevo, explicándome un poco más a qué se refería.

“Aún no lo hace. Y si es por eso, no quiere decir tampoco que no consigas que se separen tan solo por eso.” Me soltó las manos, creo que me llenó de chocolate, cuando lo hizo.

“Puedes intentarlo de todos modos, hacer lo que tienes planeado sin importar qué, y lograr que se separen. Con suerte, lo conseguirás y a él se le borraré esa estúpida idea de la cabeza.” Me motivó.

Lentamente se le fue dibujando una sonrisa en el rostro que, al mismo tiempo, comencé a imitar. Estaba en lo correcto. Así que cerré los puños y dejé que el calor de la convicción me volviera a invadir.

“¡Tienes razón!” Dije, dejando que eso me convenciera. Me aparté de la cama y de Ceci, dándole la espalda, para tomar espacio.

“De hecho, no tengo por qué preocuparme tanto. De todos modos, no se los va a presentar ahora,” me di la vuelta y la miré de nuevo, flaqueando un poco.

“¿Cierto?”

“Eso es lo que quería que entendieras.” Corroboró.

Con eso fue suficiente para fortalecer mi convicción.

“Tienes razón,” repetí. “No voy a dejar que esto me detenga.”

El plan seguía siendo el mismo, lo único que cambiaba era el modo de ejecución y lo pronto que lo iba a poner en marcha.

Esa misma tarde acordamos lo que íbamos a hacer y entendimos que sin importar qué, tendríamos que hacerlo cuanto antes, para prevenir que Luis les contara algo a sus padres, aunque ellos estuvieran prácticamente del otro lado del mundo.

No importaba lo que me costase, yo los iba a separar.

Estaba segura que la relación que pretendía tener con esa mujer, no era real, no podía serlo. Muy seguramente ella estaba interesada solo en su dinero, Luis era millonario y muy guapo, encantador y caballeroso, y esa tonta vendedora se había deslumbrado por esto.

Una mujer que se dé a respetar no se mete con un hombre al que acaba de conocer, y eso es algo que Ceci pensaba también.

La peor parte es que no había logrado verlo en estos últimos tres días luego de que nos encontramos en la playa con la vendedora, lo que realmente significaba un paso atrás para mi plan.

Estaba segura que, si yo pasaba suficiente tiempo con él, recordaría que estaba realmente enamorado de mí y así me perdonaría de una vez. Después de todo, esos malditos meses que pasé en terapia no iban a ser en vano.

Sin embargo, no podía evitar pensar en que, lo que estaba haciendo era muy raro en él.

No era normal que se enviciara tan rápido con alguien, no él, el hombre que quiere tener una relación seria y sentar cabeza. Nunca ha estado con una mujer de esa forma, aparte de mí. Tal vez se está volviendo loco.

¿Quién sabe? Aunque, sin importar qué, es obvio que algo no anda bien, pero por fortuna para Luis, yo estoy aquí para arreglarlo.

“¿Verdad que ya está todo bien?” Dijo Ceci interrumpiendo mis pensamientos, algo tensa, sin moverse todavía de donde la había dejado.

La miré a los ojos, y, con la frente en alto y llena de seguridad, le afirmé.

“Sí, ahora todo está bien.”

Y con esa afirmación, mi amiga se dejó caer frente a la cesta de dulces y continuó viendo la televisión.

“Bien.” Dijo, sin agregar más nada.



NO ESTOY SEGURA cuantas veces durante este viaje he dicho que Luis es todo para mí.

Sé y entiendo perfectamente lo extraño y desesperado que eso suena, mi terapeuta me lo dijo muchísimas veces. Pero también sé que no hay manera ni modo en el que todo lo que siento por él, sea producto de una dependencia absurda e irracional con respecto a un hombre que apenas y está demostrando interés en mí.

No. Lo que siento es real, lo sé porque cada vez que me despierto añoro estar a su lado, porque cuando experimento algo increíblemente emocionante, deseo que él esté junto a mí para compartirlo.

Cuando estoy feliz, cuando estoy triste, mi cuerpo clama su presencia. Él fue mi compañero por muchos años y eso es lo que importa; el tiempo que estuvimos juntos.

¿Qué tal vez crucé la línea algunas veces? Sí, puede ser. Pero si se me va a culpar de algo, que se me culpe de amarlo.

Lo hice porque lo amo, porque me importa, y realmente me preocupaba que me fuera a dejar y yo quedara sola como la persona amargada y difícil de aceptar que soy.

Él siempre estuvo para mí y creo que no solamente lo valoré, sino que me hice adicta a él.

Comprendo que mis acciones fueron egoístas y radicales, pero, por eso intenté mejorar, porque él lo vale, porque Luis vale cada una de las cosas por las que tuve que atravesar tan solo para cambiar un poco la forma en que percibo mi entorno.

Lo hice todo por él.

Él es mi todo. Es por eso que, cuando no apareció el viernes en la tarde en el muelle, quise estallar.

Luego de planearlo mucho, se podía decir que estaba muy segura de cómo iba a resolver las cosas, pero no contaba con ese pequeño problema.

Parada en el muelle junto con Ceci, sentí que algo estaba yendo mal, que el que no hubiera llegado era una mala señal. Por otro lado, ella me dijo que tal vez quería un tiempo a solas y por eso no llegaba.

Independientemente de cuál de las dos tenía la razón, intentamos contactarlo, buscar una respuesta.

Tenía pensado poner en marcha mi plan cuando llegara al muelle, abordarlo cuando estuviera cansado y confundido para que las cosas resultaran mejor. No pude.

Luego de que intentamos contactarlo, Joaquín nos especificó que iba acompañado, lo que no solo me hizo enojar, sino que me demostró que estaba con ella.

“No se preocupen,” nos dijo, como si no fuera gran cosa. “Seguro decidió pasar la noche en el mar,” agregó. “Todos lo hacen.”

Sin embargo, siendo de noche no podíamos hacer nada, así que tuvimos que esperar al día siguiente.

Si no regresaba, tendríamos que mandarlo buscar, ya fuera para rescatarlo o para armar un drama innecesario. No me importaba. Yo iba a hacer lo que estuviera en mis manos para captar su atención, para lograr que mi plan funcionara.

“No importa.” Le dije a Ceci. “Lo haremos mañana. El día es lo de menos, lo que importa es que lo hagamos.”

Trataba de convencerme más a mí que a ella, quien realmente estaba indiferente con respecto al asunto.

Ella solamente me seguía, más no aportaba nada realmente relevante a mi plan para reconquistar a Luis, y a mí no me importaba mucho, la verdad, me bastaba con no tener que

hacer todo aquello sola.

El punto es, que la mañana del viernes, aun no aparecía su yate y eso me preocupó.

¿Qué podría significar? ¿Qué se supone que estaría haciendo?

Si es que está con la tonta esa, entonces de seguro la están pasando de lo más bien. Aunque eso no lo sabía. Por otro lado, lo que más me preocupaba era el hecho de que su ausencia estaba interfiriendo con mi plan.

Al final, con el sol dándome en la cara, y mis pies cansados de recorrer ese feo muelle arriba y abajo, entendí que me tocaba esperar, el problema, es que no soy una mujer muy paciente.

## UN PERFECTO Y HERMOSO DÍA

JULIA

**L**a noche con Luis había sido espléndida. Nos quedamos en su cuarto del hotel, dejando que el frío y el amor nos envolviera.

Aún recuerdo lo que me dijo: «quiero vender dulces contigo por siempre». Y la verdad, acordarme de eso mientras que él me está besando la espalda, es lo mejor que puede estar pasándome.

Todo, sin duda, fue increíble. Estaba en un momento de mi vida en el que, alguien tan intenso y espectacular como él, debía llegar y hacerme sentir como me lo merecía. Sí, me encanto, podría repetirlo todas las noches de mi vida.

Y justo ahora, minutos después del amanecer, Luis continúa besando mi espalda mientras con una mano me abraza, es muy lindo, la verdad.

“¿Estás despierta?” Me pregunta, luego de que uno de sus besos me obliga a retorcerme un poco, pues me hizo cosquillas.

“Desde hace rato.” Le confieso.

Él no deja de besarme, sus labios contra mi piel se sienten algo diferentes, no como si buscara otra cosa, sino cómo si me besara con adoración, cuidándome.

“Solo que quería dormir hasta más tarde.” Le explico.

“Pero, ¿hoy no tienes que ir a la playa?” Pregunto, intercalando dulces besos y caricias entre cada palabra.

“No, la playa no abre los jueves.” Le digo. “La limpian y todo eso... ¿sabes?”

“Interesante.” Dice, con su boca sobre mi piel. “Entonces no tenemos que trabajar hoy.”

La forma en que esa afirmación se escuchó, me causa risa, «no tenemos que trabajar hoy», ¿acaso estaba implicando que de verdad iba a vender dulces conmigo por siempre?

Me doy la vuelta, obligándolo a apartarse de mí, me recuesto boca arriba y, al mismo tiempo, Luis deja caer su cabeza sobre mi vientre.

“Ahora tenemos que trabajar, ¿ah?” Le digo, en tono de burla.

Él se ríe conmigo.

“Sí, bueno, creí que tendríamos que ir a buscar los dulces a tu casa, eso es todo.” Sus manos traviesas recorren la piel de mi brazo, dan una danza desde mi codo hasta mi mano derecha, ahí, juegan con mis dedos.

“¿Así que por eso me despertaste a las...” me giré para ver el reloj que habíamos tirado al piso la noche anterior y vi la hora, “...seis de la mañana?”

Luis sigue jugando con mis dedos, jala mi mano hasta que la tiene en su boca y da suaves presiones con sus labios, un momento después, siento cómo deja una mordida en mi dedo meñique.

“¿Qué estás haciendo?” Le pregunto, sonriendo a causa de la situación tan tierna que él está llevando a cabo.

“Estoy desayunando.” Dice.

Mi sonrisa crece aún más, ¿ya mencioné que me encanta este hombre? El simple roce de su boca hace que todas las cosas en mi cabeza desaparezcan, entonces se me olvida que soy una vendedora de dulces de coco, atrapada en este lugar, sin probabilidades de avanzar en la vida.

Y yo no pongo ningún tipo de resistencia en dejar que esas ideas se vayan, porque no las quiero.

Prefiero esta realidad, dónde un increíble hombre besa mis dedos cómo si en eso se le fuera la vida, dónde no existe nada fuera de esta habitación de hotel, y mi madre no está molestándome con que le ayude, dónde no existe ninguna exnovia loca de Luis.

Cierro los ojos dejándome llevar, pero me sorprende porque la boca que se entretenía con mis manos, las deja en paz, y se va más arriba, a mis labios, entonces el aliento de Luis impregna mi rostro, su boca se siente algo fría, no sé en qué momento se cepilló los dientes, pero el que lo haya hecho me parece un gesto sumamente dulce.

Sus labios comienzan a moverse más rápido, más ansiosos, sobre los míos.

Lo abrazo en automático, porque no hay mejor lugar en el mundo para poner mis brazos, que su espalda. Le sigo el ritmo con un solo pensamiento en mi mente, ¿quiere repetir lo de anoche? Todo su cuerpo me grita que sí.

Cierro los ojos y me dejo llevar.

Entonces, tan rápido cómo había empezado a besarme, se detiene. Se separa de mí mientras yo frunzo el ceño, confundida por su repentina lejanía.

Con mis ojos todavía nublados por las sensaciones, lo veo levantarse de la cama, se coloca una bata y da algunos pasos, yo no entiendo lo que está pasando.

“Hey,” llamo su atención, mi voz sale algo empañada por ser tan temprano.

“¿Qué pasó?” Le pregunto sin esconder el tono de decepción y confusión de mi voz. “Pensé que íbamos a...”

Dejo la frase en el aire, implicando lo que se supone que sigue después de que alguien te besa con la intensidad que él lo hizo.

Él me sonríe, se encoge de hombros, como quitándole importancia. Luego se acerca a mí y me da un suave beso en los labios.

“Ahora regreso.”

Y así salió de la enorme habitación, dejándome completamente sola. No supe qué significó todo eso, pensé que él quería que nosotros... ¿acaso se arrepintió de algo? ¿Es normal que después de una increíble noche él se vaya como si nada? Y

o estaba muy feliz, satisfecha después de lo que había pasado, lista para repetirlo. Pero Luis saliendo de la habitación sin decir mucho, me confundió.

¿Cómo funcionarán las cosas ahora? Llevamos tan poco tiempo de conocernos que no sé exactamente qué pensar, ojalá todo fuera tan fácil cómo cuando desperté, unos minutos atrás.

Pienso en mi madre, en cómo solo le envíe un mensaje en la madrugada para avisarle que no llegaría a dormir. No quiero revisar mi móvil.

Sé que probablemente encontraré muchas llamadas perdidas y mensajes que no estoy lista para ver, así que me concentró en otra cosa, o mejor dicho en la que se ha convertido en mi nueva persona favorita; Luis.

Me pierdo en los recuerdos de lo que hicimos, y una sonrisa boba llega a mis labios. No sé qué pensará él ahora, pero anoche me dejó bastante claro que le intereso, mucho.

La forma en que me besaba, en que me miraba, en que sus manos se deslizaban en mi piel. Me cubro la cara con la sábana, cómo una niña pequeña, sonrojada ante sus pensamientos.

Permanezco así un buen rato, trato de conciliar el sueño otra vez, pero me es imposible, porque no sé dónde está él.

Luego de pelear con mis bipolares pensamientos, entendí que tal vez se tardaría un poco, por lo que me senté en la cama y encendí el televisor, no me interesaba mucho el noticiero matutino, así que desvié mi vista a una cesta de chocolates, la cual, tras pensarlo un poco, tomé y comencé a comerme su contenido.

Unos minutos después, Luis entró a la habitación con un carrito lleno de comida y una sonrisa de oreja a oreja.

“¿Te gustan los barcos?” Preguntó, realmente entusiasmado.

Por un segundo pensé en decirle que no, que la verdad me daba un poco de terror montarme en una de esas cosas, pero, estando con él, viéndolo tan feliz, y sin saber lo que su pregunta implicaba, respondí con duda, sin saber si hacía lo correcto.

“No mucho.” Diciendo eso no había mentido.

“¿Qué tanto no te gustan?” Dijo, como si haciendo énfasis en «tanto», pudiera determinar lo mucho que no me gustaban.

“No, bueno, no quiero decir que no me gusten lo que se dice gustar.” Respondí.

“Es que, estar en el mar, sobre algo que se puede hundir, me da un poco de miedo, ¿sabes? Siento que en cualquier momento va a llegar una ola gigantesca que puede volcar el barco, o que vamos a chocar con algo y caeremos al agua.”

“¿Le tienes miedo al agua?” Preguntó, algo sorprendido, como si fuera difícil de creer.

La forma en que lo preguntó me hizo sentir un poco extraña.

“No le tengo miedo al agua, no sé cómo explicarlo, pero lo que sí me aterroriza es caer en la inmensidad del mar y perderme para siempre.” Hice un gesto raro con mi cara.

“¿Para siempre?” Me preguntó él.

“Eso es algo dramático y exagerado, ¿no crees?”

No me enojaba su comentario, sino el hecho de que creyera que algo que era tan real para mí, le pareciera exagerado. Cerré un poco mis ojos, a la defensiva.

“No estoy exagerando, así es cómo me siento.”

“¡Hum!” Masculló Luis, pensativo. Acercó más el carrito de comida a mí y se sentó a mi lado.

“Tienes razón, no quise decir eso, solo que estaba pensando en invitarte a dar un paseo en mi yate, y con lo que me acabas de decir, ya no estoy seguro de tu respuesta, pero me voy a arriesgar,” me sonrió.

“¿Quieres ir a dar un paseo en mi yate?”

No sabía qué responder a eso, en primer lugar, porque no sabía que qué tan probable era que eso pudiera pasar. Aunque, tratándose de Luis, las probabilidades aumentaban a miles.

“No lo sé, ¿de verdad tienes un yate?” Bromeé, sin creermelo todavía que realmente tuviera uno. La lógica me decía que sí, lo tenía, pero quería estar segura primero.

Traté de sonar casual, no tan interesada en la respuesta, cómo si así pudiera lograr que cambiáramos de tema a uno dónde no me invitara a subirme a un barco.

“No tengo un yate, tengo varios.” Presumió, tomando una uva de la bandeja del desayuno y comiéndosela, cómo si lo que acabara de decir no fuera lo suficientemente sorprendente. Cuando vio mi cara se rio.

Dejé caer los hombros con un suspiro, resignada, ya que no tenía caso decir el chiste que tenía pensado decir para cambiar el rumbo de la conversación que estábamos teniendo.

“¿Qué?” Exclamó riéndose, como si lo que dijo no hubiera tenido importancia y no se



justificara mi acción.

Me limité a fruncir el ceño y cruzar los brazos.

“¿No quieres acompañarme a dar un paseo en uno de los tantos yates que tengo?” Inquirió con algo de burla, llevándose comida a la boca.

“Creí que tal vez podríamos pasar un rato en el mar, comer ahí y disfrutar del sol.”

Con eso, se me vinieron a la mente todas esas escenas de las películas, programas de televisión y videos de música, en donde hay personas en el caribe sobre un yate pasándola muy bien, comiendo langostas y dando clavados en el agua.

De cierta forma me llamaba la atención hacerlo, pero, había algunas cosas que me impedían acceder tan fácil a su propuesta, una de ellas, por ejemplo, era la posibilidad de morir ahogada.

“Iríamos solo tú y yo, ¿cierto?” No sé por qué le pregunté eso, cuando el problema que me preocupaba era otro muy distinto.

“Sí, solo tú y yo...” aseguró.

“Además, no es un yate tan grande. No requiere que vayan tantas personas.”

Mientras más hablaba al respecto, más me llenaba de curiosidad, me estaba empezando a interesar subirme a un barco y pasar el día con él, pero todavía no iba a dar mi brazo a torcer.

“¿Y si pasa algo malo?” Pregunté, sin poder evitar el tono de miedo en mi voz.

En mi mente veía una escena en cámara lenta de mí resbalándome en la cubierta del yate, luego caía al mar y éste me jalaba, sin posibilidad ninguna de que alguien me rescatara, ni siquiera Luis.

Todavía ni había visto el barco y ya estaba pensando en forma muy negativa, levanté mis ojos a Luis, el color azul logró tranquilizarme un poco.

Él se rio, sin despegar su vista de mí, ese sonido me tranquilizaba también, pero no lo suficiente.

“No tiene por qué salir algo mal. No hay razón para que temas por tu vida, sería tonto y un mal augurio pensar que algo malo va a pasar.”

Pero yo seguía temiendo. Entonces él me despegó los ojos un segundo para tomar una fresa, y cómo vio que no le contesté, se giró para verme, la seriedad en mi rostro le dijo que yo no me estaba tomado el tema a la ligera, no estaba bromeando.

“Oh, parece que es en serio.” Constató. “Demonios, lo siento,” se notaba apenado, “te aseguro que no va a pasar nada malo.” Me consoló.

“¿Estás seguro?”

“No mucho, la verdad.” Su respuesta no ayudaba, en lo absoluto.

Le fulminé con la mirada, ya que en realidad no lo encontraba gracioso, pero, tras mantener su postura, me di cuenta que no estaba bromeando.

“No puedo prometerte que no va a pasar nada porque no lo sé,” continuó, “pero te prometo que haré lo posible para que, si algo llegara a pasar, lo podamos evitar a cualquier costo, haré lo necesario para que sea así.”

Pese a que no era muy alentador escuchar que, de hecho, algo podría salir mal, se las arregló para hacerme sentir bien, cuando me lo dijo, me sonrió con tanta confianza, que comencé a creerle.

Pasado un rato hablando al respecto, concluimos que no sería tan mala idea hacerlo, más que nada porque tenía el día libre y podríamos hacer una cosa diferente, para variar. Me ofreció un bocado de panqueque y la situación mejoró mucho más.

“Oye, ¿qué no habías desayunado ya?” Bromeé, recordando cómo dijo que estaba desayunando mis propios dedos, le robé el tenedor que tenía en la mano y me lo llevé a la boca

tratando de verme coqueta.

“¿O es que no quedaste satisfecho?”

“¡Hey! Eso no es justo,” se quejó, sacándome el tenedor de la boca. “Esto es... otro tipo de desayuno.” Aclaró, tratando de sonar natural.

Ambos reímos y nos dedicamos a comer y ver televisión.

Se sentía bien estar con Luis, no puedo negarlo, y ser tratada con tanto detalle por él, no solo me gustaba, sino que me hacía sentir que tal vez esta relación sí podía resultar, que no sería un romance pasajero del verano, sino el inicio de algo mucho más fuerte y más grande.



MÁS TARDE, y sin saber exactamente cómo las cosas sucedieron tan rápido, ya nos encontrábamos en el muelle con unos bolsos enormes llenos de ropa y trajes de baño, como si fuéramos a una playa al otro lado del país.

Parece que Joaquín sí se encargaba de todos los asuntos importantes de, cómo él lo llamaba, el señor Escalante, porque en muy poco tiempo consiguió ropa y otras prendas para mí.

Cuando me quejé con Luis porque no quería aceptarla, simplemente me dijo que era un gesto sin importancia, no le creí, pero cómo quería disfrutar del día, no puse más peros a la situación.

Volví a avisarle a mamá que ese día llegaría tarde, ignoré todos sus mensajes y me propuse pasar un día increíble.

Había personas subiendo comida y otras cosas al yate en el que zarparíamos. Ciertamente no era un barco tan grande si lo comparabas con uno enorme.

La parte de arriba era como un segundo piso, tenía una especie de terraza con una punta larga en la que había un jacuzzi. En la parte de atrás se podía acceder a una especie de cuarto, o eso creía, porque aún no sabía qué había adentro.

Para subir al yate accedimos por una pequeña escalera, claro que había muchas cosas más, cientos de ellas para ser exacta, pero no sé cómo nombrarlas, empezando por las direcciones, tenía muy claro que izquierda, derecha, atrás y adelante, no se llaman así en un barco.

Quise ocultar mi cara de sorpresa cuando le di mi opinión a Luis acerca de su barco, pero no lo logré.

“Sí que es grande.” Dije, con la boca algo abierta.

Cuando todo estuvo listo, nos montamos en el yate y me dispuse a explorarlo. En efecto, era grande tanto por adentro como por fuera.

Si se llegaba hasta abajo, se encontraba un baño, una recámara y un mini bar con una cocina pequeña en donde cualquiera podría preparar una buena comida.

Arriba estaba el lugar en donde se manejaba todo, y la terraza que había visto desde afuera. Había salvavidas, almohadas, sofás y un gran televisor. Creo que tenía de todo para ser más que un simple yate, cómo Luis lo hacía sonar.

“¿Te gusta mi barco?” Preguntó, cuando terminé de hacer el recorrido.

“Pues sí, la verdad es muy bonito.” Dije. Un poco nerviosa por el hecho de que iba a poner en marcha el motor.

Él pareció notarlo, así que me tomó por la cintura, me besó, y con una gran sonrisa me habló.

“Tranquila, todo va a salir bien.” Me dio otro beso y me soltó. “Siéntate ahí, todo va a estar bien.”

Detrás de nosotros había unos asientos de cuero blanco. Me senté ahí y comencé a ver a los lados mientras que él encendía el motor.

El ruido de la enorme máquina hizo que me sobresaltara un poco, pero cuando vi a Luis, él parecía muy tranquilo con la mano en el timón, ¿o era un volante? No lo sé, no mentía cuando

dije que no estaba familiarizada con los términos de altamar.

El punto es, que me di cuenta que el magnífico hombre que tenía enfrente, tenía pleno control del yate, cualquier cosa que pasara a partir de aquí, cualquier dirección que tomáramos, dependían de él.

Comencé a sentirme mejor luego de un rato, la sensación de mareo y vértigo que me daba con el movimiento de las olas contra el barco, disminuyó considerablemente.

No tenía miedo, porque confiaba en Luis.

Superé mi miedo de que algo malo pudiera pasar, comencé a sonreír y desplazarme por el barco, admirando el paisaje.

Luego de una hora manejando, me dio hambre y bajé hasta la cocina, en donde había mucha comida, no tenía duda de que cualquier cosa que se me pudiera antojar, la encontraría ahí.

“¿Quieres algo?” Pregunté por el micrófono que conectaba esa parte del barco con el área del capitán.

“Sí, tráeme algo de beber, por favor.”

Cuando por fin nos detuvimos, en medio del mar, todo mejoró.

No sabía dónde estábamos, solo sabía que no importaba hacia donde mirara, lo único que podía ver, era agua, sol y unas formaciones rocosas que me recordaban a algunos comerciales que había visto en la televisión, unos dónde te venden algo muy caro.

El paisaje era muy lindo, la verdad, no cabía duda de que había sido una buena idea ir hasta allá.

“Se supone que por esta parte podremos nadar con calma” Dijo Luis. “La corriente aquí es muy tranquila.”

“Eso es bueno, creo.” Que lo dijera de esa forma, me dio un poco de miedo. “¿Y cómo por qué podemos nadar «con calma»?” Agregué, dibujando unas comillas en el aire con los dedos.

“Bueno, porque aquí estamos cerca de aquellos riscos, y porque el agua es clara, no hay nada peligroso, y un poco más allá, hay una hermosa cueva, si vamos, verás cómo parece una playa con un techo en forma de rocas gigantes.” Me explicó, mientras bajábamos al primer piso del yate.

“Entonces, lo que estás diciendo, es que estamos solos aquí...”

“Eso espero.” Respondió, sonriéndome.

“Entonces,” dije, acercándome al borde del yate, “podemos andar libremente por aquí ¿cierto?”

Tomé el pareo que tenía anudado a la cintura y me lo quité, dejé que se resbalara al suelo mientras lucía el pequeño traje de baño que estaba usando, le di la espalda a Luis y con una sonrisa traviesa lo miré, por encima de mi hombro.

Caminé lentamente hasta el jacuzzi que había al frente del barco.

“No, no importa.” Afirmó emocionado, mientras que se acercaba corriendo para meterse conmigo.

Disfruté mucho del día. Nos bañamos, nos besamos, hablamos y miramos al horizonte. Todo era encantador, me atrevería a decir que era perfecto.

El lugar era mágico, me encantaba lo tranquilo y callado que era. Pero lo que hacía mejor ese día, era el único y sutil sonido que se escuchaba; la voz de Luis, acompañando la melodía que salía del estéreo del yate.

Ese día me entregué a Luis de todas las formas posibles, mi mente, mi cuerpo y mis pensamientos se dedicaron a él por completo.

Yo ni siquiera sabía que eso fuera posible, nunca en mi vida había sentido todas las

emociones que él me hacía sentir. Por eso aproveché cada minuto a su lado, cada mirada y sonrisa, cada abrazo, cada mínimo roce que compartíamos, estaba segura de que su recuerdo se quedaría conmigo para siempre.

Por un minuto llegué a olvidar que nos encontrábamos solos, en el medio de la nada y sin ningún tipo de comunicación. Pero, las cosas buenas a veces tienen que acabar.

Cuando habíamos acordado que era tiempo de volver, Luis me hizo un comentario con actitud seria.

“El motor no quiere encender.”

Primero, creí que estaba bromeando.

Yo estaba en la recámara secándome el cabello luego de darme una ducha y él apareció de repente, diciéndome que el yate no arrancaba.

Mi primer impulso fue reírme, porque, la verdad, era un buen material para una broma grandiosa, sin embargo, creo que me dejé llevar demasiado por la nueva confianza que había adquirido en ese viaje.

“Muy gracioso.” Le dije y me reí sarcásticamente sin dejar de hacer lo mío.

Tenía la cabeza cubierta por la toalla, así que aún no habíamos establecido contacto visual, por lo que asumí que su tono serio y preocupado, era simplemente una buena actuación. Pero su papel no terminó ahí.

“Es en serio, Julia, el motor no quiere encender.”

Que lo repitiese en un tono mucho más preocupante, dejó de parecerme divertido.

La broma se estaba haciendo amarga y cruel, no sabía si Luis era de las personas que tenían un humor retorcido, porque no era correcto que bromeara así con una persona que acababa de superar su miedo a la posibilidad de naufragar y morir ahogada.

Levanté la mirada, convencida de decirle que se detuviera con ese juego. Nuestras miradas se encontraron y yo me percaté de que en realidad no estaba bromeando.

“No podemos irnos de aquí.” Repitió. Mi mundo se detuvo y la mirada se me nubló.

A partir de ahí, el hermoso y perfecto día que estábamos teniendo, se convirtió en uno horrible, dónde literalmente, todo comenzó a salir mal.

## A LA DERIVA

LUIS

**D**urante la primera mitad del día las cosas estuvieron marchando de maravilla. Para ser honesto, no sabía que podía divertirme tanto con alguien, pero sin importar eso, lo hice.

Estaba encantado, fascinado por la forma en que Julia se comportaba, ella me hacía sonreír y disfrutar de la vida.

Con tan solo verla y estar a su lado, sentía que las cosas irían de bien a mejor, que nada me faltaría, que mi mundo estaría completo si ella aceptaba quedarse conmigo.

Esa sensación que ella me causaba, la había experimentado desde la mañana de ese día, cuando me desperté para besarle la espalda.

Yo estaba decidido a hacer las cosas formales con Julia, las cosas que me hacía sentir eran demasiado fuertes, y no era sano ni bueno estar con alguien y no demostrarle que lo que se siente por ella es real.

Salí de la habitación a buscar el desayuno y me encontré con mi hermana, quien, por alguna razón, en esa bonita mañana, me pareció más agradable que los días anteriores. Todo me parecía mejor y más bello a causa de la hermosa mujer que me esperaba en mi habitación.

Mi nuevo curso de acción era llevar las cosas al siguiente nivel con ella, por lo que de inmediato se lo hice saber a Ceci.

Tenía que contarles a mis padres que estaba saliendo con una persona nueva, que ella era especial y que me llenaba, pero más que nada, debía pedirle a Julia que me permitiese hacerlo real.

Yo no era una persona romántica, pero de algún modo quería pedírselo de una forma especial.

Mientras que mi hermana y yo caminábamos al elevador para bajar al bufete del restaurante, le estuve diciendo lo que tenía pensado hacer.

No sabía exactamente en donde podría ser especial, pero no importaban los detalles, sino el hecho de que estaba preparándome para aceptar algo nuevo en mi vida.

Luego de que cada quien obtuvo la comida que quería, Ceci y yo nos separamos, llevé el carrito de comida a mi habitación, mientras continuaba pensando en mi plan.

Justo antes de abrir la puerta, se me ocurrió hacerlo en el mar, porque, después de todo, nos conocimos en la playa.

¿Qué mejor lugar para hacer una metáfora de mis sentimientos, que cruzando el mar junto a Julia, yendo rumbo al horizonte? En mi cabeza sonaba bien.

Sí, tuve que convencerla mucho para que aceptara, pero por fin lo logré.

Cuando llegamos al yate y zarpamos, nos divertimos mucho, el día iba de maravilla.

Estábamos disfrutando al máximo todo hasta que, justo cuando iba a encender el motor para irnos, todo empezó a salir mal.

“El motor no quiere encender.” Le di la mala noticia.

Primero creyó que estaba bromeando, es normal, estuvimos bromeando todo el día, así que se lo volví a decir. Tardó unos segundos en creerme, pero una vez lo hizo, las cosas cambiaron por completo.

“¿Cómo que no enciende?” Exclamó histérica.

Enloqueció realmente rápido, no creí que una persona pudiera ponerse así en menos de dos segundos.

“Julia, Julia mi amor, tranquila.” Traté de acercarme a ella para calmarla, pero no funcionó, creo que empeoré las cosas.

“¡No! Tranquila nada. ¡No!” Gritó, moviéndose como si las paredes se estuvieran cerrando a su alrededor. “¡Tengo que salir de aquí! ¡Tengo que irme!”

Enloquecida, me empujó del medio y salió corriendo hasta la cubierta. No pude detenerla, así que simplemente fui tras ella.

Cuando subí, la encontré en la proa viendo a su alrededor como si no hubiera forma alguna de salir de ahí. Estaba tensa, nerviosa, se notaba que tenía miedo y que lo que me dijo en el cuarto era real, de verdad se quería ir de allí.

“Julia, ¿estás bien?” Fatal error preguntarle eso.

“¡¿Qué si estoy bien?! ¿En serio?” Se giró para increparme.

“¡No Luis, no estoy nada bien! ¡Estamos perdidos en el maldito medio de la nada! ¡Joder!”

De repente, ella dio un paso en falso, manteniendo el equilibrio, cómo si el yate se hubiera movido, creo que eso fue producto de los mismos nervios que la estaban controlando, porque yo estaba seguro de que el barco no se había movido ni un centímetro.

“¿Qué fue eso?” Preguntó aterrada. “¿Por qué se movió? ¿Nos vamos a hundir?”

Es realmente difícil estar en este tipo de situaciones, más que nada porque no se sabe cómo comportarse o qué decir.

Quería poder ayudarla, darle todo mi apoyo, pero ella continuaba rechazándome y dejándose llevar por sus miedos y nervios. Estaba llegado a su límite.

Traté de mantener la compostura, en serio, pero no podía soportar verla gritando, maldiciendo o actuando como una loca. Entonces, fue ahí cuando me pareció estar viendo a la misma Ana en persona.

Mi frustración me traicionó y me dejé llevar, como ella.

“¡Por el amor de dios! ¡Cálmate, carajo!” Pero en vez de mejorar la situación, mi grito la arrastró más al desastre.

“¿Qué demonios, Luis? ¡No, no puedo calmarme! ¿Acaso no lo ves? ¿No ves que estamos perdidos? ¡Nos vamos a morir!” Me miró, tratando de moverse con cuidado por miedo a caerse.

“Joder, Julia, no nos vamos a morir, por dios. ¡Compórtate!” Grité, furioso.

“¿Qué me comporte? ¿En serio? ¿Qué demonios te sucede? ¿Acaso eres imbécil? Estamos perdidos, Luis, ¡perdidos! No podemos salir de aquí ¿no te das cuenta? ¿Cómo carajos quieres que me calme? ¡No puedo!” Exclamó, llevando sus manos a su cabeza.

Como pudo, caminó por el costado del yate sin soltarse de la baranda, exageró cada uno de sus movimientos tal cual se fuera a caer. Era un total desastre.

“Con un demonio, Julia, que no te vas a caer.” Le dije de una mala manera, me estaba molestando mucho verla exagerando la situación.

“¡Cállate, Luis! ¡Cállate!” Respondió histérica, sin dejar de moverse hasta la popa, quería llegar al interior del yate.

Me estaba cansando, no podía lidiar con eso, todo lo que intentaba decirle terminaba en

fracaso o en ella portándose más como una loca.

No podía, es que no podía. Sus palabras eran irracionales al igual que su comportamiento. No dejaba de maldecir, de gritar y decir que nos íbamos a morir mientras yo intentaba decirle que no era así.

Necesitaba hacer que parara y se tranquilizara, para poder explicarle. ¿Por qué era tan difícil hablar con ella?

“Ana, por el amor de cristo, deja la estupidez y mírame.”

No medí ninguna de mis palabras, pero ella sí.

Se detuvo en seco, como si hubiera pisado una trampa, se giró lentamente aguantando la respiración, por un momento pensé que iba a explotar, cómo una bomba, y cuando conectó sus ojos con los míos, me gritó furiosa, sin soltarse de la baranda.

“¿Cómo carajos me llamaste?”

Me quedé mudo y aturdido, pasmado ante el nombre que salió de mi boca. Cuando recapacité en lo que había hecho, supe que ese era el peor error que pude cometer con Julia. No fui capaz de decir nada.

“Te pregunté qué, ¿cómo carajos me llamaste, Luis.” Repitió.

“Yo...” traté de explicarle, pero ¿qué le iba a decir? No se me ocurría cómo salvar la situación.

“¿Me estás comparando con esa? ¿De verdad?” Sus ojos me dieron miedo, no había cordura en ellos, su voz aumentó tanto de tono que creí que iba a quedarse muda.

“¿Me estás diciendo loca? ¿Te recuerdo a tu maldita exnovia? ¿Ah? ¿Dime?”

Con los últimos gritos se soltó de la baranda. De repente, se le olvidó que tenía miedo al mar, al yate y a todo. Caminó hasta donde estaba yo sin ningún problema. Se detuvo justo en frente de mí.

“Respóndeme Luis. ¿Qué carajo quisiste decir con eso?”

Lo peor fue que no me di cuenta que la llamé así sino hasta después de que lo hice. Una locura. Sí, no debí hacerlo, de hecho, ni siquiera debí haberla comparado con Ana.

Mi exnovia es una mujer que tiene ciertos problemas de seguridad y autoestima, que se comporta de forma errática y no medita la gravedad de sus acciones. Julia no es así. Ella estaba aterrada, tenía una crisis nerviosa a causa de un evento traumático. ¿Cómo pude ser capaz de compararla?

“Julia, yo no quise...” vacilé.

“¿No quisiste qué?” Me estaba amenazando con su mirada. “¿No quisiste decirlo? ¿No quisiste llamarme como la estúpida loca de tu exnovia? ¿No quisiste llamarme loca? ¿Es eso lo que intentas decir?”

¿Qué podía responder a eso, sin que sonara ofensivo?

“No, Julia, yo...”

“¿Qué! ¿Acaso ahora no piensas que estoy loca? Pero lo pensaste, ¿verdad? Pensaste que estaba loca porque me llamaste como tu ex, ¿cierto?” Exclamó, acercándose más y más a mí, obligándome a retroceder.

Yo la veía desde arriba pero aun así no dejaba de ser amenazante.

“Julia, es que... yo...”

“Pero me dijiste Ana, ¿cierto?”

“Este... yo...”

“¡Responde!” Cada vez estábamos más cerca del borde, literal y figurativamente.

“Julia, yo no...” hice lo que pude para evitar afirmarlo, si dábamos un paso más, los dos

caeríamos al agua.

“Eso quiere decir que crees que soy ella, crees que me estoy portando como ella, ¿¡cierto!?”

“Julia, de verdad lo siento, no fue mi intención.”

“No fue tu intención, dices que no fue tu maldita intención...” me enterró el dedo en el pecho y se acercó más, hasta que no pudo seguir haciéndolo.

Cuando me di cuenta, estaba cayendo al agua.

Todo sucedió tan rápido, tan de repente, que no procesé el grito que ella dio, solo sentí cómo me hundí en el agua, al principio no supe que había pasado, pero cuando saqué mi cabeza del mar, oí su voz.

“Luis... no...” dijo ella, pero su tono de voz cambió; ya no estaba histérica, molesta, o asustada por estar en la deriva, ahora estaba preocupada.

“¿Qué te sucede? ¿¡Acaso estás...!?” Vacilé, luego de darme cuenta lo que estaba a punto de decir.

No podía llamarla loca, no, eso es una ofensa que no quería hacerle. Pero yo estaba furioso.

“Maldición...”

Nadé rodeando el yate hasta la popa para poder subirme, mientras que farfullaba molesto.

Julia me siguió durante todo el trayecto, tratando de disculparse, de encontrarle un sentido a lo que acababa de pasar.

Cuando logré subir, la tenía al frente. No supe qué decirle, la verdad ya no tenía madera para soportarlo.

“Luis, lo siento, yo...” ella trató de disculparse otra vez.

De hecho, sí traté de decirle algo, pero cuando abrí la boca, me detuve, respiré profundo haciendo bastante ruido y entré al yate.

Me encerré en la recámara y no dije más nada. No salí de ahí como por dos horas.

Pensé mucho las cosas, tardé mucho en poder calmarme, pero necesitaba comprender lo que había pasado, tanto Julia, cómo yo habíamos cometido errores, yo lo había empeorado todo, en mi afán de arreglarlo.

Mi mente iba a mil por hora, me llegaban muchas ideas al mismo tiempo. Las cosas se salieron de control, y no supimos qué hacer.

La peor parte es que prácticamente me lanzó del yate, y eso era un arranque de locura, implicaba muchas cosas, pero la de mayor gravedad era si debía reconsiderar mi plan de estar con ella.

¿Y si me había equivocado? Me sentí mal de pensar que quizá Julia terminaría siendo exactamente igual que Ana.

Ese era un problema que no quería más.

Yo dejé a Ana porque no pude soportar sus arranques de locura, porque no tenía la suficiente estabilidad emocional ni mental como para mantener una relación. Pero justo cuando creí que todo marchaba bien, me encuentro con Julia y me permito enamorarme de ella en tan poco tiempo, como si no tuviera control de mis sentimientos.

¿Acaso me dejé llevar? ¿Estoy atravesando por una especie de crisis de mediana edad en dónde estoy desesperado por amor?

En silencio, solo, y sin ver el panorama completo de la situación, no pude concluir otra cosa, me había equivocado. Fue ahí cuando entendí que, en definitiva, lo mío con Julia no iba a funcionar.



**TAL VEZ, NO FUNCIONE JAMÁS**

JULIA

**E**n el momento en que vi a Luis cayendo del yate, desapareció por completo todo eso que creí que estaba sintiendo.

La verdad, no sé por qué me dejé llevar de esa forma, no por lo de asustarme por morir en el mar, sino por lo que me dijo de Ana. Sí, me hizo sentir un poco ofendida, pero no era para tanto, no como para intentar tirarlo por la borda.

“Luis... no...” traté de decir cuando se hundió en el agua.

Fue la escena más horrible que había visto.

Nunca me había sentido tan mal por algo que había hecho en mi vida como lo hice ese día. Fue aterrador, creí que se había golpeado o algo peor.

Cuando lo vi saliendo del agua, respiré aliviada, pero solo un poco.

“¿Qué te sucede? ¿¡Acaso estás...!?” Gritó, tratando de mantenerse a flote.

Yo intenté disculparme, en serio. Pero el mal ya estaba hecho. Cuando se subió al yate, luego de nadar alrededor del mismo, se detuvo en frente de mi e intentó decir algo. Estaba furioso, nunca pensé que lo vería así.

No parecía una persona sensata, ni alguien con quien se pudiera razonar. De cierta forma, me recordó a mi madre molesta, y eso que ni siquiera había dicho o hecho otra cosa.

Sí, durante nuestra discusión estuvo un poco ofensivo y agresivo.

En sus ojos se veía que no tenía filtro, que le faltaba tan solo un poco para quebrar de la furia y cometer una locura. Eso me preocupó una vez que lo vi en retrospectiva porque, mientras sucedía, yo estaba prácticamente igual, a un paso de explotar.

Dijimos muchas cosas, cada vez peores que las anteriores, y eso era un gran problema, porque no nos importó herirnos. Y el verlo ahí, mojado, furioso, incapaz de hablar, porque tal vez sabía que lo que estaba a punto de decir no iba a ser nada bueno, fue lo que me hizo dudar.

¿En serio estaba pensando salir con él? ¿En serio me estaba enamorando de ese sujeto?

No tenía ni una semana de haberlo conocido y ya pensaba que era el hombre correcto. Pero todo eso se marchitó cuando lo vi así de furioso. Mi madre se suele molestar así, y ella solía pelear con mi padre de esa forma. ¿Acaso estoy repitiendo el ciclo?

Luis se apartó, caminó hasta el interior del yate y se encerró en la recámara. Yo lo seguí, creyendo que era lo más apropiado, pero cuando llegué, no pude entrar.

Luego de eso, sentada al lado de la puerta, sobre un pequeño sofá frente del televisor, comencé a pensar que tal vez estaba equivocada, que todo lo que hicimos hasta ahora había sido enamorarnos de una mentira.

Era imposible que dos personas que se acababan de conocer se enamoraran tanto como nosotros creímos que lo estábamos. No... eso solo sucedía en las películas.

Yo no conocía a Luis, no sabía casi nada de él, de su personalidad. Y verlo por primera vez molesto, de verdad que arruinó todo lo que me gustaba de él.

En ese instante, a punto de quedarme dormida, me percaté de que, tal vez todo eso había sido un error.

Tal vez, lo mío con Luis no iba a funcionar jamás.

**SOLAMENTE QUIERO VERLO FELIZ**

CECILIA

**D**esde el momento en que Luis me dijo que Julia — la chica de la playa—, era realmente esplendida, me dio la impresión de que tal vez estaba dejándose llevar demasiado por una ilusión.

Él no era así, mi hermano es un hombre recto, que juega bajo las reglas, un poco tradicional y que sabe lo que quiere, pero esto que intenta tener con esa mujer que acaba de conocer, no es normal.

Era claro que yo no quería defraudarlo y romper nuestro trato de confidencialidad de hermanos.

Esa especie de pacto absurdo que los dos acordamos en silencio, nunca nos delatamos y jamás juzgábamos al otro.

Creo que ese mismo modo de hacer las cosas es el que pongo en práctica para mantener mi amistad con Ana. Sí, ella es un poco inestable, pero eso no es su culpa, ha intentado darle una solución a eso y yo se lo respeto.

Pero en el momento en que Luis se confesó ante mí, me dio cierto conflicto de dualidad.

No podía dejar que Ana no se enterara de lo que estaba pasando, pero tampoco podía romper nuestro código de hermanos. Sin embargo, me decidí por mi mejor amiga. Decírselo tal vez fue un error.

Puede que, tal vez, ella también se está dejando llevar, pero como ya dije, no juzgo. Luis y Ana han tenido un camino rocoso para llegar hasta donde están ahora, ambos son dos personas realmente buenas, quieren, aman, se divierten, son amables y demás.

Cuando se juntaron, todo me pareció extremadamente agradable, ellos parecían estar destinados a compartir una vida juntos, pero luego todo se echó a perder.

Una cosa llevó a la otra, y la desestabilidad de Ana los condujo al desastre.

Yo la perdoné, porque después de todo, a mí no me afectaron sus arranques de celos, pero Luis nunca la pudo perdonar, aunque algo me dice que, si lo intentara, podría hacerlo.

Es por eso que la he estado ayudando, que he dado todo lo que puedo para ofrecerle mi apoyo incondicional. Le he dicho qué puede hacer y cómo hacerlo, porque total, lo que ella quiere es regresar con Luis.

¿Y mi hermano? No le puedo decir que he estado colaborado en su contra, además, no es como que esté planeando hacerle algo malo, solamente estoy ayudando a mi amiga.

Aunque, de todos modos, me preocupa la forma en que está llevando todo esto.

¿Cómo se le ocurre querer decirles a nuestros padres sobre su pequeña aventura? ¿Está loco? Sí, sé que él puede salir con quien le dé la gana y mis padres no tienen cabida en ello, pero, como ya dije, él es un poco tradicional, y presentársela a mis padres es llevarlo a otro nivel.

Eso quiere decir que lo que piensa que tiene con ella realmente es serio. No puedo permitirselo, él no está pensando bien, ni actuando con lógica.

Julia puede ser una chica estupenda, buena persona, atractiva... no sé, pero con eso no basta para ganarse el corazón de Luis de la noche a la mañana.

El plan que teníamos para separarlos era sencillo, solo debíamos hacerle creer a ella que Luis aún estaba enamorado de Ana.

¿Cómo lo íbamos a hacer? Demostrádoselo.

No podíamos simplemente llegar a ella y abordarla diciéndole como dos histéricas que él no la amaba, que mi hermano solo estaba jugando con sus sentimientos. No, teníamos que hacérselo ver.

Pero Luis no es así, entonces ¿qué vamos a hacer? Pues, en función para engañarla a ella, tenemos que engañarlo a él. Seguro, después lo entenderá.

El asunto es que espero que lo que esté planeando Ana no sea demasiado radical.

Después, cuando mi amiga y mi hermano se estén tomando de la mano como las personas que se aman en realidad, Luis me perdonará, porque por fin entenderá que lo que necesita en su vida es a Ana.

Yo solamente quiero verlo feliz.

## ¿QUÉ ES LO QUE QUIERES?

LUIS

**C**uando pensé mejor las cosas, me di cuenta que todo empezó al momento de darle la mala noticia.

Es decir, pude haberle dicho solamente que nos habíamos quedado sin combustible porque estúpidamente dejé el bidón de repuesto en el muelle, y que eso se podía resolver. Pero no, tuve que abordarlo de la peor forma.

Claro está, luego de eso, gritarle cuando estaba atravesando una crisis nerviosa y, para variar, llamarla después Ana, tampoco fue una buena forma de manejar la situación. En realidad, todas y cada una de las cosas que le dije estuvieron mal. Realmente muy mal. Muy mal.

Dos horas pasé encerrado en la recámara, interiorizando muchas cosas. Desde el hecho de que tal vez no estábamos destinados a ser, como el de que todo lo que pasó fue simplemente una discusión cualquiera, nada de lo que preocuparme y que, después de todo, lo pudimos haber evitado.

Fue un poco estúpido de mi parte pensar que la forma en que reaccionó Julia, era muy parecida a cómo solía comportarse Ana, que eso significaba que era irracional, que era una loca. Pero tuve que pasar dos horas a solas para entender que estaba equivocado, y que tal vez exageré la situación.

Cuando entendí eso, decidí salir de la recámara para ir a buscar a Julia y pedirle disculpas. De hecho, justo antes de abrir la puerta, me invadió el rotundo hecho de que tal vez haberla dejado sola por dos horas luego de atravesar por una crisis nerviosa tampoco fue una buena jugada de mi parte. Así que, consciente de mi error, abrí la puerta con prisa para ir directo a buscarla.

Al salir, me topé con ella descansado sobre el sofá. Primero, creí que se había desmayado, por lo que me acerqué para revisarla, pero justo cuando iba a darle una sutil bofetada para despertarla, ella movió su nariz de una forma muy adorable, demostrándome que en realidad estaba durmiendo.

Por poco la despierto golpeándole la cara, definitivamente no estaba tomando las mejores decisiones en este viaje. Así que decidí dejarla descansando, tal vez estaba muy agotada por lo que hicimos en el día, así que tampoco la iba a despertar para pedirle disculpas. Tal vez podría resolverlo con comida.

Fue por eso que fui hasta la cocina del yate y comencé a preparar dos emparedados con un batido de chocolate.

Estaba seguro que tal vez eso serviría como cena ya que, después de ver la hora, me percaté que estábamos pisando las siete de la noche. Se estaba haciendo tarde.

“Así que nos vamos a quedar aquí esta noche.” Dije, mientras preparaba lo que sería nuestra cena.

A esa hora nadie saldría a buscarnos, pero aun así, hice una llamada para informar de nuestra situación.

Como esperaba, el combustible llegaría hasta el día siguiente. Eso estaba bien, porque tampoco había urgencia alguna por irnos de ahí, bueno, por lo menos no para mí. Aunque, mientras que Julia esté dormida, tampoco creo que quiera irse muy pronto.

Luego de que preparé los emparedados y las bebidas, me dirigí al sofá, tratando de hacer la menor cantidad de ruido posible y me senté en frente de ella. Una vez ahí, comencé a hacer sutiles ruidos para despertarla.

Al cabo de unos cuantos intentos, lo había logrado.

“¿Luis?” Preguntó, víctima de la confusión después de despertar.

Lentamente se fue enderezando en el sofá, hasta que por fin se sentó, dándome espacio para sentarme a su lado. Tomé su plato, el mío y me acomodé en el cojín. Aclaré mi garganta.

“¿Tienes hambre?”

Acto seguido, su estómago sonó. Fue curioso la sincronía que hubo entre una cosa y la otra, lo que me ayudo enormemente porque le sacó una sonrisa, algo que no había visto en algunas horas, pero que se sentían cómo años.

“Sí, creo que sí.” Dijo, acompañada de una sutil risita.

Le entregué el plato y ella me agradeció.

Creo que aún no se acordaba de lo que había pasado más temprano, ni siquiera del hecho de que estábamos varados en el medio de la nada, tal cual ella había dicho.

El problema era que, aunque me gustaba que no estuviéramos peleando, tenía que disculparme.

“Lo siento.” le dije.

Ella levantó la mirada, mientras que sostenía el emparedado justo en frente de su boca. Bajé mis ojos de inmediato.

Creo que le arruiné la cena, traté de no verla, estaba realmente apenado, así que mantuve mis ojos fijos en el suelo. Esperaba que ella me dijera un no, un sí, o lo que sea.

Pero no me esperaba el pesado silencio que mis palabras crearon entre nosotros. La noche era muy tranquila en medio del mar, no teníamos el ruido de las calles, de las personas ni de todo lo demás. Era un poco incómodo.

De repente, escuché cómo la corteza tostada del pan, junto con la lechuga, se rompía.

Cuando me giré, ahí estaba ella, mordiendo el emparedado sin apartar la mirada de mí, lenta y pausadamente.

No supe cómo reaccionar.

¿Acaso no estaba molesta? ¿Acaso no había atravesado una crisis nerviosa?

Pero no apartó su mirada de mí en ningún momento, ni siquiera pestañeó. Solo se apartó el emparedado de la boca, y comenzó a masticarlo de la misma forma, lenta y pausadamente.

Yo estaba tieso, quería decir algo, preguntarle si me perdonaba o no. Ella actuaba de una forma tan natural que me parecía algo extraño. No parecía importarles lo que acababa de decir.

“Yo... siento haberme portado como un idiota.” Dije, con la esperanza de que así pudiera responderme.

Sin embargo, ella continuó masticando hasta que terminó ese bocado. Después, suspiró y dejó caer los hombros. Justo en ese momento apartó la mirada, lo que me liberó un poco de la tensión que estaba sintiendo.

“No tienes por qué hacerlo.” Dijo ella.

Definitivamente no me esperaba eso.

“¿Cómo... dices?”

Ella se acomodó en el sofá, sentándose bien y mirando al frente.

“Sé que actué cómo si hubiera perdido la razón cuando me dijiste lo del motor y yo...” comenzó a explicarme.

“Pero eso fue mi culpa,” la interrumpí. “No debí habértelo dicho así, había otras formas de...” pero ella me detuvo.

“No, Luis. Sé que pude haber respondido de otra forma, pero me dejé llevar, eso es todo.”

“Pero no es tu culpa.” Agregué. “Atravesaste una crisis nerviosa, eso le pasa a cualquiera.”

“Sí, hasta a tu exnovia.” Insinuó, lo que me hizo callar de repente.

No sabía cómo responder a eso. Tal vez debí haber dicho algo, mirarla de frente y decirle que en realidad no fue por eso que lo dije, que no lo tomara en serio, pero ella se me adelantó.

“Sé que no querías hacerlo.” Agregó. “Pero creo que tenías razón.”

“¿En qué?” No sabía qué quería decir con eso.

“En que tal vez, sí me estaba comportando como una loca.” Se giró con apremio para mirarme.

“Y antes de que digas algo, no, el estar temiendo por mi vida no justifica lo que hice.” Bajó la mirada, apartándola de mí.

“Lo estuve pensando mucho todo este rato.”

Casualmente, yo también.

“Bueno, la verdad es que...”

Pero Julia parecía decidida a no dejarme hablar.

“Solo digo que yo no me comporté bien, pero, estaba pensando que, tal vez deberíamos pensar mejor lo que intentamos hacer aquí...” continuó, pero esta vez yo la interrumpí.

“¿Qué intentas decir?”

“Bueno, como hemos estado llevando muy rápido todo esto, creí que debíamos tratar de llevarlo con calma. Tal vez estamos aturdiéndonos con una cosa tras otra y por eso terminamos así... ¿sabes?” explicó.

Me hizo sentir un poco mal que ella dijera eso, ninguno quería que las cosas salieran mal, pero no la culpo, yo también pensé en lo mismo.

“Entonces, estás diciendo que...”

“Sí, que deberíamos...”

“¿Dejar de vernos?”

Nos interrumpimos mutuamente y eso nos condujo a otro momento de silencio incómodo. Desde el fondo de mi ser deseaba acabar con la incomodidad que nos hacíamos sentir el uno al otro, pero no se me ocurría cómo.

“Tal vez sea lo más sensato.” Agregó ella.

“No lo sé,” intervine. “¿Por qué piensas que debemos hacerlo?” Necesitaba buenas razones para creerlo.

“Porque la verdad, no nos conocemos, y porque lo que acabamos de hacer es un poco extremo. Tal vez necesitamos darnos un poco de tiempo para poder saber qué es lo que queremos y...”

“¿Qué es lo que quieres tú?” La interrumpí, buscando su mirada.

“Quiero...” vaciló. “Quiero conocerte mejor. Creer que todo esto vale la pena y que no estoy repitiendo los mismos errores que mi mamá.”

Ella levantó la mirada, y me preguntó lo mismo.

“¿Qué quieres tú?”

“Yo quiero lo mismo.” Aseveré. “También quiero conocerte. Estar seguro de que no estoy apresurándome sino aprovechando mis oportunidades.”

“¿Qué hacemos entonces?” Preguntó.

Su pregunta me hizo pensarlo un poco, no importaba lo que fuéramos a hacer si no poníamos todas nuestras cartas sobre la mesa. Si el problema era que estábamos yendo muy rápido, primero teníamos que definir lo que eso significaba.

¿Qué no nos conocíamos? Entonces debíamos empezar por ahí.

“Conozcámonos...” propuse, sonriéndole para que viera que todo se podía resolver.

Y eso hicimos, mientras comíamos, fuimos abriéndonos el uno con el otro.

Hablamos de nuestros defectos, de nuestras virtudes, de todo lo que creíamos que nos iba a perjudicar en la vida y de las cosas que sabíamos que nos hacían buenas personas.

Le dije todo lo que pude de mí porque sabía que no podía haber ningún secreto entre los dos. Ella hizo exactamente lo mismo.

Nos disculpamos por nuestras acciones de ese mismo día, sin intentar justificarnos ni buscar una forma de enmendarlo, solamente reconociendo que habíamos errado y que, en definitiva, todo lo que hicimos durante aquella discusión, había sido algo erróneo. Y los dos estuvimos de acuerdo en eso.

Tuvimos una larga conversación que yo no esperaba tener en aquel viaje. Al final, éramos dos personas que se conocían mejor que nadie, aquella abertura había sido la mejor idea que pudimos haber tenido.

El tiempo que pasé escuchándola, y ella a mí, se había convertido en mi nueva cosa favorita de esos días.

Ya no éramos desconocidos, ya no sentíamos que estuviéramos distanciados por una gran brecha.

Reconocimos en voz alta que realmente queríamos que lo que había entre los dos, funcionara. Eso era lo que yo quería y afortunadamente, ella también.

Dejándonos llevar por un momento emotivo, entre las carcajadas, las caricias y los abrazos, comenzamos a besarnos con la misma intensidad que lo hicimos la primera vez.

Nuestros cuerpos reaccionaron a nuestros impulsos y las cosas sucedieron porque tenían que suceder.

Las cosas fueron diferentes a la primera vez que tuvimos, en la habitación de mi hotel, porque ahora ya no había secretos entre nosotros, los dos sabíamos qué queríamos y estábamos dispuestos a vencer lo que fuera para estar el uno con el otro.

En medio de las calmadas aguas nocturnas del mar, sobre las que flotábamos, y a altas horas de la madrugada, Julia y yo hicimos el amor por primera vez. Nos amamos, encantados por lo perfecto que era estar con el otro, disfrutándolo como lo que era, una confesión de amor.

Tal vez para mucha gente no haya mucha diferencia entre una vez y la otra, pero estoy seguro de que nuestros sentimientos fueron quienes condujeron nuestras acciones de aquella noche.

Me lo confirmaba el brillo de sus ojos, la forma cómo respondía a lo que yo hacía y su boca besándome sin prisa, cómo si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Y yo desee que así fuera, que la noche se hiciera eterna, que pasáramos ahí todo el tiempo que nos quedaba de vida.

Un sentimiento no me abandonó, el de comprender que por fin había encontrado a quien tanto había buscado.



**DESGRACIADO**

JULIA

**E**n el poco tiempo que llevamos de conocernos, me he dado cuenta que es muy difícil para mí resistirme a Luis, y más cuando parece que a él le pasa lo mismo. Justo ahora lo veo dormir. Estamos en la habitación principal de su yate, dónde hace cómo una hora viví la experiencia más intensa de mi vida con un hombre del que sé que estoy completamente enamorada.

Él se durmió de inmediato, al principio me abrazó por detrás, y unos pocos minutos después su respiración se hizo profunda.

Pero yo no pude dormir, me di la vuelta algún tiempo después, cuidando de no despertarlo, y me puse a observarlo, a detallar cada aspecto físico de su cara, porque no me creo lo que me está pasando, no puede ser cierto que un increíble hombre cómo él, pueda estar interesado en mí.

Pero recuerdo cómo nos abrimos esta noche, cómo me contó sus mayores miedos, las cosas de las que se siente orgulloso, y aquellas que preferiría olvidar.

También me contó de los errores que cometió en el pasado, recuerdo la larga conversación que tuvimos acerca de Ana, su exnovia, ahora entiendo porque ella todavía puede influir un poco en su vida.

“La conozco desde hace diez años, más o menos,” me dijo.

“Ella siempre ha sido una constante en mi vida. Nuestros padres eran socios, así que para mi hermana Cecilia y para mí, era muy común pasar tiempo con ella.”

“¿Fue tu primera novia?” Le pregunté yo, era algo que tenía tiempo pensando, nos estábamos abriendo, así que solo lo hice.

“No, tuve algunas novias antes, pero Ana siempre estuvo allí, ¿sabes?” Se quedó callado por un segundo, pensando en las siguientes palabras que diría.

“Recuerdo cómo me cubrió las primeras veces que yo me escapaba con alguna chica, cómo me consoló cuando me rompieron el corazón la primera vez. Y luego cuando maduré un poco más, estuvo allí cuando me premiaron en la escuela, también cuando me metí en problemas con algunas personas, ella me cuidó.”

“No se escucha cómo la persona que es ahora...” susurré.

“Antes no era así, era muy amable y cariñosa, comenzamos una relación entonces, porque yo le di una oportunidad. Yo pensaba que ella era la indicada, mis pensamientos me decían que una persona que se preocupaba tanto por mí, era mi amor verdadero.”

Luis hizo un gesto algo extraño con su cara y yo pude ver que en realidad él si la había amado.

“¿De verdad la quisiste, cierto?”

“Sí.” Me confirmó luego de unos segundos. “Pero eso ya es pasado.”

Lo dijo para tranquilizarme, lo sé. Pero yo le creí, porque me sonrió y me dejó un beso en la boca.

“Ahora estoy muy concentrado en mi presente.”

Le sonreí cómo una boba y le apreté la mano, el continuó con su relato.

“Quizá es por eso que aguanté tanto tiempo el ser su novio, porque sentía algo por ella.”

“¿Cuándo comenzó a cambiar?”

“Unos cuantos meses después de que iniciamos la relación, pero cambió poco a poco, me tomó años darme cuenta de todo. Fueron pequeños detalles al principio, sus celos eran muy leves y yo no le veía nada de malo. Comenzó a revisar mi móvil, a preguntarme dónde estaba cada momento, y yo creí que lo hacía porque se preocupaba por mí. Ahora me doy cuenta de que eso no era así. Ella quería controlar cada cosa en mi vida, y yo la dejé hacerlo por mucho tiempo.”

“Supongo que no sabías que todo terminaría así.”

“No tenía idea, no quiero contar mucho de las cosas que ella hizo, porque algunas son terribles, pero digamos que todo explotó cuando yo me vi con una mujer para hablar de negocios, era una persona importante, dueña de algunos terrenos en el Medio Oriente. Yo estaba muy interesado en expandir mi franquicia allá, así que nos citamos en un restaurante muy lujoso y comenzamos a hablar de negocios, ella era bonita y muy inteligente, no nos fue difícil romper el hielo y empezar una conversación educada que fluyó rápidamente hasta que parecía que éramos viejos amigos. Estaba por cerrar el trato, era uno de mis más grandes sueños, pero Ana apareció y lo arruinó.”

“Por Dios, ¿y qué hizo?”

“Primero insultó a mi acompañante, le dijo que era una zorra, una cualquiera y muchas otras cosas que no voy a repetir, pero recuerdo cómo cada palabra que salía de la boca de Ana, era peor que la anterior. Yo pensé que se detendría ahí, pero no lo hizo. Tomó los restos de comida que teníamos en los platos y se la aventó en la cara, luego intentó jalarla del cabello. Ahí me levanté para detenerla, luego de recuperarme del impacto de la situación.”

“¿Y pudiste hacerlo?”

“Por un momento no, la tomé de los hombros para tranquilizarla, pero eso hizo que se...”

“¿Volvió loca?” Terminé por él, sabía que no le gustaba llamarla así.

“Sí.” Suspiró.

“Se retorció para que la soltara y comenzó a insultarme a mí. Muchas personas del restaurante se acercaron a nosotros, pero Ana lograba asustar a todos. En ese momento mi acompañante, llena de restos de comida, se levantó y se fue. No dijo nada, ni me gritó enojada ni me dijo adiós. No la culpo, creo que para ser atacada y ofendida por una mujer que ni siquiera conocía, actuó de la mejor manera. Y yo no volví a saber de ella, por más llamadas que le hice, desapareció, cómo mi oportunidad de extenderme en el Medio Oriente.”

Guardé silencio, Luis se había molestado de repente, mientras contaba toda la historia. Y yo entendía perfectamente por qué, así que no supe muy bien que decir.

Lo abracé, esperando que se sintiera mejor con eso.

Él me correspondió y nos quedamos así un momento, solo sintiendo nuestras respiraciones.

“¿Quieres contarme qué pasó después?” Pregunté más tarde.

“No queda mucho por contar, me costó mucho tranquilizar a Ana, y cuando lo logré, se volvió a poner igual porque yo le pedí un tiempo para pensar en el rumbo de nuestra relación. Comenzó a seguirme todos los días, a interferir con mis amigos y en mi trabajo. Seguía siendo amiga de mi hermana así que en dónde yo estuviera, ella estaba ahí. Me cansé de que no entendiera que yo ya no quería nada con ella, y Ana hizo muchas cosas que ponían en riesgo su seguridad para atraer mi atención. Terminé con ella en definitivo hace un año, cómo ya te había dicho. Luego me enteré que había ido a terapia, y cuando planeamos estas vacaciones ella quiso

venir. Pensé que al fin podríamos llevar una relación normal y educada, pero cómo de seguro ya te diste cuenta, no es así.”

Luis es una persona muy fuerte, lo que pasó con su exnovia fue difícil, pero sin embargo él ha sabido llevarlo, siguió adelante con su trabajo y con su vida.

Yo lo veo dormir ahora, tranquilamente, y me doy cuenta que a pesar de que todavía se siente algo molesto con Ana, ya la ha superado.

Me abrazo a él y cierro los ojos, lista para dormir luego de que mis pensamientos estén siendo tan positivos con respecto a todo. El sueño me vence más rápido de lo que esperé.

Al día siguiente, un helicóptero nos despertó. Nos dejó el bidón de combustible que nos hacía falta y otro más por si acaso.

Luis me había explicado porque nos habíamos quedado a la deriva, pero la verdad no importaba ya, no cuando estábamos tan bien.

Luego de recibir el combustible, por fin pudimos emprender el viaje de regreso al muelle, por la hora que era, ya se me estaba haciendo tarde para empezar a trabajar.

Luis conducía conmigo al lado, sentí que ese día sería uno de los buenos, sonreí sintiendo la fresca brisa del mar.

“Julia... quería hacerte una pregunta.” Dijo de repente.

“Dime.”

“Ya sé que hablamos de que tal vez estábamos yendo muy rápido...” dijo, con duda.

En ningún momento quitó la mirada del frente, como si estuviera conduciendo un coche por la autopista; él podía hacerlo, estábamos sobre el agua, no iba a salir ningún coche con el que pudiéramos chocar, pero supongo que el hecho de no verme le daba cierta confianza a lo que quería decir.

“Aja...” intenté motivarlo para que siguiera hablando.

“Pues no sé, yo quería saber si te gustaría... salir conmigo.”

“¿Y a dónde quieres ir esta vez?” Pregunté, pero pareció que no había entendido su pregunta.

El aclaró su garganta y esta vez sí se giró para verme.

“No me refería a eso, yo quería saber si tú... ¿quieres salir conmigo?” Repitió, haciendo énfasis en «salir».

Me pregunté qué quería decir exactamente, porque la verdad no entendía sus señales mixtas.

Estaba nervioso, pero parecía motivado, decidido, aunque con cierto miedo. Como si yo fuera a decirle que no, pero, la verdad me costaba entender por qué el que me negase podría significar un problema.

“Saliendo, cómo estar conmigo de verdad.”

Me hizo reír.

“¿Acaso estoy contigo de mentira?” Seguí riéndome.

Pero él no estaba bromeando.

“No, no... es en serio yo...” tragó saliva, “no estás entendiendo.” Detuvo el motor, me tomó por los brazos y se inclinó para verme directamente a los ojos, de frente, como si necesitara verlo para poder entenderle.

“Julia... ¿quieres ser mi novia?”

Ahora todo tenía sentido. Me dejó muda. Claro que quería, pero no podía decírselo, la pregunta me aturdió. Sentía cómo el corazón me palpitaba en la cien, el sonido del viento se fue aplacando hasta dejarnos en silencio casi por completo.

Su mirada se quedó fija en mí, mientras que yo intentaba procesar esa pregunta.

¿En serio me estaba pidiendo ser su novia?

De cierta forma creí que ya lo éramos. Pero que lo preguntara así me resultó muy adorable.

Me soltó y empezó a moverse nerviosamente, viendo para todos lados mientras murmuraba.

“Quería que fuera especial, se supone que te lo iba a decir ayer al atardecer, mientras regresábamos al muelle, pero el motor no encendió, luego una cosa llevó a la otra y pues no pude hacerlo.” Se giró de nuevo para verme.

“Y tal vez no sea tan especial como lo había planeado, pero...” fijó su mirada en mí retomando la confianza.

“¿Sabes qué...? La verdad no importa, porque lo que realmente quiero saber es si quieres ser mi novia.”

Que Luis siguiera hablando me hacía querer gritarle que sí, pero no era mi intención interrumpirlo, mucho menos dejar de escuchar lo que tenía que decir.

“Y tal vez suene un poco trillado, pero no te pido que seas mi novia solo porqué sí.” Volvió a moverse nerviosamente, apartando la mirada. “Es que la verdad yo creo en la estabilidad, en las relaciones...” movía las manos de un lado al otro, de arriba abajo, como si estuviera dando una conferencia, “... y el noviazgo es algo que respeto y que debe ser en serio, ¡como un compromiso...! Algo que nos haga felices, no es solo tomarnos de la mano, sino pensar en el futuro, pensar en si realmente queremos estar juntos y... y vernos, y querernos todo el tiempo.”

Se fijó de nuevo en mí, levantó el dedo índice para finalizar sus palabras.

“Y tal vez nos peleemos otra vez como lo hicimos ayer.” Levantó las cejas como para imprimirle más intensidad. Se mantuvo así por unos segundos y retomó su paso nervioso de un lado a otro. “Pero quiero eso, quiero verte, quiero llorar a tu lado, quiero que me quieras, quiero quererte aún más. Quiero experimentar todas tus decisiones: las malas, las buenas, ¡todas! Yo sé lo que quiero; quiero poder compartir con alguien, sentir que todo va a salir bien. Sé que quiero ser feliz, que quiero levantarme todos los días con una persona a mi lado y sentir que ella es la única con la que quiero formar una familia.

Mi corazón se estaba volviendo loco, parecía que se me saldría del pecho. Ya había entendido su punto, pero parecía que Luis tenía mucho más que decir.

“Y hasta que te conocí, creí que la única persona con la que podría tener eso era Ana.” Ahí, se giró repentinamente para asegurarse que no había dicho nada malo. Pero la verdad, yo no tenía problema con lo que dijo.

Solo sonreía como una estúpida mientras mantenía mi mirada fija en él, lo veía ir de un lado al otro, moviéndose, gesticulando y moviendo mucho las manos, pero sin dejar de hablar. Era muy entretenido, era lindo verlo hacer ese tipo de cosas. Él quería transmitirme todo en una forma tierna y romántica, pero en su intento desesperado por encontrar las palabras correctas se tropezaba, aunque eso no quitaba que todo lo que me estaba diciendo, me encantara.

Guardó silencio por unos segundos, esperando a mi reacción, pero cuando vio que yo le seguía sonriendo, continuó.

“Y bueno, si tú no me hubieras caído encima, tal vez yo habría terminado perdonando a Ana, pensando en que nunca encontraría a alguien más, y estaría con ella y no contigo. Y, por eso, siento que es el destino el que nos hizo encontrarnos en la playa, y que, por una razón azarosa y extraña estamos ahora juntos y tengo que aprovecharlo. Aferrarme a eso como si me fuera a hundir,” sus movimientos se hicieron más intensos, pasó de caminar de un lado al otro, a saltar, a querer ir más rápido, y junto con eso, sus palabras también. “Y no sé... bueno, sí lo sé... pero quiero que sepas, no que sepas, no... quiero decirte que la verdad me gustaría ser tu novio y tal vez luego tu pareja de por vida, pero, de nada sirve lo que yo quiera, así sea querer estar contigo por siempre. Lo que importa es...”

Se detuvo en seco, y acercándose rápidamente a mí, volvió a tomarme por los hombros, para hacerme la pregunta final de su discurso.

“¿Qué quieres tú?”

¿Qué otra cosa podía decir? No, yo ya tenía mi respuesta, pensé que sería obvio para él, pero el gesto con el que me veía, me dijo que de verdad no sabía lo que yo le respondería.

“Quiero lo mismo que tú, Luis.”

Él dio un grito de júbilo. Me abrazó, me besó y gritó que lo había hecho realmente feliz al decirle eso. Yo no podía estar más de acuerdo, me sentía muy feliz también.

“Pero Luis, los dulces... tengo que trabajar.” Le recordé.

“Oh, demonios, es verdad.” Exclamó para luego poner el motor de nuevo en marcha.

Durante el viaje de regreso, pasamos todo el camino escuchando música mientras que el viento golpeaba nuestras caras. Luis puso el motor a toda marcha, yo iba realmente tarde. Pero no estaba preocupada por eso, porque gracias al día anterior y a lo que acababa de pasar con mi ahora novio, podía considerar ese pequeño viaje cómo el mejor de todos.

Cuando llegamos al muelle, tuve que adelantarme para ir a mi casa y buscar los dulces. Lo bueno fue que iba tan tarde, que no me detuve a darle explicaciones a mi madre, así que solo los tomé y me fui de regreso a la playa en donde había pactado encontrarme con Luis. Todo eso realmente me hizo sentir realizada. Habíamos avanzado un gran terreno juntos, me daba la sensación de que el porvenir era prometedor.

Estaba contenta.

Ávida por llegar a la playa, tome el primer bus que llegó. Una vez ahí, hice lo que pude para acomodarme el cabello, incluso si Luis ya me hubiera visto despeinada, recién despierta o sin ropa. La verdad, no importaba si era la primera, segunda o quinta, sino dar una buena impresión.

A lo lejos, logré verlo, así que busqué a llamar su atención. Levanté mi mano y grité su nombre. Sí, todo iba bien, o por lo menos eso pensaba.

“Julia.” Escuché que me llamaron desde un costado.

No estaba acostumbrada a escuchar mi nombre por ahí, por lo que me giré rápidamente para ver de quien se trataba. Para mi sorpresa, era una de las dos mujeres que llegaron con Luis el día que nos conocimos; se trataba de su hermana.

“Hey, tú eres...” exclamé alegremente, porque así me sentía.

“La hermana de Luis.” Me interrumpió de forma muy grosera.

Comenzó a acercarse a mí lentamente, sin despegar sus ojos de los míos. Me puso muy incómoda la forma en que lo hacía, sin mencionar el cómo me había hablado y su intensa mirada.

“Sí.” Dije, vacilando. “Mucho gusto... supongo.” Traté de ser amable con ella, después de todo, era la hermana de mi novio.

“Sí, bueno, no te quiero quitar mucho tiempo.”

“Está bien.” Respondí, sintiendo que ya debería irme, no me estaba dando mucha confianza esa mujer.

“Pero la verdad siento que debo advertirte de mi hermano.” La forma en que comenzó a abordar el asunto me hizo preocupar un poco. “Tal vez no lo hayas notado todavía, pero él es un hombre muy peculiar.”

Hasta ahí todo marchaba bien, pero algo me decía que no duraría mucho. Tal vez era igual que la exnovia de Luis, un poco loca y radical, seguro estaba pensando en hacer lo mismo que Ana cuando nos conocimos. Aunque, fuera eso u otra cosa, no importaba, porque nada me iba a hacer cambiar de parecer con respecto a mis sentimientos por su hermano.

“A él le gusta vivir la vida al máximo.” Continuó. “Conocer personas nuevas y

experimentarlo todo.” No sabía para donde quería ir con eso. “Y bueno, esto que está haciendo contigo...” hizo alusión a nuestra relación, con un gesto de su mano. “Esto no es nuevo para él, siempre hace eso con todas las mujeres que conoce; cree que son el amor de su vida, pero a la semana ya está con otra, sintiéndose de nuevo como un idiota enamorado. Estoy segura de que ya te lo habrá preguntado a este punto, pero supongo que tengo que asegurarme.” Me hizo tragar saliva. “¿Ya te pidió que fueras su novia?”

El mundo se detuvo. ¿Cómo lo supo? ¿Qué es lo que intenta decirme? ¿Por qué ahora? ¿Por qué a mí? Confundida y preocupada dado a lo que podría significar el que ella me estuviera diciendo lo que, en efecto, acababa de pasar, me hizo suponer lo peor.

Pero aun así, incluso ahí, en medio de ese calor inclemente que emanaba de las palabras de su hermana, aun creía que podría ser una treta o algún juego macabro.

“Pero... ¿qué?” Le dije, tratando de que ella no notara cómo me habían afectado sus palabras. “¿Cómo lo sabes?” Tal vez no fue la mejor pregunta, pero sí que fue acertada.

“Porque se lo dice a todas, y aunque no te conozco, la verdad ya no soporto que lo siga haciendo.”

Resoplé indiferente, como si sus palabras no me hicieran daño, cuando en realidad me estaban comenzando a preocupar más. Lentamente, las cosas comenzaban a unirse una con otra en mi cabeza y todo parecía apuntar a que era cierto, su repentino interés, la forma en que forzó nuestra relación y el que al final, incluso a pesar de que apenas llevábamos cuatro días conociéndonos, él me había pedido ser su novia.

Todas esas cosas formaban una coincidencia demasiado grande.

“Sí no me crees, míralo por ti misma.” Y señaló a mis espaldas. Le hice caso.

Luis y Ana estaban a cierta distancia, dejándose llevar por lo que sea que estuviesen haciendo, mientras que yo, frente a ellos, trataba de creer que todo eso era una mentira. Pero, simplemente no podía, porque desde donde estaba, se veía cómo se estaba tragando la lengua de ella. Quizá exagero con eso, pero era lo que mis ojos veían.

No creí en más nada, no escuché ninguna otra cosa. Solo estaba ahí, enfrentándome a los eventos que se estaban desarrollando. Nada más importaba. Nada.

“Ese desgraciado...” mascullé, realmente furiosa.

Mis dulces de coco se volvieron a caer al suelo.

## TODAVÍA NO ES TARDE

CECILIA

**F**ue muy emocionante ver cómo todo lo que planeamos salió como queríamos. Bueno, por lo menos logramos que se separaran.

“Ese desgraciado...” dijo Julia, tan furiosa, que parecía que iba a estallar.

Dejó caer la bandeja que sostenía y caminó furiosa hasta donde estaban ellos dos.

“¡Luis! ¡Maldito!” Gritó, antes de acercarse a ellos por completo. Yo fui detrás de ella.

Mi hermano claramente trató de detenerla, tal vez de explicarle que todo eso era un mal entendido, pero no funcionó, el mal ya estaba hecho. Fue una locura.

Primero, Julia tomó a Ana por el cabello y la separó de él tan fácilmente que parecía que se trataba de una muñeca de trapo, la empujó, la insultó y luego se dio la vuelta para gritarle a Luis, acto seguido, levantó su pierna y le dio una patada en la entrepierna, luego se fue, completamente furiosa.

Más tarde ese mismo día, Ana me contaría que lo que le dijo Julia a Luis, fue que no podía creer lo estúpida que había sido. Yo estoy de acuerdo en que sí lo era, porque se había creído toda nuestra actuación.

Ella me pasó por un lado como si yo no existiera, recogió su bandeja y se perdió en la calle. Fue realmente intenso. Me acerqué a ellos. De rodillas en el suelo, mi hermano gritó su nombre, tratando de lograr que se devolviera, pero el dolor no lo dejaba moverse, ¿qué tan fuerte le pudo haber dado?

“Amor, amor, mira... querido... no te preocupes por ella, no lo vale.” Le dijo Ana, agachándose para socorrerlo.

“¡Déjame, demonios! No quiero saber nada de ti.” Exclamó Luis, realmente furioso, pero sin poder levantarse.

En ese momento me pareció realmente exagerada su reacción, creo que incluso rodé los ojos.

“No exageres, amorcito, no es tan grave.” Minimizó ella.

“¡Qué no me digas amor, joder! No soy nada tuyo.”

Por un rato, Ana trató de cosechar los frutos de su victoria, pero Luis no la dejaba disfrutarlo como era debido.

Me costó un poco mantenerme al margen porque la verdad no me gustaba mucho la forma en que todo resultó. Tal vez pudo ser bueno que la chica se molestara con él de tal forma que nos aseguraba que no iban a volver, pero ¿golpearlo? Esto simplemente fue demasiado.

Al cabo de un rato, Luis se levantó, aun furioso, y se fue de ahí. Mi amiga intentó seguirlo, así que no me quedó de otra que hacer lo mismo.

“Luis, amor... espera.” Le pidió ella.

Por un segundo pensé que sería igual que las últimas veces, en las que ellos peleaban hasta que las cosas se salían de proporción y luego simplemente lo olvidaban.

Me equivoqué.

Luis se dio la vuelta, cuando creí que simplemente seguiría caminando hasta su coche y la pelea continuaría en la habitación del hotel. Se notaba lo furioso que estaba. ¿Cuántas veces lo he resaltado ya? Porque lo estaba realmente.

“No, Ana... ¡No!” Ella se detuvo en seco, casi estrellándose con él, intentó decirle algo, pero él la detuvo.

“No... ¡Ya basta! No puede ser que seas tan egoísta y desquiciada. ¿Por... por qué tienes que ser así?”

“Pero amor, es que...” intentó defenderse.

“No, Ana. Cruzaste la maldita raya. ¡No! En serio. La verdad me tienes hasta aquí.” Dijo, levantando el brazo y marcando un tope con su mano muy por encima de su cabeza.

“No puedo lidiar con tus estúpidas necedades. No más, ya no, ¿sabes qué? No tengo por qué soportar nada de ti.” Exclamó.

De repente, se fijó en mí.

“Y tú, ¿qué carajos, Cecilia? ¿Cómo demonios pudiste dejarla hacer...? ¿Hacer todo esto? ¿Por qué demonios no la detuviste?”

Levanté las manos para librarme del asunto, lo que le hizo enojar aún más.

“¡Ah! ¡Sí, es verdad! ¡Tú nunca tienes nada que ver!” Gritó, furioso, aunque, de todos modos, no podía hacer nada, así eran las cosas con nosotros tres y siempre lo habían sido.

Por otro lado, yo no podía hacer nada para defender a Ana, ella fue la que planeó hacer esto y estaba muy convencida de que funcionaría. Sí, también sabíamos que algo así podría pasar, pero esperábamos que la tormenta se aliviara con el tiempo.

Pero, en el rostro de ellos dos, había de todo menos una promesa de que todo mejoraría.

Luis no dejaba de maldecir, acercarse agresivamente al borde de su cordura, mientras que Ana, bueno, ella no podía creer lo que estaba pasando, se notaba que no se esperaba esa respuesta por parte de mi hermano.

“Pero Luis, amor, yo solo quería que nosotros...” interrumpió Ana, dejándome fuera de la situación de nuevo.

Era obvio que ella estaba perdida, no sabía si llorar, si lidiar con eso como una campeona, tratando de presumir una seguridad que todos los presentes sabíamos que no tenía.

Se notaba lo desesperada que estaba por mejorar las cosas, pero no lo iba a poder hacer ésta vez, porque estaba indefensa, ante los ataques de Luis.

“Es que... esto era lo mejor para nosotros.” Dijo, convencida.

“No, Ana, no era lo mejor. ¡Tú no tienes por qué decidir qué carajos es mejor para mí o no! ¡No tienes el derecho! No, simplemente no puedes.”

Me costaba ver a mi amiga así. Estaba indefensa.

Ella deseaba estar con Luis, pero no encontró una mejor forma de hacerlo que ésta. Y las consecuencias de sus actos ahora le están mordiendo el trasero.

“Yo te amo Luis... por favor.” Pidió, a punto de llorar.

De un momento a otro, mi hermano simplemente se cansó de repetir lo mismo.

No pudo tolerar más el asunto y se marchó, dejándonos tal cual lo hizo el día que comenzó todo, solo que esta vez iba a ser diferente, creo que tanto Ana cómo yo lo sabíamos.

Y ojalá todo hubiera terminado ahí, porque desde ese día, Ana y mi hermano estuvieron rozando el borde de la locura. O por lo menos así lo vi yo.

Luis no salió de su habitación por lo que restaba de día, pidiendo servicio al cuarto como si estuviera preparando bufete o una fiesta de cientos de personas en aquella habitación, cuando, a duras penas, dejaba entrar a los meseros, quienes salían sin decir nada al respecto. Yo lo dejé



tranquilo, luego lidiaría con él.

Por otro lado, Ana no dejaba de hablar ni de decir que las cosas debieron suceder de otro modo, que en este momento debía estar con Luis, hablando de lo mucho que se amaban o haciendo algo relacionado con su futuro, no separados y peleados con el desolador panorama de que las cosas nunca van a mejorar.

Traté de convencerla, de decirle que este tipo de cosas necesitaban tiempo y que no podía apresurarlas por mucho que quisiera, pero ni siquiera yo estaba segura de eso.

Ana lloraba y se tendía en el suelo, diciendo que la vida no tenía sentido, era como si todo el mundo se hubiera caído a sus pies, cosa que me hizo sentir realmente mal.

Tal vez sus métodos estaban un poco equivocados y tenía una obsesión nada sana con mi hermano, pero, sus intenciones, a pesar de todo, eran buenas.

Ella solamente quería pelear por lo que creía correcto, cosa que no muchos hacen.

Deseaba recuperar el amor que había perdido hace tanto tiempo, luego de esforzarse tanto por mejorar, por cambiar esas locas actitudes que la habían llevado a este punto en primer lugar y, en comparación con la mujer de antes, había cambiado realmente.

Lo había hecho gracias a las terapias, y eso era plausible.

Lo que estaba pasando, solamente fue el resultado de una decisión muy desesperada, pero nada que no se pudiera arreglar con el tiempo.

Así que, luego de tantos intentos fallidos para convencerla de que eventualmente las cosas iban a salir bien para todos, salí de mi habitación para —ahora sí— lidiar con Luis, quien no había salido de su habitación en lo que iba del día, y ya estaba anocheciendo, mi corazón estaba con Ana, pero yo no podía evitar el preocuparme por él también.

Cabía la posibilidad de que se hubiera encerrado, porque decidió comer excesivamente para quizá así enfermarse a base de ingerir montones y montones de comida. Pero también podía ser que estuviera rodeado de mujeres, en una especie de harén personal para aliviar la furia que no podía controlar, claro que ninguna de esas dos cosas fue tan desagradable como lo que vi cuando logré entrar a su habitación.

“Servicio al cuarto...” dije, tratando de engañarlo.

De todos modos, la puerta estaba abierta, así que me dispuse a entrar y averiguar lo que había adentro.

Lo primero que me recibió fue el sonido de una canción tenue en el fondo, como si estuviera viniendo de la habitación de al lado, que, de paso, era un tanto triste y tétrica, junto con el sutil tarareo de mi hermano, lo que me llevó a entender que el sonido provenía de ahí.

“Luis, ¿estás ahí?” Sabía que lo estaba, pero creí conveniente preguntar, no sabía cómo estaba su estado emocional en ese momento.

Me interesaba saber cómo estaba su ánimo, para prepararme por si acaso. Pero al ver que no me respondía, volví a preguntar.

“¿Luis?” Seguía sin haber respuesta.

Así que seguí abriéndome paso al interior de la habitación, acercándome a los lugares en los que me parecía que podría estar, hasta que, en medio de platos y botellas vacías y envoltorios de dulces estaba él, acostado en frente del televisor, sintonizado a la radio satelital y escuchando música de ambiente.

En cualquier otro contexto eso habría sido normal, pero no en este. Se veía tan vulnerable que pensé que tal vez estaba despechado por haberse peleado con Ana, por haber creído que podría vivir sin ella y, ahora que descubrió que no, de la peor manera, se estaba enfrentando a esa cruda verdad.

Pero ese solo fue mi primera suposición, un poco apresurada y poco real, para ser honesta.

“¿Estás bien?” Pregunté, acercándome lo suficiente a la cama, pero no tanto como para tocarlo.

Me dio la impresión de que había un olor extraño, cómo a suciedad, cómo a tristeza y pena.

Él no dejaba de tararear la música con los ojos cerrados, como si tuviese auriculares puestos y no pudiera escucharme, pero yo estaba hablando con mucha claridad y no había audífonos por ningún lado, así que no era por eso.

“Oye...” llamé su atención, infructíferamente.

“¡Oye... Luis!” Volví a llamarle.

No me respondía, no dejaba de tararear ni abría sus ojos, lo que me molestó demasiado. Me acerqué y le di un golpe en el hombro; o me prestaba atención, o me prestaba atención.

“¡Luis! ¡Háblame, joder!” Con mi ataque de furia, logré que me viera.

Abrió los ojos, hastiado y fingiendo sorpresa.

“¿¡Hey, por qué me pegas!?”

“¡Porque no me respondías! ¿Qué carajos te sucede?”

Miré de nuevo a mi alrededor, pero esta vez para demostrarle con simple gesto que nada de lo que estaba pasando ahí era normal, ni mínimamente sano.

“Pues estoy escuchando música. ¿Acaso no ves?” Se defendió, haciéndome suspirar de frustración.

“No es eso a lo que me refiero...” intenté decir.

Luis hizo como si ya no importara escucharme, cerró los ojos y retomó su posición inicial.

“Bueno, pues no sé de qué estás hablando, pero la verdad ni me interesa ni me importa.”

Su tono de voz seco, su comportamiento evasivo y la forma en que me estaba tratando, fueron señales suficientes —sí claro, porque con lo demás no resultaba tan específico— de que algo no andaba bien. Y, a pesar de que estaba en la misma posición que con Ana, este contexto era completamente diferente. Con él podía razonar eventualmente.

Por lo que, en medio de todo ese desastre, comencé a recoger las cosas, abrir las cortinas y ponerle un poco de color a aquella habitación.

Durante todo ese rato Luis no dejó de comportarse como un idiota e ignorarme, mientras que seguía tarareando todas las canciones que sonaban en la radio.

Me tomó casi medio hora, pero al terminar, todo estaba como si nada hubiera pasado, lo único que no pude cambiar, fue la apariencia demacrada y depresiva de mi hermano.

Tendido aun en la cama, sin prestarme atención ni decirme nada, pero con una luz diferente, mucho más viva, lo detallé mejor. La ropa que tenía estaba sucia, desde la camisa hasta los pantaloncillos.

Se notaba en sus medias que había limpiado el piso con ellas al caminar. Tal vez no oliera mal, pero seguía pareciendo obvio que no se había bañado desde que llegó de la playa aquel día.

En su rostro, se notaban lo mucho que estuvo durmiendo, y todo el rato que estuvo haciéndolo.

Era obvio que no sabía en qué momento del día se encontraba. Me dio un poco de lastima comprender eso.

Busqué espacio para sentarme a su lado.

Tras suspirar y dejarme invadir por el aire con el que su comportamiento depresivo estaba invadiendo aquella habitación perfectamente iluminada, contrastando con la persona acostada, comencé a interrogarlo.

“¿Qué tienes...?”

Tal vez era una pregunta un poco ordinaria, incluso hasta insignificante. Tal vez era obvio lo que tenía, pero, sin importar eso, necesitaba oírlo de su boca, para entender mejor qué tan mal estaba. Cómo si no fuera suficiente su aspecto físico para darme cuenta de eso.

“¿Qué crees tú?” Respondió, prestándome atención al fin.

“No lo sé...”

“Pues deberías saberlo...” agregó. “Ustedes me hicieron esto.” Aseveró.

Pero las preguntas estúpidas por mi parte no se quedaron ahí.

“Aja, sí, pero ¿por qué estás así?” No lograba verlo, lo que hicimos no justificaba su exagerado comportamiento.

“Oh, vamos Cecilia, no es tan difícil.” Increpó, girándose para verme.

“Sabes muy bien por qué, y también sabes muy bien que fue lo que hiciste tú...” movió su índice, señalándome con desdén, “...siempre, siempre haces lo mismo, cuando algo pasa te lavas las manos, ¡y ahora hiciste todo esto!” Señaló, aludiendo a lo que estaba a su alrededor antes de que lo limpiara.

“También es tú culpa. Todo esto es tu culpa, ¡todo!”

Me miró agriamente por unos segundos, para luego dejarse caer de nuevo en la posición que tenía cuando llegué.

Sus palabras me supieron amargas, quizá no fue tan claro, pero yo sabía muy bien qué era lo que intentaba decirme. Todo lo relacionado con Ana, hasta llegar a su ruptura con Julia. Fue en ese momento en que empecé a ver las cosas de otro modo.

“Así que sí...” suspiró, “sabes muy bien qué tengo y, ¿sabes qué?” Me miró.

“Todo estaba yendo de maravilla, y parecía que seguiría así, pero no... ustedes dos tenían que aparecer y arruinarlo todo ¿cierto?” Volvió a ver hacia el frente “Era muy necesario que lo hicieran, porque solo eso saben hacer.”

Que lo dijera de esa forma, cambiaba por completo lo que intentábamos lograr.

Me resultó curioso que, pese a que estaba afligido y seguramente molesto, su tono de voz era severo, pero no tanto como para hacerme retroceder. No habló tan fuerte, tampoco se dejó llevar por la ira. Podría estar molesto, pero parecía resignado.

“Es que no entiendo, Cecilia, ¿qué carajos?” Masculló. “¿Por qué demonios lo hicieron?” Me preguntó mucho más calmado que antes.

Su actitud tranquila me permitía sentir que a pesar de lo que me dijera, no sería grosero, aunque estuviese en todo su derecho de serlo.

“Queríamos que te reconciliaras con Ana, ¿sabes? Queríamos que volvieran.” Y esa era la verdad, no buscamos hacer daño, así que hicimos lo que creímos mejor.

“Ah, claro... lo de siempre.” Respondió.

Y como me lo esperaba, no desdeñó nuestras acciones de una forma agresiva. Continuó hablando.

“Bueno, y entonces se les ocurrió la brillante idea de arruinarme la relación con Julia ¿no?” Asintió lentamente, fingiendo comprensión. “Si lo pones así, ahora lo veo, lo que hicieron no suena para nada como algo malo ¿verdad?” Agregó sarcásticamente.

“Pero, quiero decir, Julia solamente es una chica. No es como que no puedas conseguir otra.” Le dije, aceptando por fin que Ana no tenía oportunidad alguna con él.

Me pregunto cómo se sentirá ella cuando lo sepa.

“Sí, puede ser.” Corroboró desanimado. “Pero no es lo mismo...”

“¿Por qué? Esa chica no es nada especial, no tiene dinero por lo que vi, y físicamente es muy normal.”

“No creo que importe demasiado...” agregó, dejando la frase a la mitad, cómo si no quisiera decirme algo.

“Sí, bueno, pues no parece que no te importe mucho.” Intenté decir.

“No entiendes, lo que no importa es que no sea rica o según tú, no tenga buen cuerpo, lo que pasa es que creo que realmente no necesita tener nada de eso.”

Lo miré, tratando de deducir por qué tanto interés en ella. Y seguí escuchándolo, para responder esa duda.

“Es que es diferente, porque de verdad me gusta estar con ella. No sé de qué otra forma decirlo. Creo que es eso, que solo me gusta mucho, muchísimo.” Dijo. “Me gustaba estar con Julia, y el tiempo que pasamos en el mar fue de los mejores que he pasado con alguien ¿sabes? Si tan solo nos hubiéramos podido quedar ahí otros días más. Si tan solo pudiera volver a sentirme igual de feliz, sin preocuparme por nada, y sabiendo que a ella le pasa igual. Si pudiera volver a repetirlo, lo haría mil veces, Ceci.”

Así fue cómo la simple conversación que teníamos, pasó a ser una plática de un hermano abriéndose al otro.

“Pensé que todo estaba bien esta vez. Creí que podría estar tranquilo con alguien; pero de verdad estarlo. Sin problemas, sin tener que medir lo que hago porque, de algún modo se iba a molestar o hacer alguna...” vaciló, “alguna cosa que no me gustara.”

Luis había dejado de verme desde hacía rato. Sus ojos estaban fijos al frente, como si estuviera viendo la pared debajo del televisor, pero no directamente a ella, o a través de esta. Parecía que no veía nada en realidad.

“Me gusta mucho. Julia me gusta mucho, porque con ella me siento bien. Puedo ser cómo soy, no tengo que fingir nada, y ella tampoco. Lo mejor es que ahora entiendo que puede haber problemas, pero que todo se puede solucionar, porque ella reconoce cuando obra mal, y yo soy perfectamente capaz de pedirle perdón también. Todo lo que pasamos valió la pena, de verdad me sentí bien, completo.” Suspiró.

“Pero luego ustedes llegaron, provocaron toda esta situación, y ahora ya no puedo...” hizo un mohín con los labios y luego dejó de hablar.

Verlo así, redefinía lo que vi cuando entré a la habitación. Este era un hombre vulnerable, alguien con sentimientos fuertes a los que no les temía, pero que, a pesar de eso, se dejaba dominar por ellos, como un ser humano.

Por un momento no solo me sentí mal por él, sino por lo que habíamos hecho. Lo que tenía no era una simple obsesión absurda e irracional, ni mucho menos algo que se pudiera curar de la noche a la mañana, toda su confesión era la prueba suficiente de esto.

Todo eso me demostró algo importante, me di cuenta que a pesar de que le estaba dando importancia a los sentimientos de mi mejor amiga, debía también velar por los de mi hermano.

Yo podía evitar todo eso. Y, de hecho, no era tarde, aun podía hacerlo.

## NO LO QUIERES CÓMO ÉL A TI

JULIA

**L**a ira no me dejaba pensar. Pero más que todo eso, incluso más que el estar rozando el borde de cada uno de mis benditos sentimientos, no era solamente la ira lo que me controlaba.

Era una combinación de todos y cada una de las cosas que podía sentir y que llegué a sentir en algún momento.

Estaba indignada con Luis, con la estúpida de su exnovia, que ahora no sabía exactamente qué era para él, hasta dirigí una parte de mi humillación a su hermana.

De nuevo, llegué a la casa sin los dulces, sabiendo que mi madre tendría ganas de reclamármelo. Pero no me importaba, no iba a dejar que eso me dominara, tenía cosas mucho más importantes que pensar, a solas en mi habitación.

“Hija, llegaste antes, ¿cómo te fue? Estaba a punto de salir a trabajar, ¿está todo bien?”

Pero no le hice caso.

Dejé la bandeja en la mesa de la sala sin mediar palabras y subí directo a mi habitación. El resto del día fue una maldita desgracia. No sabía qué más hacer, así que en el momento en que la ira se desvaneció, le dio paso al llanto. Y lloré.

Lloré como si no hubiera un mañana, como si las cosas que me pasaron hubieran sido mi culpa y solamente mía por haberme permitido creer en Luis, creer en que él me quería de verdad, en que todo funcionaría y que saldría bien.

El reconocer que fui una ingenua me hizo sentir aun peor, incluso más que cuando entendí que él no era para mí.

¡Pero la peor parte no fue esa! La peor parte era que, aun con todo lo que pasó, seguía teniendo sentimientos por Luis, seguía sintiendo que lo amaba como no podría volver a amar a nadie más, nunca.

No importaba el poco tiempo que compartimos, porque con el viví y sentí cosas que ahora pensaba que no volvería a repetir con nadie, y esa sensación era terrible.

¿Cómo se puede llegar a esto? ¿A sentirse así por alguien?

Estaba sufriendo.

Durante todo el día no hice más que lamentarme, luego entrar en un cuadro de furia, después llorar de nuevo, al final, me resigné por completo y me convencí de que estaba mal. De eso, pasé a no permitirme llorar, tratar de resolverlo en mi mente y dejar de pensar en lo que hubiera pasado si yo no hubiera actuado como lo hice.

Si yo no hubiera aceptado ser su novia, o acompañarlo a su yate.

Si me hubiera mantenido firme a no ir con él a cenar, si no le hubiera creído cuando me dijo que había terminado con su ex hacía un año. Si no hubiera caído sobre él aquel maldito día en la maldita playa.

Ya no podía permitirme pensar así. Era muy tarde cuando cerré los ojos para intentar dormir,

pero tantos recuerdos en mi mente no me dejaron descansar.

Al día siguiente, ya había aceptado por completo mi destino. No me importaba más nada ni nadie, ni mucho menos lo que iba a suceder después.

Resignada, bajé a la cocina, tomé mi bandeja de dulces y me fui de la casa directo a la playa, no saludé a mi madre ni desayuné.

Durante toda la mañana, me concentré en vender mis dulces cómo acostumbrada a hacerlo, sin pensar en las estúpidas enseñanzas de Luis. Pero el negocio estaba siendo muy flojo y las ventas no eran para nada buenas.

Sin embargo, seguí así. Continué intentándolo hasta que me resigné —otra resignación enorme en lo que iba de semana—, y reconocí que por muy imbécil que Luis pudiera ser, su método era mucho mejor que el mío.

Luego del medio día y de usar lo poco que había ganado para almorzar algo, decidí emplearlo e, incluso, aumentar un poco el precio para recuperar todo lo perdido.

Apenas comencé a hacerlo, las cosas empezaron a cambiar. Fue un poco estresante, dado que no podía dejar de pensar en él mientras lo hacía, más que todo porque tenía que fingir estar bien, feliz y contenta, llegando incluso a creérmelo de verdad. Pero sobreviví.

Superé ese reto y vendí todos los dulces tal cual lo había aprendido de Luis. Su método era bueno, por más que no quisiera admitirlo.

Ya eran casi las seis cuando terminé con el último dulce, así que de seguro muchas personas que no tenían coche iban a usar el bus o colapsarían todas las vías para irse de regreso a sus casas, a sus hoteles o demás. Tal vez no fuera tan exagerado como me lo imaginaba, pero servía de excusa.

No quería llegar muy pronto a la casa, así que decidí caminar.

Caminé porque quería pensar, sentirme afligida y nostálgica, para de alguna forma superar esto, supongo que así funciona el cuerpo cuando una se siente mal, desea extender esa sensación de penuria hasta el final. Así que eso hice, y fue jodidamente doloroso.

Una hora y media más tarde estaba llegando a casa, sintiéndome un poco mejor, luego de interiorizar que todo ese dolor era parte del aprendizaje, me ayudaría a no confiar en cualquiera tan fácilmente.

Y se supone que debí haber aprendido eso con las cosas que le sucedieron a mi madre, ¡joder! y eso que ella me lo dijo, pero no le hice caso y ahora aquí estoy, humillada y derrotada.

“Julia.” Escuché que una voz de mujer, agitada y a mis espaldas, me hablaba.

Me giré por reflejo. Es decir, todos ahí sabían mi nombre, de seguro alguien quería algo de mí, y como yo soy bien estúpida y considerada, me di la vuelta para ofrecerle mi atención.

Cuando enfoqué quien era, todo lo que creí que había logrado durante mi caminata, se fue al carajo.

“¿Qué demonios haces aquí?” Exclamé, al observarla mejor.

“Julia, tenemos que hablar.”

“¡Oh, quieres hablar...!” Me escandalicé. “Sí, porque a mí me encantaría hablar contigo, claro que sí.” Dije con sarcasmo, comenzando a tratarla con desdén.

Sin embargo, ella se quedó ahí parada, repentinamente muda.

“¿Entonces quieres hablar? ¡Bien! Hablemos...” decidida, me acerqué a ella para enfrentarla, tal vez darle unas cuantas bofetadas, no sé; lo que el calor del momento me permitiese.

“¿De qué quieres hablar? ¿Eh?”

Me acerqué lo más que pude a su rostro y traté de infligirle el mayor miedo posible, me porté como una completa desquiciada.

“Quiero disculparme...”

De inmediato, las cosas cambiaron de color. Sí, eso no fue suficiente para calmarme, pero sí para llenarme de curiosidad. Así que me aparté, un tanto confundida, sin quitarle la mirada de los ojos.

“¿Disculparte?”

“Sí, por lo que pasó ayer.” Explicó.

Cada vez me llenaba más de curiosidad.

“¿Exactamente por qué? ¿Por decirme la verdad?”

Ella suspiró, notablemente afligida, y dejó caer sus hombros.

“Por lo que te dije de Luis.”

De inmediato, me regresó la ira.

“¡Ah...! Ya veo, con que es eso.” Asentí, creyendo entenderla y fingiendo estar de acuerdo.

“Sí, sí, tiene sentido ¿cierto? Estás aquí porque él te lo pidió. Seguro quiere que lo perdone para poder estar con dos mujeres a la vez, porque una no es suficiente ¿verdad?” Marqué el sarcasmo de una forma ofensiva, no quise medir mis palabras con ella.

Pensé que tal vez así, podría retirarse cuando se diera cuenta que yo no cedería.

Sin embargo, mantuvo su postura pasiva y no se movió.

“No, no vengo por eso.” Dijo. “Todo lo que pasó ayer fue un mal entendido.” Explicó.

“¿Un mal entendido? ¿En serio?” Pregunté sarcásticamente, sin creerle en realidad.

“Sí, todo fue un plan de Ana y mío.” Agregó, alimentando más mi curiosidad.

“Queríamos que creyeras que ellos dos seguían juntos para que dejaras a Luis, y así, ella y mi hermano regresarían.”

De cierta forma, tenía sentido, aun no le creía, pero tenía sentido. Pero también tenía sentido lo que me dijo en la playa. Podía ser que esa mujer fuera una mentirosa insensible o en alguno de los dos casos estaba diciendo la verdad.

Me limité a hacer silencio y dejarla hablar.

Ella mantuvo la cabeza abajo, como si estuviera apenada.

“Se supone que íbamos a esperarlos en el muelle el jueves en la tarde, pero como no llegaron, decidimos hacerlo en la playa al día siguiente.” Continuó con su explicación.

“Sabíamos que Luis se te iba a confesar porque el día anterior él me dijo que quería hacerlo, que quería formalizar lo suyo contigo y luego contárselo a nuestros padres, yo le conté esto a Ana, y por eso decidimos poner en marcha nuestro plan.

Hizo una pausa.

“¿Entonces?” Pregunté, la curiosidad me estaba comiendo. Si eso era verdad, cambiaba por completo todo lo que había pasado.

“Fue por eso que cuando te hablé ayer en la playa, traté de convencerte de que era un patán, para que, justo cuando Ana lo besara, tú los vieras y te creyeras todo.”

“Sí, pero Luis la besó.” Intervine.

“Todo pasó muy rápido y tú estabas algo lejos de ellos, él intentó explicarte, pero no lo dejaste, ¿no te acuerdas?”

Me hizo dudar un poco, pero mi ira era más fuerte que eso.

“Bueno, no lo sé, pero si es cierto, ¿por qué no vino él mismo a decírmelo?”

“Porque sabía que no le creerías.”

“Y tiene razón, no lo iba a hacer.” Aseveré. “De hecho, tampoco te creo a ti.”

Ella levantó la mirada, entre apenada y decidida.

“La verdad no me importa si me crees o no. Pero de todos modos tengo que decírtelo, porque

hice mal. Y estoy tratando de arreglarlo.”

“¿Y si no lo logras?” La reté.

“No me importa, por lo menos habré hecho lo que pude.” Me miró sin vacilar, manteniéndose firme ante mi amenaza.

Fue ahí cuando me fijé que ella era más alta que yo. Durante todo ese tiempo estuve enfrentándola como si no fuera nada, pero ahora que ella se enfrentaba a mí, me recordó su verdadero tamaño.

“Si eso no es suficiente, le tocará a Luis venir a convencerte, y si eso tampoco funciona, intentaré una vez más. Pero si no, simplemente lo dejaré, porque, si no eres capaz de perdonarlo por algo que él no hizo y que no fue su culpa, entonces no lo quieres tanto como él te quiere a ti.” Me bombardeó.

Había tanta confianza en sus palabras que me recordó a la manera en que Luis vendía los dulces.

Sí, no tenía mucho que ver con lo que estaba pasando, pero, el asunto era que, de cierta forma, ellos estaban comportándose del mismo modo, demostrando que lo que sabían tenía más de veraz y útil que cualquier otra cosa que yo podría decir con ese nivel de confianza.

Eso me hizo pensar.

Era difícil no creerle, más que todo porque en su mirada estaba encendida esa llama que aplacó por completo la pena que sentía cuando comenzó a hablar. Así que me quedé callada.

No porque no pudiera responder a eso, sino porque me hizo pensar y comencé a considerar mínimamente que me estuviera diciendo la verdad.

Así como consideré todo lo que sentí por Luis mientras lo sentía, y que me convenció de que realmente me estaba enamorando de él.

“Bueno, lo intenté.” Intervino ella, interrumpiendo mis pensamientos. Se preparó para dar la vuelta, y tomó aire.

“Mañana lo intentaré de nuevo, mientras aún está caliente el asunto.”

Y se giró, con su repentina seguridad aumentada, la forma en que me aseguró que lo iba a hacer, me aturdió por unos segundos. Luego de dar unos pasos, reaccioné.

“Espera... ¿es en serio?” Tenía que preguntar.

Ella se volvió.

“Sí, totalmente.” Dijo, sin dudar.

“¿Cómo puedo estar segura?”

“No lo sé.” Dijo. “Supongo que solamente tienes que confiar en mí.” Me miró, levantando los hombros, queriendo decir que no podía hacer más que eso. “Sé que es difícil, pero es todo lo que te puedo ofrecer.”

Y con eso, colmó el vaso de mi entendimiento del asunto. Decidí darle una oportunidad.

“Pues... lo pensaré.”

Ambas nos miramos fijamente, conscientes de que, tanto una como la otra, estábamos haciendo todo lo que podíamos. Justo antes de que se fuera, le detuve.

“Hey, ¿cómo supiste en donde vivía?”

Ella sonrió, como si estuviera esperando que se lo preguntara.

“Estuve buscándote todo el día, cuando te vi en la playa, esperé el momento apropiado para acercarme y decirte todo esto, pero no dejabas de ir de un lado al otro ni de hablarle a las personas.”

Me la imaginé viéndome a lo lejos, bastante callada y misteriosa.

“Pero no pude acercarme, así que cuando terminaste, te seguí mientras caminabas, esperando



que te detuvieras, y así fue como terminé aquí.” Explicó.

De repente recordé que días atrás, su hermano había olvidado este mismo camino.

“Si quieres te puedo acompañar de regreso.” Me ofrecí, de nuevo, tratando de ser realmente considerada.

“No, tranquila.” Sonrió, restándole importancia. “Recuerdo el camino, buenas noches, Julia.” Se despidió cordialmente y se dio la vuelta.

Por un rato me quedé viendo cómo regresaba, pensando si tomaría el cruce correcto. Cuando me percaté de que en realidad recordaba el camino, suspiré y me dispuse a entrar a mi casa. Una vez adentro, saludé a mi madre, le entregué las ganancias del día y que equivalían a la de ayer y hoy, y subí a mi habitación sin decir ni una palabra más.

Estaba dispuesta a pensarlo realmente, a considerar si en realidad debía perdonarlo y si todo lo que me contó Cecilia era verdad. Necesitaba tiempo para pensar en todo, así que iba a usar toda mi noche para eso.

Si estaba de acuerdo, iría hasta el hotel, le pediría a Luis que me disculpara por golpearlo en la entrepierna y le explicaría que sabía lo que había pasado y que no le tenía rencor. Si, por el contrario, decidía no creerle, simplemente dejaría que todo siguiera como estaba sucediendo, no lo volvería a ver nunca más y seguiría con mi vida.

En resumen, lo que pasara luego de esa noche, dependía únicamente de mí.

Tan solo faltaba ver qué cosa saldría después de pensar en todo.

A la mañana siguiente, sentía que debía hacer algo de inmediato.

Lo que una vez fue confusión y penuria, ahora estaba repleto de pensamientos positivos y decisiones arriesgadas. Sí, al final todavía estaba esa posibilidad de que las cosas salieran mal, de que él me estuviera mintiendo y que nada en este mundo pudiera reparar el daño hecho, pero no dejaría que eso definiera mi destino.

Tenía que intentarlo.

Cuando llegué al hotel, le pedí a Joaquín que me llevara hasta la habitación de Luis, para confrontarlo, decirle lo que tenía en mente y ver en qué resultaba todo esto.

Mi intención era decírsele todo, explicarle punto por punto lo que me había dicho Cecilia, tratar de entender las acciones de Ana y después... bueno, ver qué sucedía con nosotros.

Le ofrecería la opción de dejarme ponerlo a prueba, durante el tiempo que yo considerara pertinente, evaluaría si en realidad todo lo que pasó era cierto o una farsa. Y mientras eso pasaba, tratar de fortalecer más lo que, por toda esa semana, estuvimos forjando.

A como yo lo veía, era una gran oferta para los dos, me permitía asegurarme de que nada de eso iba a ser en vano y al mismo tiempo, Luis podría demostrarme lo importante que era para él.

Pero en el fondo no sabía si resultaría, porque todo mi plan era tan solo una propuesta, algo romántica y descabellada.

En esta negociación, ambos ganábamos y ambos aprendíamos algo. Esta semana no sería en vano, me aferraría a lo que quiero, aunque me arriesgara a separarme de Luis. Yo debía confiar, ya llevaba muchos días haciendo eso, ¿por qué detenerme ahora?

Toqué la puerta de su habitación, esperando ansiosa a que él apareciera.

“¿Julia?” Dijo sorprendido, mientras se le dibujaba lentamente una sonrisa.

De repente, pareció recordar el golpe que le había dado entre las piernas y se protegió, lo que me hizo reír, un poco avergonzada por mis actos.

“Descuida, no vine por eso.” Le aseguré. Él sonrió un poco temeroso, retirando sus manos.

“¿Entonces por qué viniste?” En su mirada se notaba una serie de dudas e incertidumbres que yo estaba dispuesta a resolver.

En ese momento, me preparé para proponerle lo que tenía en mente.

## EPÍLOGO

**V**er a Luis tan feliz me provoca cierta tranquilidad, no sé cómo explicarlo. Me costó un poco aceptarlo, entender que las cosas tenían que ser de este modo y que no importaba lo que intentara, no iba a lograr estar a su lado ni porque lo quisiera mucho.

Tal vez en su momento funcionó, nos amamos y fuimos felices, sí, pero el tiempo fue sabio y me demostró lo contrario. Así que asumo que probablemente eso era lo que debía pasar. ¿Verdad?

Sí, también me costó aceptar que no podía interponerme entre él y la felicidad que se le nota cada vez que lo veo con la persona a quien realmente ama. Es imposible negar que Julia le dio lo que necesitaba y que no se cansa de corresponderle con amor.

Después de mucho, por fin veo que estuve equivocada en intentar acapararlo, o incluso en pensar que era exclusivamente para mí.

Supongo que es mi culpa, o tal vez no, eso ya no importa. Estuve mucho tiempo resentida por lo que sucedió después de intentar arrebatarlo; con él, con ella, con Ceci, con el mundo.

Yo sentía que no podía amar a más nadie tanto como lo amaba a él y eso fue lo que me condenó a tantos años de tormento, a auto compadecerme por un simple capricho.

Sin embargo, él tuvo la decencia de acercarse a mí y abordar el tema de nuevo, aceptar mis disculpas a pesar de que nunca intenté molestarlo después de que lo entendí.

En su momento me pregunté por qué lo hizo y resultaba que Julia se lo había pedido. No tengo idea de por qué lo habría hecho, qué le motivó a decirle que me reintegrara en su vida y por qué tenía que ser yo, de entre todas las personas.

Poco importa ahora, supongo que hizo bien.

Luego de reconciliar nuestra relación de amistad, y de que por fin pude verme de nuevo con Cecilia, a quien extrañé montones, todavía podía decir que sentía algo por Luis, pese a que yo ya no era la misma.

Intenté superarlo muchas veces, conocer a otras personas, hacer más amigos, reconectarme con los que había perdido.

Todo lo que pudiera ayudarme a estar ocupada y a enseñarme que nada de lo que tenía con él era exclusivo y que, en efecto, podía amar a otros de esa misma manera.

Fue un camino difícil, Luis se comprometió luego de cuatro años con Julia, Cecilia encontró su vocación y también se casó. Aprendí que la vida continúa sin importar qué.

No me iba a morir por no estar con un hombre al que alguna vez amé con locura, ni tampoco era como que no iba a poder amar a otra persona del mismo modo, una vez que me deshice de muchas ataduras, mi vida cambió para mejor.

Las cosas con Julia se resolvieron, por alguna extraña razón decidió incluirme en su vida como si en algún momento yo hubiera sido amable con ella, y eso me hizo reconsiderar la forma

en que la veía, ya que, en un momento acepté lo suyo con Luis, más no la acepté a ella.

Se puede decir que con el tiempo nos hicimos amigas. Curioso.

Y todo marchaba muy bien, aunque, teniendo mi éxito, mis amistades, mis relaciones antiguas y muchas otras cosas más, algo me hacía falta.

Lo que sentí por Luis era el conjunto de una vorágine de sentimientos que necesitaban ser enfocados en una cosa, en una persona o se iban a consumir hasta que acabasen con mi vida.

El tiempo pasó y estuve a punto de rendirme hasta que, en un evento de caridad al que asistí, me encontré con el hombre más maravilloso que puede existir.

No había comparación alguna con Luis, era diferente en todos los sentidos. Esa misma diferencia, fue una de las cosas que me gustaron.

Nos conocimos, nos entregamos el uno al otro y, antes de que me diera cuenta, había compartido con él tres años de mi vida.

Ahora estoy aquí, observando cómo Luis sostiene a su primogénito mientras que saluda a Julia, quien está a mi lado, sosteniendo un ramo de flores.

Los votos se dicen, los anillos se entregan y luego, un tal Ernesto y yo, nos preparamos para protegernos de los granos de arroz que nos empiezan a lanzar.

¿Quién iba a imaginar que las cosas terminarían así? ¿Qué la vida como la conocía cambiaría después de algunos años?

La verdad, creo que, si Luis nunca hubiera conocido a Julia, yo jamás hubiera superado lo que sentía, ni hubiera redirigido esos sentimientos hacia algo más especial, hacía mi relación con mi ahora esposo.

Es por eso que ahora soy feliz viendo a mi exnovio y su esposa.

Luis y Julia son felices, con sus dos hijos, su familia está llena de amor. Es por eso que ahora también son mis amigos, porque sin ellos no sería quien soy hoy.

Hago lo que me gusta, soy quien quiero ser y la vida me es suficiente y grata. Estoy agradecida con ellos, con las circunstancias y con la forma en que las cosas resultaron.

Pues qué curioso ¿no? Que por mucho tiempo yo creí que no tendría un final feliz, pero ahora al lado de Ernesto, siento que este final, más bien es un comienzo para nosotros.

Miro a mi esposo, él pone una mano discretamente en mi vientre, que todavía se ve plano, y la presiona suavemente. Nos sonreímos, aunque no se lo hemos dicho a nadie todavía, pero no puedo evitar que las lágrimas llenen mis ojos, por la nueva vida que creamos, juntos.

*Fin*

## AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias por leer mi amado trabajo...  
**¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?**

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.  
*Bianca De Santis*